

CAPÍTULO 19
CONSECUENCIAS LINGÜÍSTICAS
DEL PROCESO DE URBANIZACIÓN

PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO
El Colegio de México

En el mundo contemporáneo, las ciudades y los usos urbanos son la forma común de vida para la mayoría de los individuos. En México, dos de cada tres personas viven hoy en un entorno citadino, y el proceso está todavía relativamente lejos de haber acabado. Las ciudades tienen un papel fundamental a la hora de modelar el aspecto de las comunidades que las habitan. Además del mayor tamaño de las comunidades urbanas, están más diferenciadas internamente, y existen modos de producción diversos a los tradicionales. Las ciudades son consecuencia y, al mismo tiempo, causa del desarrollo económico de un país (Galindo, Escalante y Asuad 2004, p. 292). El ascenso y la movilidad social de sus habitantes, el acceso a la educación y el intercambio de ideas, la gestación de modas, la concentración de poder político, institucional y administrativo, son algunas de las muchas propiedades vinculadas a las ciudades. No es muy aventurado afirmar que la urbanización es el hecho social más sobresaliente tras la revolución industrial que, en diferentes momentos a partir del siglo XIX, tiene lugar en el mundo desarrollado y en los países en vías de desarrollo.

Es natural, entonces, que la lingüística interesada en los hablantes haya encontrado en las ciudades una de sus preocupaciones fundamentales. Allí toman cuerpo, como en ningún otro medio ambiente, las comunidades de habla, articuladas en buena medida a través de actitudes y creencias que a veces forman ideologías lingüísticas. En las ciudades se advierten de manera especial las diferencias lingüísticas entre grupos sociales altos, medios, bajos y marginados, entre niños, jóvenes, adultos y personas de edad avanzada, entre hombres y mujeres, entre líderes y personas periféricas, entre individuos naturales e

inmigrantes. Aunque ya los dialectólogos tradicionales habían señalado la importancia de los entornos urbanos para poder comprender la innovación y difusión de los fenómenos de variación y cambio lingüístico, será hasta bien entrado el siglo xx, en particular hasta los años sesenta y setenta, cuando se emprenda el estudio sistemático de las comunidades ciudadanas desde un punto de vista lingüístico. Por momentos la realidad sociodemográfica parece estar ganando la carrera a los sociolingüistas urbanos en México. Aunque hace treinta o cuarenta años había ya una nómina bastante amplia de ciudades, podía pensarse que estudios bien planeados de un grupo relativamente pequeño de ellas había de iluminar nuestro conocimiento de los usos lingüísticos urbanos. Hoy, que sabemos más de algunas de esas ciudades —mucho más en algunos casos, gracias a arduos esfuerzos de investigación, y muy poco más, por desgracia, en otros—, es probable que haya que multiplicar las energías necesarias por cuatro o por cinco.

El capítulo se organiza del siguiente modo. En primer término, se resumen los principales datos sociales y demográficos relativos al crecimiento de las ciudades en México en el siglo xx, con el propósito de disponer de un paisaje lo suficientemente detallado como para poder dar sentido a las observaciones lingüísticas que puedan hacerse. En segundo lugar, se exponen algunos de los fenómenos más importantes para entender la naturaleza de las relaciones sociolingüísticas entre grupos de hablantes urbanos, en la medida en que se dispone de información para varias ciudades del país. En un tercer momento, se presenta un conjunto de fenómenos lingüísticos, con la idea de que sirvan para mostrar una fracción de lo que el estudio de las ciudades puede decirnos acerca de las lenguas y de sus hablantes. Estos fenómenos se han ordenado en términos de su naturaleza regulativa o constitutiva, o su carácter de instrucciones. Ya se expuso en el capítulo 1 que la diferencia entre los varios tipos de reglas sociolingüísticas es la cantidad de contexto que hay que incorporar a la hora de su formulación. Se ha procurado que haya cierta variedad en los fenómenos tratados, que incluyen desde la asibilación de *r* y *rr* y el debilitamiento de *s*, hasta el desarrollo de argumentaciones y de las formas de tratamiento por parte de los hablantes, pasando por la diferenciación asociada al léxico y el papel de los

indigenismos. Las últimas líneas del capítulo, por fin, ponderan la importancia del estudio de las ciudades del presente para la comprensión del pasado lingüístico de las comunidades de habla.

LA EXPLOSIÓN URBANA DEL SIGLO XX

El término *urbanización* suele hacer referencia al proceso de aumento de la población urbana sobre la población rural, lo que se refleja llanamente en el crecimiento del número de ciudades y de los habitantes que viven en ellas. Ahora bien, en un sentido algo más técnico, en el que se relacionan las ciudades con los modos sociales y económicos a los que se asocian, urbanización es “el proceso de transformación paulatina de la estructura y superestructuras rurales en la estructura y superestructuras urbanas” (Garza 1985, p. 40).

No es fácil establecer el umbral poblacional necesario para considerar ciudad a una entidad, y se ha sugerido atender a diferentes criterios según los diferentes fines. Aquí se sigue la propuesta de Unikel, Ruiz y Garza (1976, pp. 343-355) de considerar ciudades a las localidades con más de 15 000 habitantes. Se toma como ciudades *pequeñas* las formadas por 15 000 a 49 999 personas, *medianas* a las que reúnen de 50 000 a 499 999 ciudadanos, y *grandes* a las que superan el medio millón, al hilo de publicaciones como el libro de Gustavo Garza de 2003, que ha sido de consulta inestimable para este apartado¹.

Antecedentes

El México prehispánico había presentado entidades urbanas de gran relevancia, dotadas de concentraciones humanas notables, al tiempo que núcleos culturales y económicos de importancia vital. Entre el 300 y el 100 a. C., poblaciones como Cuiculco, en el valle de México, al sur de la actual ciudad de México, pudieron

¹ El Consejo Nacional de Población (CONAPO; http://www.conapo.gob.mx/distribucion_tp/01.htm) considera igualmente ciudades grandes las que tienen más de un millón de habitantes, medias las que tienen entre cien mil y un millón, y pequeñas las de entre quince mil y cien mil personas.

haber concentrado unas 20 000 personas (cf. Schávelzon 1983). Mucho mayor era Teotihuacan, que hacia el año 600 d. C. reunía quizá entre 150 000 y 200 000 habitantes, lugar de “una de las más intensas experiencias urbanas del México antiguo” (Escalante Gonzalbo 2004a, p. 44). México-Tenochtitlan, por su parte, debía tener unos 60 000 residentes en su parte nuclear en la época inmediatamente anterior a su destrucción, y unos 200 000 habitantes en el área mayor conocida como la Gran Tenochtitlan. Mal se puede atender, en definitiva, al desarrollo de Mesoamérica, sin considerar el papel desempeñado en todo momento por las ciudades-estado. Sin duda estos grandes asentamientos mostraban una gran complejidad sociolingüística, con estratificación de diferentes grupos poblacionales. Los teotihuacanos, por ejemplo, se agrupaban en familias, reunidas a su vez en conjuntos habitacionales en los que habitaban de 60 a 100 personas; tales conjuntos, de 2 000 a 2 200 en toda la ciudad, unidades básicas en las fases Tlamimilolpa y Xolalpan (de 300 d. C. a 650), formaban parte de barrios, en los que tendían a vivir personas del mismo oficio y del mismo origen étnico. Había también personas foráneas, que con el tiempo se incorporaban a los usos locales². Se sabe, por ejemplo, que al occidente de la ciudad había un barrio zapoteco cuyos habitantes no perdieron nunca del todo los vínculos con su lugar de origen en 300 años. Es posible imaginar algunos de los procesos sociales y lingüísticos que debieron tener lugar: contacto de lenguas y dialectos, diferenciación social³ que debió tener reflejo lingüístico, lenguajes especializados,

² Es el caso de mercaderes procedentes del Golfo de México, asentados al oriente de la ciudad, que construyeron inicialmente viviendas de planta circular, y con el paso del tiempo terminaron dando a sus construcciones la forma cuadrada agrupada en conjuntos habitacionales normal en el resto de la ciudad (Escalante Gonzalbo 2004a, pp. 47-50). El trabajo clásico sobre el urbanismo de Teotihuacan es el de Millon 1974.

³ Que sin duda existía a todos los niveles. Dentro de un mismo conjunto habitacional se han observado claras diferencias en el grado de riqueza de los enterramientos; dentro de un mismo barrio hay conjuntos habitacionales más suntuosos que otros; por fin, al este de la pirámide la Luna y al norte de la del Sol hay barrios de evidente riqueza, mientras que al sur, en las cercanías del río San Lorenzo, la arquitectura es mucho más austera (Escalante Gonzalbo 2004a, p. 51). Pero “no se trata de una masa empobrecida, sujeta al control de una elite inconmensurablemente rica [...]”.

estrategias de cortesía matizadas, entre muchos otros. No menos compleja debió resultar la realidad urbana y social de Tenochtitlan, dada la importancia espacial del barrio o *tlaxilacalli*, dotado cada uno de un centro comunal o *calpulli*, constituido físicamente por una plaza, un templete, un *tepochcalli* o casa de jóvenes y una casa de *tequitlalli* para atender las necesidades comunes, entre otros elementos (Alcántara Gallegos 2004, pp. 187-191). Este tipo de estructuras sociales y urbanas sugiere una rica vida comunitaria local, inserta a su vez en la estructura general de la ciudad, que sin duda debió tener algún tipo de correlato sociolingüístico. En vísperas de la conquista, los asentamientos urbanos de la meseta central estaban poblados, ante todo, por grupos nahuas, por matlatzincas y, en menor proporción, por ocuiltecas; pames, chichimecas, otomíes y mazahuas, en cambio, mostraban patrones de poblamiento disperso, en rancherías donde la caza y la recolección tenían mayor papel que la agricultura. En el Valle de México, en particular, se aprecia a comienzos del siglo XVI

un conjunto de ciudades densamente pobladas, del cual destacan México-Tenochtitlan, México-Tlatelolco, Azcapotzalco, Tlacopan, Tacubaya, Mixcoac, Coyoacán, Xochimilco, Chalco, Culhuacán, Tetzaco, Huexotla y Coatlinchan. Estas ciudades estaban habitadas mayoritariamente por nahuas, y las elites dirigentes eran predominantemente nahuas también. En ciudades como Azcapotzalco y Tlacopan hay un importante componente matlatzinca, que [...] corresponde con el sector más urbano de la familia otomiana. Fuera de las ciudades, en las montañas y en las tierras más áridas, la mayor parte de la población era del grupo otomí (Escalante Gonzalbo 2004b, pp. 199-200).

El núcleo del sistema urbano colonial fue la ciudad de México, centro de las rutas principales, fuera hacia las regiones mineras del norte por los caminos de Pachuca, Guanajuato y Zacatecas; el oeste, en el rumbo de Toluca y las localidades de Michoacán, el Bajío y Guadalajara; el sur, en comunicación con

Los indicios que hoy están a nuestra vista no apuntan hacia una sociedad de clases como la que construyeron los mexicas” (í.d.).

Acapulco y Huatulco vía Cuernavaca y Cuautla; y el este, hacia el que se viajaba por Puebla y Orizaba, para llegar a Veracruz (Garza 1985, p. 68). Desde el punto de vista lingüístico, el papel de la capital fue también central en la distribución del primer español. Edificada desde 1522 sobre las ruinas de Tenochtitlan, y bautizada en 1548 como La Muy Noble, Insigne y Muy Leal e Imperial Ciudad de México, la capital colonial tenía 30 000 habitantes, entre indígenas y españoles, en el momento de su fundación, y habrá de ser por muchos años la única entidad que entre propiamente en la categoría (actual) de ciudad, dentro del rango de las medianas. Las ciudades “serían el baluarte del poder español: puestos de avanzada para dominar los campos a su alrededor. Rápidamente se volvieron centros socioeconómicos que atraían a todo tipo de inmigrantes españoles: hombres y mujeres, abogados y comerciantes, zapateros y carpinteros. Para los años setenta del siglo XVI, quizá 60 000 españoles, casi todos habitantes urbanos, vivían en Nueva España, cerca de 30% en la Ciudad de México” (Cope 2005, 407). Si en 1650 la ciudad de México llega a tener 56 000 habitantes, Puebla alcanza en 1646 apenas las 7 000 almas, Valladolid (Morelia) 4 900, San Luis Potosí 4 200, y Veracruz, Oaxaca y Zacatecas 3 500 (Duhau 1988, p. 81). En términos sociolingüísticos, por otra parte, estas pequeñas cantidades no deben llamar a engaño, pues los llamados *primeros pobladores* tienen un papel fundamental en la constitución lingüística y cultural de un territorio (Labov 2001, pp. 45 y 503-504), y los núcleos fundacionales de Guadalajara (año de 1542), Zacatecas (1546), San Miguel (Guanajuato) (1555), Durango (1563), León (1576) —entre otros— habrán de tener un papel importante en los desarrollos de épocas muy posteriores. Durante el siglo XVIII continuó el crecimiento natural de las ciudades, especialmente de la de México que, a pesar de ciertas fluctuaciones debidas a epidemias y migraciones, superaba ya los 100 000 habitantes para 1790 (Quiroz 2005, p. 17).

El primer siglo del México independiente experimenta muy pocos cambios en los patrones generales de urbanización. Del comienzo al final de la centuria hay apenas un 0.9% de aumento global en la proporción de población urbana, aunque el número de ciudades se duplica. México es, durante todo el siglo XIX, un país

básicamente rural. A principios de siglo, en 1803, en las postrimerías de la Colonia, había nueve entidades caracterizables como ciudades, dos de ellas medianas y siete pequeñas (tabla 1). En el momento finisecular las cifras llegan a dieciocho ciudades, cuatro medianas y catorce pequeñas (tabla 2).

Tabla 1. *Ciudades en México en 1803*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	7	2	—	
Población urbana	186 900	204 800	—	391 700
Población total				5 800 000
Grado de urbanización				6.8%

Fuente: Garza 2003, p. 19.

Las dos localidades medianas a comienzos del XIX eran la ciudad de México (137 000 habitantes) y la de Puebla (67 800), y las siete pequeñas eran Guanajuato (41 000), Querétaro (35 000), Zacatecas (33 000), Oaxaca (24 400), Guadalajara (19 500), Morelia (18 000) y Veracruz (16 000). Casi un siglo después, en 1895, el panorama no ha cambiado más que parcialmente, y sin embargo empiezan ya a apuntarse las grandes transformaciones que detonarán durante el siglo XX.

Tabla 2. *Ciudades en México en 1895*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	

Ciudades	14	4	—	
Población urbana	414 684	571 432	—	986 116
Población total				12 629 825
Grado de urbanización				7.7%

Fuente: Garza 2003, p. 19.

Sigue sin haber ninguna ciudad propiamente grande, pero entre las cuatro poblaciones de tamaño intermedio se encontraban la ciudad de México (329 774 habitantes), Puebla (88 674), Guadalajara (83 934) y San Luis Potosí (69 050). Las catorce ciudades pequeñas a fines del XIX, de más a menos habitantes, eran Monterrey, Zacatecas, Guanajuato, Mérida, Querétaro, Morelia, Oaxaca, Aguascalientes, Durango, Toluca, Colima, Chihuahua, Veracruz y Campeche. El habla de la ciudad de México finisecular fue el objeto de estudio de la tesis doctoral de Charles C. Marden (1896), más importante, sin embargo, por motivos historiográficos que por los datos lingüísticos que ofrece, basados en principio en la lengua hablada popular⁴.

El crecimiento urbano de 1900 a 1940

En la primera parte del siglo XX, extendida a lo largo de cuatro décadas, el país experimenta una modesta, aunque clara, expansión urbana, que conduce del 10% de 1900 al 20% de 1940.

⁴ Señala Marden: “Recogí los materiales para el presente trabajo durante varios meses de residencia en la ciudad de Méjico: los datos que presento son el resultado de mis observaciones personales sobre el lenguaje hablado por las clases inferiores. A veces hago uso de palabras y expresiones tomadas de materiales impresos; pero esas formas las he sometido a comparación cuidadosa con el lenguaje hablado, antes de aceptarlas como fidedignas” (1938, p. 87). Es imprescindible leer el trabajo con las anotaciones de Pedro Henríquez Ureña, que ponen en su lugar, corrigen y completan muchas de las observaciones del texto original.

Tabla 3. *Ciudades en México en 1900*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	27	6	—	33
Población urbana	712 000	726 000	—	1 437 000
Población total				13 607 000
Grado de urbanización				10.6%

Fuente: Garza 2003, p. 30.

En 1900 no hay todavía una sola ciudad grande en el país. Es más, sólo la ciudad de México, con 344 721 habitantes, y la de Guadalajara, con 101 208, superan las cien mil personas. Únicamente Puebla, León, Monterrey y San Luis Potosí tienen más de 50 000 pobladores. Capitales tan características como Mérida, Guanajuato, Pachuca o Morelia andan por las 40 000 personas. Y ciudades que en las décadas siguientes experimentarán un fuerte crecimiento andan todavía por las 30 000 almas (como Querétaro o Veracruz), o incluso por las 25 000 (es el caso de Toluca o el de Celaya). Estamos ante un país plenamente rural, con sólo una de cada diez personas viviendo en entornos urbanos, con un sistema urbano reducido, formado por 33 ciudades, que en su inmensa mayoría son pequeñas. La Revolución va a ser un componente esencial en la constitución urbana del país. En sí misma, es fuente de una enorme cantidad de desplazamientos, que pone en contacto a hablantes de grandes secciones del país. Por otro lado, las ciudades se convierten en bastión y refugio de las clases medias. Las políticas económicas y sociales del momento posrevolucionario

dilatan, sin embargo, el crecimiento de las ciudades. Para 1940, las transformaciones empiezan a ser patentes:

Tabla 4. *Ciudades en México en 1940*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	41	13	1	55
Población urbana	998 000	1 370 000	1 560 000	3 928 000
Población total				19 649 000
Grado de urbanización				20.0%

Fuente: Garza 2003, p. 31.

Al final de este primer período del siglo xx, que viene a coincidir con el fin de la etapa cardenista y con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, caracterizado en líneas generales por un crecimiento urbano sosegado, se observa, por otro lado, que las cifras se han casi duplicado en la mayor parte de los aspectos. La población total de México ha crecido en unos seis millones y medio y se acerca ya a los veinte millones de habitantes. A un ritmo más intenso que el del crecimiento general de la población, la urbanización es ya de un 20% redondo. Y el sistema urbano, ya en ebullición, comprende ahora 55 ciudades. Entre ellas, destaca con claridad la ciudad de México, con 1 559 782 habitantes en el momento —había superado el millón de personas durante la década de los años veinte—. El sistema urbano es básicamente monocéntrico, pues la ciudad de México concentra a cuatro de cada 10 habitantes urbanos del país, y la siguiente ciudad en tamaño demográfico, Guadalajara, alberga sólo a 240 721 personas. Además de Guadalajara, de entre las trece ciudades medianas, sólo cuatro más

(Monterrey, Puebla, Tampico y Torreón) superan los 100 000 habitantes. Entre las medianas de menor tamaño están Mérida, Aguascalientes, San Luis Potosí, Orizaba, León, Veracruz, Chihuahua y Pachuca.

Este es el México que se ofrece a los ojos —y los oídos— de un Pedro Henríquez Ureña, manifiesto en observaciones de gran agudeza:

La *s* de la ciudad de México es muy diversa de la de Castilla. La castellana es cóncava, ápicoalveolar, de timbre grave, mientras la mexicana es convexa, dorsoalveolar, y la punta de la lengua se apoya en los incisivos inferiores; es, además, de timbre agudo y peculiarmente larga en su duración (1934; cito por la edición de 2004, p. 355).

Precisamente Henríquez Ureña subrayaba el importante papel de la ciudad de México, la cual, según sus palabras, “irradia desde entonces [el siglo xvi] a toda la zona, desde Colorado hasta Costa Rica, español con tinte mexicano” (1937; 2004, p. 364).

El crecimiento urbano de 1950 a 2000

Las décadas posteriores a 1940 marcan un fuerte impulso sobre el carácter urbano del país. El crecimiento de las ciudades en los años cuarenta equivale casi al de las cuatro décadas anteriores, pues de 1950 a 1970 el proceso de urbanización crece en un 20%, y otro tanto ocurre entre 1970 y el año 2000. La tabla 5 resume el panorama del sistema urbano mexicano hacia 1950:

Tabla 5. *Ciudades en México en 1950*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	61	22	1	84
Población urbana	1 602 000	2 735 000	2 872 000	7 209 000
Población				25 779 000

total	
Grado de urbanización	28.0%

Fuente: Garza 2003, p. 31.

Aunque sigue existiendo una sola ciudad grande, la de México (con 2 872 334 habitantes), el número de ciudades medianas supera ya las dos decenas para 1950, y de ellas diez tienen más de 100 000 personas. Tal es el caso de Guadalajara, Monterrey, Puebla, Torreón, Mérida, Tampico, San Luis Potosí, León, Ciudad Juárez y Veracruz, de más a menos habitantes, oscilando entre los 401 283 ciudadanos de Guadalajara y los 101 246 de Veracruz.

Tabla 6. *Ciudades en México en 1970*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	115	55	4	174
Población urbana	2 863 000	7 892 000	11 975 000	22 730 000
Población total				48 225 000
Grado de urbanización				47.1%

Fuente: Garza 2003, p. 32.

Para 1970, el sistema urbano mexicano alcanza la cifra de 174 entidades. Concediendo que ya para 1960 había tres ciudades grandes, la ciudad de México, Guadalajara y Monterrey, sólo la primera superaba el millón de habitantes. En 1970, en cambio, las dos segundas acompañan ya a la capital en el grupo de entidades con más de un millón de personas, y Puebla se incorpora al grupo de

ciudades grandes (con 629 344 pobladores). La lista de ciudades medianas incluye al final de la década de los sesenta 55 poblaciones, 30 de ellas de más de 100 000 habitantes, entre las que se encuentran León, Torreón, Ciudad Juárez, Tampico, San Luis Potosí, Tijuana-Rosarito, Chihuahua, Mexicali, Mérida, Veracruz, entre muchas otras. Hay también ya un verdadero cúmulo de entidades urbanas de pequeño tamaño, 115. En conjunto, casi la mitad de la población vive en ese momento en áreas urbanas (el 47.1%), lo cual marca la inflexión de proporciones entre el campo y la ciudad.

Tal es el panorama poblacional en el momento en que empiezan a desarrollarse en México cierto número de estudios lingüísticos, a caballo entre los métodos de la dialectología tradicional y de la sociolingüística urbana, como los de Matluck sobre el valle de México (1951; 1952, cf. 2003), de Boyd-Bowman sobre Guanajuato (su tesis es de 1949, el libro de 1960), y en especial los materiales de Raúl Ávila sobre Tamazunchale, en San Luis Potosí (1967, 1990), de Beatriz Garza Cuarón sobre la ciudad de Oaxaca (1967, 1987) o de Giorgio Perissinotto sobre la ciudad de México (1971, 1975), entre otros ejemplos. Es el momento de arranque de varios de los grandes proyectos descriptivos del español mexicano, urbano y rural, encabezados por Juan M. Lope Blanch, que iluminarán buena parte de las tres décadas posteriores, en sí mismos y como modelos para otros trabajos: el *Atlas Lingüístico de México* (infra) y el habla culta y popular de la ciudad de México (cf. Lope Blanch 1986).

El crecimiento urbano sigue progresando, y al final de la centuria el conjunto de ciudades asciende a la impresionante cifra de 350, un número más de diez veces mayor que cien años antes. Si durante los años sesenta, setenta y ochenta el sistema se va transformando gradualmente de monocéntrico a policéntrico, la etapa finisecular consolida al tiempo la tendencia a la formación de una megalópolis en el centro del país, todavía en etapas relativamente iniciales, pero con ramificaciones cada vez mayores en las ciudades del entorno capitalino.

Tabla 7. *Ciudades en México en 2000*

	Pequeñas	Medianas	Grandes	Totales
Habitantes	15 000 a 49 999	50 000 a 499 999	500 000 o más	
Ciudades	234	88	28	350
Población urbana	6 015 000	14 074 000	45 564 000	65 653 000
Población total				97 483 000
Grado de urbanización				67.3%

Fuente: Garza 2003, p. 32.

En el año 2000 hay en México, entonces, 28 ciudades grandes. De ellas, nueve tienen más de un millón de pobladores. Se trata de las ciudades de México (con sus 17 968 895 habitantes es una de las más grandes del mundo), Guadalajara (3 677 531), Monterrey (3 243 466), Puebla (1 892 674), Toluca (1 410 870), León (1 279 859), Tijuana (1 274 240), Ciudad Juárez (1 218 817) y Torreón (1 007 291). Otras diecinueve poblaciones se encuentran en el rango que va del medio millón al millón. Entre ellas se encuentran localidades tan importantes histórica y lingüísticamente como Mérida (842 188 personas), Acapulco (722 499), Saltillo (637 273) o Veracruz (593 181), entre muchas otras. De las 88 localidades medianas, 42 tienen más de 100 000 habitantes, y de las 234 ciudades pequeñas, 164 tienen más de 20 000 pobladores. En la tabla 8 se muestra el catálogo de las ciudades grandes y medianas:

Tabla 8. *Ciudades grandes y medianas en 2000, de más a menos habitantes*

Más de 10 000 000 de habitantes

Ciudad de México (D.F., Edo. Méx., Hgo.)

Más de 1 000 000

Guadalajara (Jal.), Monterrey (N.L.), Puebla (Pue., Tlax.), Toluca (Edo. Méx.), León (Gto.), Tijuana (B.C.), Ciudad Juárez (Chih.), Torreón (Coah., Dgo.)

Más de 500 000

San Luis Potosí (S.L.P.), Mérida (Yuc.), Querétaro (Qro.), Mexicali (B.C.), Culiacán (Sin.), Aguascalientes (Ags.), Acapulco (Gro.), Chihuahua (Chih.), Cuernavaca (Morelos), Tampico (Tamps.), Saltillo (Coah.), Morelia (Mich.), Coatzacoalcos-Minatitlán (Ver.), Hermosillo (Son.), Veracruz (Ver.), Reynosa (Tamps.), Tuxtla Gutiérrez (Chis.), Villahermosa (Tab.), Celaya (Gto.)

Más de 100 000

Durango (Dgo.), Xalapa (Ver.), Poza Rica (Ver.), Irapuato (Gto.), Cancún (Q. Roo), Oaxaca (Oax.), Matamoros (Tamps.), Mazatlán (Sin.), Ensenada (B.C.), Los Mochis (Sin.), Ciudad Obregón (Son.), Tepic (Nay.), Orizaba (Ver.), Cuautla (Mor.), Nuevo Laredo (Tamps.), Monclova (Coah.), Pachuca (Hgo.), Uruapan (Mich.), Ciudad Victoria (Tamps.), Puerto Vallarta (Jal., Nay.), Zacatecas (Zac.), Tehuacán (Pue.), Tlaxcala (Tlax.), Córdoba (Ver.), Zamora (Mich.), Colima (Col.), Campeche (Camp.), Guaymas (Son.), Tapachula (Chis.), La Paz (B.C.), Nogales (Son.), Delicias (Chih.), Chilpancingo (Gro.), Salamanca (Gto.), San Luis Río Colorado (Son.), Piedras Negras (Coah.), Ciudad del Carmen (Camp.), Chetumal (Q. Roo), San Cristóbal de las Casas (Chis.), Ciudad Acuña (Coah.), Ciudad Valles (S.L.P.), Iguala (Gro.)

Más de 50 000

San Juan del Río (Qro.), Hidalgo del Parral (Chih.), Navojoa (Son.), Fresnillo (Zac.), Manzanillo (Col.), Tulancingo (Hgo.), Apatzingán (Mich.), Cuauhtémoc (Chih.), Ciudad Guzmán (Jal.), San Juan Bautista Tuxtepec (Oax.), Atlixco (Pue.), Ciudad Mante (Tamps.), Lagos de Moreno (Jal.), Cárdenas (Tab.), Zitácuaro (Mich.), Ocotlán (Jal.), Guanajuato (Gto.), Tuxpan (Ver.), Tepatitlán (Jal.), Tecomán (Col.), Lázaro Cárdenas (Mich.), Salina Cruz (Oax.), San Martín Texmelucan (Pue.), La Piedad (Mich.), Comitán (Chis.), Juchitán (Oax.), Matehuala (S.L.P.), Guasave (Sin.), Silao (Gto.), Agua Prieta (Son.), San Miguel de Allende (Gto.), Cozumel (Q. Roo), Valle de Santiago (Gto.), Sahuayo (Mich.), Guamúchil (Sin.), Zihuatanejo (Gro.), Teziutlán (Pue.), Acámbaro (Gto.), Cadereyta (N.L.), Ciudad Hidalgo (Mich.), San Andrés Tuxtla (Ver.), Linares (N.L.), Tecate (B.C.), Dolores Hidalgo (Gto.), Taxco (Gro.), Nuevo Casas Grandes (Chih.)

Fuente: Garza 2003, cuadro A-3.

Como salta a la vista, el terreno para emprender estudios de sociolingüística urbana es más que fértil, y con toda seguridad surgirán muchas sorpresas en el análisis de comunidades urbanas específicas, en especial en los

casos en que prácticamente no se ha podido precisar hasta el momento aspectos detallados de su estructura sociolingüística. Un muestreo ideal incluiría todas las ciudades muy grandes, buena parte de las grandes y quizá un 10 o 20% de las ciudades medianas y pequeñas, pues sería necesario tener en cuenta ciudades de diferentes tamaños. No es el único aspecto. Tan importante o más que el tamaño sería el considerar entidades urbanas representantes de los diferentes subsistemas urbanos. Entre esos subsistemas se encuentran la megalópolis central, acompañada la ciudad de México, en diferentes grados de relación, de núcleos como Toluca, Cuernavaca, Pachuca, Tlaxcala, e incluso Puebla y Querétaro. Otros grandes subsistemas son los formados por las áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey, a los que se vinculan diferentes ciudades, como ocurre con los ejemplos de Aguascalientes y Saltillo, respectivamente. Un tercer tipo de subsistema es el formado por las ciudades fronterizas; algunas de ellas están fuertemente ligadas a los Estados Unidos, como es el caso de Tijuana, vinculada a la megalópolis de la Costa Oeste, o el caso de Ciudad Juárez, que posee fuertes lazos con El Paso, Texas. Las ciudades fronterizas del noroeste, como Reynosa, Matamoros y Nuevo Laredo se encuentran integradas al subsistema de Monterrey. Existen también ciudades industriales fuera del área de influencia inmediata de la ciudad de México, como Hermosillo o San Luis Potosí. Ciertas ciudades portuarias o turísticas, como Cancún o Puerto Vallarta, a su vez, constituyen superficies urbanas de gran pujanza en la actualidad (Garza 2003, pp. 93-94), a las que habría que añadir ciudades de jerarquía más regional, pero de enorme interés lingüístico, como Veracruz, Acapulco o Mérida. El flujo de relaciones entre ciudades, incluida la consideración de los desplazamientos de sus habitantes entre unas y otras, es de gran importancia para entender la difusión de fenómenos de variación y cambio lingüístico.

El siglo xx, en suma, ha supuesto una verdadera revolución urbana para México:

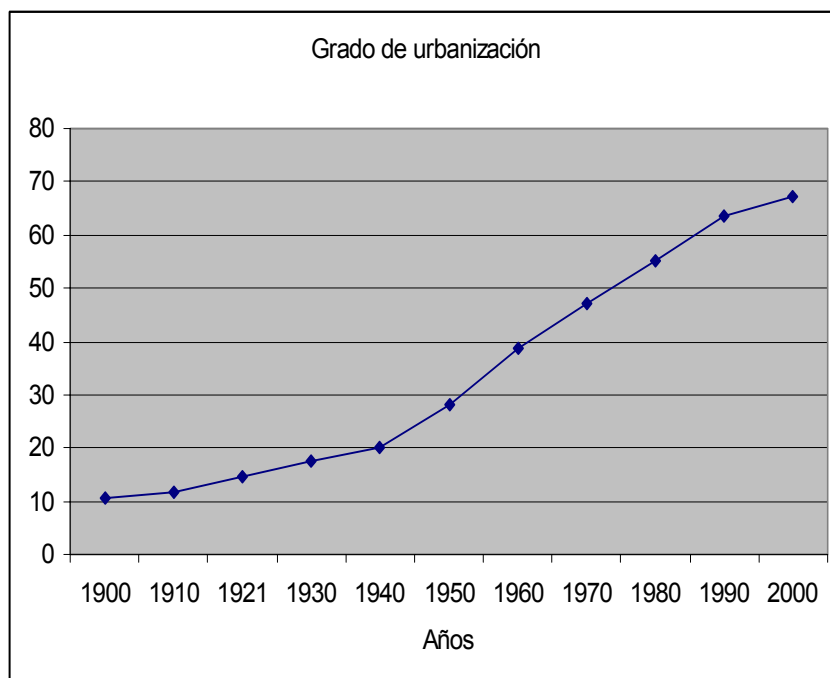


Figura 1. *Crecimiento del grado de urbanización en México (1900-2000)*

El crecimiento del grado de urbanización adopta en México la forma de una curva logística en “S”, que es precisamente la forma típica de cambio en muchos procesos dotados de dimensiones sociales —entre ellos los cambios lingüísticos, de hecho—. En una primera etapa de lenta alimentación, el crecimiento urbano es pausado. En los primeros cuarenta años del siglo, de 1900 a 1940, el porcentaje de población urbana aumenta de una forma muy moderada con respecto al crecimiento global de país: apenas 10% de ascenso en cuatro décadas. A partir de ese momento, la parte central del proceso se muestra con una curva de pendiente muy pronunciada que, en el medio siglo que va de 1940 a 1990, queda dotada de una inclinación del 45%. Es decir, que si en la primera parte del siglo el ascenso es muy moderado y puede seguirse hablando de un país esencialmente rural, el estado que surge de la posrevolución, tras el sexenio cardenista (1934-1940), se encuentra involucrado en un proceso de urbanización ferviente y acelerada, a un ritmo promedio de 9% de aumento por década (frente al 2.5% del período anterior). Aunque es pronto para decirlo, el proceso empieza a desacelerarse a partir de los años noventa, como corresponde precisamente a la parte final de una

curva de este tipo. Se ha observado que, salvo en el caso de estados de tamaño muy pequeño, como Singapur o Mónaco, que llegan a estar casi plenamente urbanizados, el umbral superior de urbanización es de 85%, y el promedio urbano en países desarrollados es de 76% (Garza 2003, p. 28; p. 92, n. 7), lo que daría a México todavía un margen de crecimiento urbano de algunos puntos. Puede hacerse una lectura muy semejante de la consideración del número de ciudades en el país:

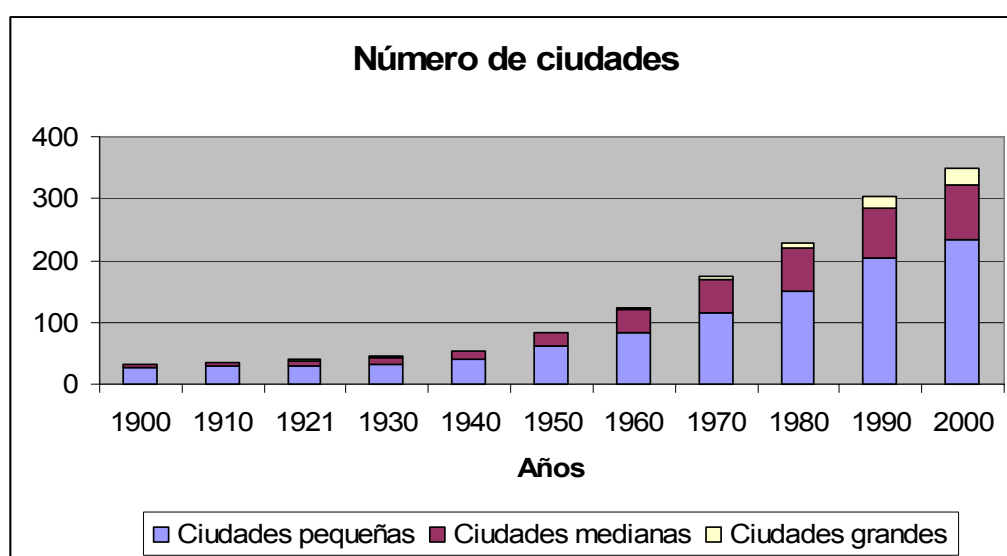


Figura 2. *Crecimiento del número de ciudades en México (1900-2000)*

El número total de ciudades ha crecido de manera espectacular a lo largo del siglo xx. Del total de apenas 33 que había en 1900 se pasa a 350 en el año 2000; es decir, se trata de un sistema urbano más de diez veces más grande. La tendencia al crecimiento urbano se agudiza en las décadas intermedias de la centuria. Hasta 1921 el número de entidades considerables como ciudades crece 1.1 veces por década, y entre ese año y 1940 el ritmo se acelera sólo moderadamente, para llegar a un crecimiento por década de 1.2 veces el número de ciudades. La mayor expansión se va a dar en los años cuarenta y cincuenta, pues entre 1940 y 1950, y 1950 y 1960 la velocidad de expansión llega a 1.5 veces el número de ciudades respecto a la década anterior. A partir de ese punto

el ritmo empieza a sosegar de modo paulatino. Para la década que termina en 1970, el crecimiento es de 1.4 veces, y las dos décadas posteriores verán crecer el número de poblaciones urbanas 1.3 veces por década. Por fin, los últimos años del siglo, de 1990 al año 2000, reducen la expansión de la red urbana a 1.2 veces, es decir, un ritmo semejante al experimentado en los años veinte y treinta. La desaceleración proyectada en la figura 3 es coherente con la curva en “S” mostrada en la figura 1, referida allí a la proporción total de población urbanizada:



Figura 3. *Veces que aumenta el número de ciudades con respecto a la década anterior en México (1900-2000)*

A la vista de estos hechos, es natural que el interés por la dialectología urbana haya tomado especial fuerza precisamente en los años sesenta y setenta del siglo, momento en que, tanto por el número de personas como por el número de ciudades, se estaba haciendo evidente la profunda transformación que estaba teniendo lugar en el país. Desde luego, no es esta la única causa del impulso recibido por tales estudios, pues cuentan tanto o más el desarrollo interno de la disciplina y el estado de la investigación nacional e internacional, pero hay

bastante consistencia entre la eclosión de intereses de investigación y la realidad casi aplastante de los hechos sociodemográficos.

Otro aspecto de gran importancia para entender la organización de un sistema urbano es considerar la jerarquía que las ciudades guardan entre sí. Esto, que es un principio básico en demografía, lo es también en dialectología y sociolingüística, pues la influencia lingüística ejercida por una ciudad está en función de su jerarquía y de las relaciones que mantiene con las de su entorno inmediato y mediato. Se ha propuesto, por ejemplo, que ciertos cambios lingüísticos desarrollados en el inglés estadounidense se difunden en cascada, desde la ciudad de mayor tamaño a la inmediata inferior de un área determinada, y así sucesivamente. Ese el caso, precisamente, de lo que puede estar ocurriendo con la asibilación de *r* en el español de México (infra).

El hecho más notable en el sistema urbano mexicano es la primacía de la ciudad de México sobre el resto de ciudades. Desde pronto se cumplió el principio demoeconómico que establece que “en las etapas iniciales del desarrollo económico, este tiende a concentrarse en la ciudad principal” (Garza 2003, p. 34). Aunque hay varias maneras de calcular la preeminencia, la figura 4 se concentra en dos de los índices posibles, el que resulta de dividir la población de la ciudad de México entre la segunda más poblada del país en el año 2000 (Guadalajara), y el que se obtiene al dividir la ciudad de México por la suma de las nueve siguientes ciudades más populosas en el año 2000 (Guadalajara, Monterrey, Puebla, Toluca, León, Tijuana, Ciudad Juárez, Torreón y San Luis Potosí):

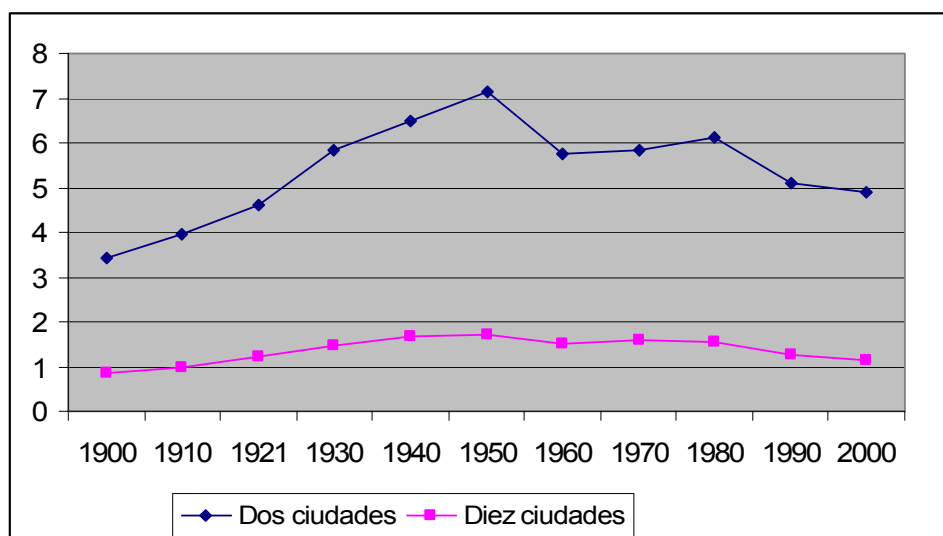


Figura 4. *Índices de primacía de la ciudad de México en un sistema urbano de dos ciudades y en un sistema de diez ciudades*

En la comparación con Guadalajara, la ciudad de México es en todo el siglo por lo menos tres veces más grande (el mínimo es 1900, 3.42 veces mayor), y casi siempre es cuatro o más veces mayor. El pico de diferencia se da en 1950, año en que la capital llega a ser 7.16 veces más poblada que la segunda ciudad del país. En conjunto, en la franja comprendida 1930 y 1990, México es más de cinco veces mayor que Guadalajara. En el sistema de las diez principales ciudades, la capital sólo estuvo poblada menos que la suma del resto de las otras nueve ciudades en 1900 y en 1910 (con 0.85 y 0.97 de primacía). A partir de ahí, la ciudad de México es siempre mayor que las otras nueve juntas. El pico de diferencias aparece también en 1950, en que México es 1.73 veces mayor que todas las demás. En buena parte del medio siglo, en el período comprendido entre 1940 y 1980, la ciudad de México es siempre 1.5 veces o más, más grande que las otras nueve ciudades. En ambos índices el final del siglo depara una relativa disminución del predominio urbano de la ciudad de México, aunque sigue siendo absolutamente dominante: 4.89 veces mayor que Guadalajara, 1.13 veces más poblada que todas las demás juntas en el año 2000.

Desde luego, estas desiguales proporciones demográficas tampoco pueden trasladarse sin más a los hechos sociolingüísticos. Los estudios más recientes dejan entrever que muchos núcleos urbanos están siguiendo caminos lingüísticos relativamente autónomos, y lo llamativo de esas trayectorias no se ve afectado sólo por el tamaño de la comunidad o por la distancia lineal con respecto a la ciudad de México. Es notorio, por otra parte, que el peso de la ciudad de México, en términos cualitativos y cuantitativos, llega a sentirse en cualquier rincón de la República, y es probable que cualquier estudio lingüístico urbano tenga que considerar entre las variables puestas en juego la mayor o menor relación del núcleo estudiado con respecto a la capital del país.

El lingüista, desde luego, se ve en la obligación de tomar decisiones que afectan a los hechos sociodemográficos propios de las ciudades en que trabaja, en términos de la extensión temporal y geográfica abarcada, las generaciones tomadas en cuenta, el conjunto de divisiones sociales asumidas, en suma, para la determinación del carácter de las comunidades de habla.

Migración y desigualdad social

La clave del crecimiento de las ciudades en el siglo xx se encuentra, en buena medida, en el traslado de ingentes masas campesinas al entorno urbano. Esta fuente esencial de transformaciones es uno de los objetos de estudio más genuinos para el trabajo lingüístico, tanto por su carácter medular en la transformación social y cultural de un país, como por el verdadero laboratorio de dialectos y de lenguas a que dan pie los contactos lingüísticos entre los inmigrantes y las personas asentadas por tiempo más prolongado en las ciudades. Se hablará un poco más adelante de esta cuestión con cierto detalle.

En México, entre 1930 y comienzos de los años setenta, los desplazamientos internos permanentes encaminaron grandes masas de población del campo a las ciudades, en particular hacia las de México, Guadalajara y Monterrey, en coincidencia con la llamada etapa de desarrollo estabilizador (1940-1970), que promovió la centralización económica. Las entidades expulsoras, las menos desarrolladas económicamente, eran en especial Zacatecas, Michoacán,

San Luis Potosí, Durango, Hidalgo, Tlaxcala, Oaxaca, Guanajuato y Guerrero, mientras que entre las receptoras destacaban el Distrito Federal, el estado de México, Nuevo León y Baja California (CONAPO 2002, p. 43). El siguiente mapa, referido al período 1965-1970, es representativo de esta primera etapa migratoria:

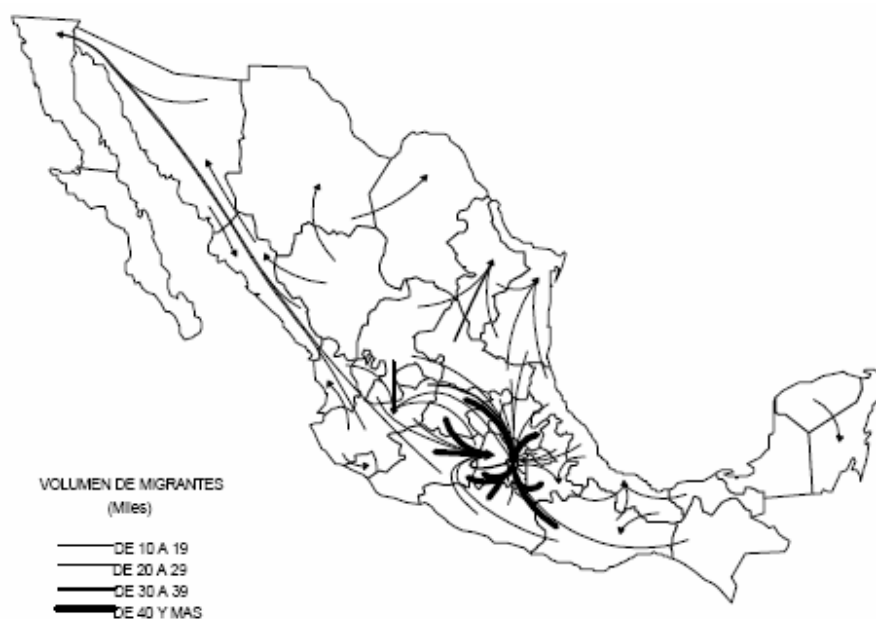


Figura 5. *Principales corrientes migratorias interestatales, 1965-1970*

Fuente: CONAPO 2002, p. 49

Como puede observarse, la principal concentración tiene lugar, precisamente, en el centro del país. En términos lingüísticos, cabe observar que la masa principal de inmigrantes que se dirigieron a la ciudad de México procedía, en particular, de áreas contiguas y no muy diferenciadas dialectalmente, por lo menos en lo que se refiere al español hablado en ellas; en el período comprendido entre 1959 y 1970, el 90% de los inmigrantes llegados al área capitalina procedían de las áreas circundantes a la zona metropolitana (Stern 1983, p. 145). Estos hablantes, muchos de ellos migrantes por motivos laborales, tendieron a ocupar las capas sociales y lingüísticas inferiores del entorno capitalino. Dado el origen rural o semirural de muchos de ellos, puede pensarse que el componente

lingüístico puesto en juego de manera predominante es, en definitiva, de índole social antes que geográfica.

En un segundo momento, sin embargo, la migración ha experimentado algunas reorientaciones. A partir de 1970 las grandes ciudades empiezan a ser menos atractivas, en parte por las dificultades para seguir absorbiendo la fuerza laboral y por el aumento en el costo de la vida, en parte por su mismo tamaño, que ha venido generando problemas de inseguridad y de contaminación:

Entre las transformaciones de la dinámica migratoria de las últimas décadas sobresale la creciente intensidad de las migraciones permanentes de carácter urbano-urbano y metropolitano-urbano, así como la mayor complejidad del fenómeno debido al surgimiento de ciertas modalidades de flujos, como por ejemplo los que combinan los desplazamientos permanentes con los temporales y las migraciones internas con las internacionales (CONAPO 2002, p. 43).

Este patrón más complejo, en el que habitantes de núcleos metropolitanos se han mudado a ciudades de tamaño medio, y en que un número apreciable de personas vive en un lugar y trabaja en otro, combinada con una migración del campo a la ciudad amortiguada (por seleccionarse de manera más intensa la emigración hacia Estados Unidos), es el que permite atisbar la siguiente figura:

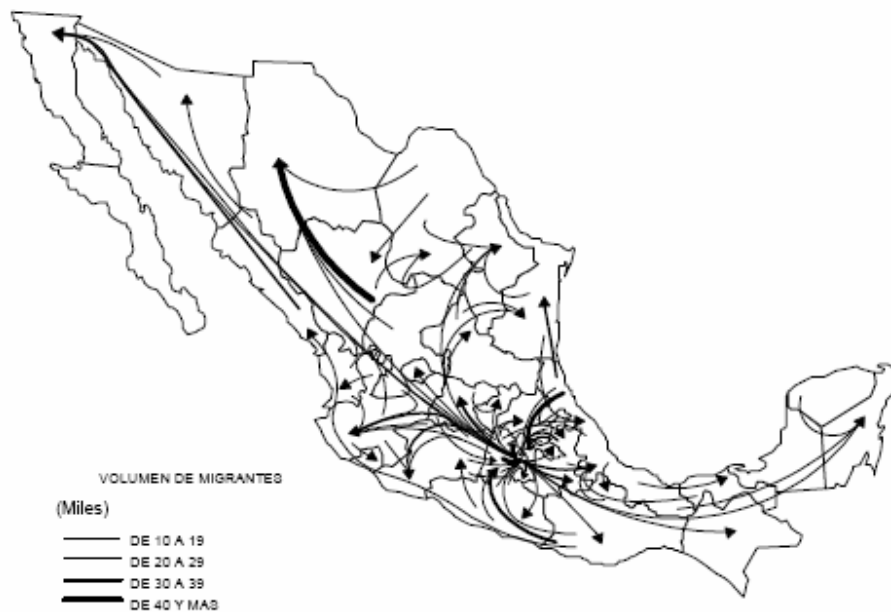


Figura 6. *Principales corrientes migratorias interestatales, 1985-1990*

Fuente: CONAPO 2002, p. 49

Los flujos migratorios se han diversificado y, aunque ciertas áreas continúan siendo atractivas como lugar de destino, no tienen la prominencia que tuvieron en las décadas anteriores, como ocurre en líneas generales con el centro del país. Para el 2002, en el saldo entre inmigración y emigración, el Distrito Federal, Zacatecas, Durango y Oaxaca son las entidades con mayor saldo negativo, lo que explica su bajo crecimiento o decrecimiento, mientras que Quintana Roo, Baja California, el estado de México y Morelos son los que muestran mayores saldos positivos, y dentro de ellos sus ciudades en particular:

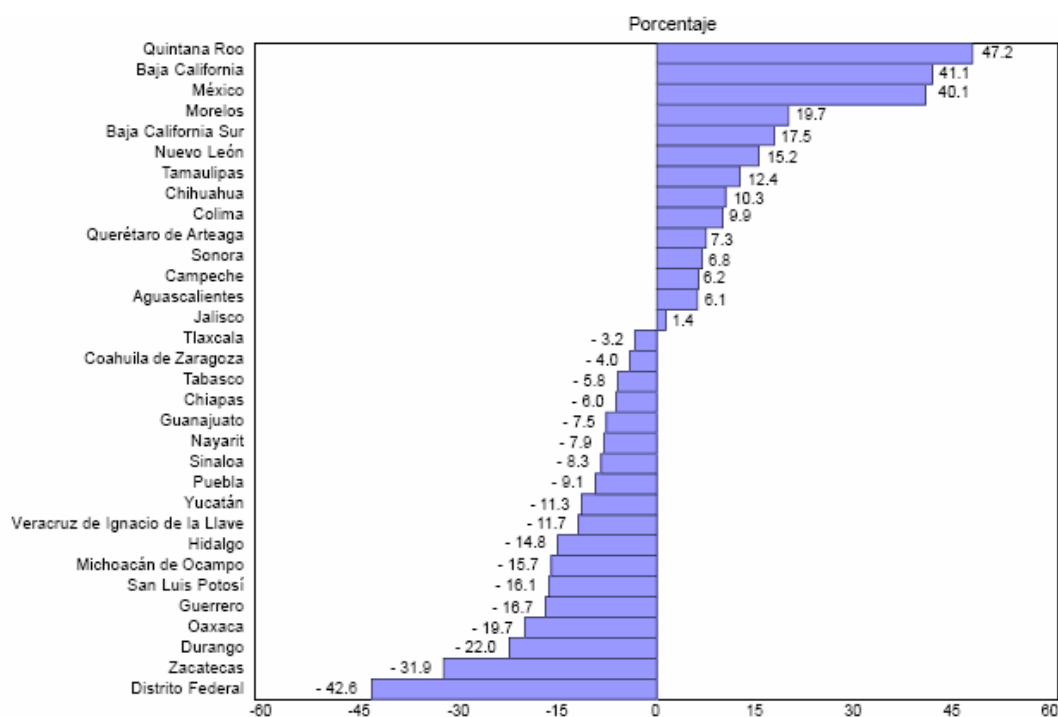


Figura 7. *Saldo neto migratorio según lugar de nacimiento como porcentaje de la población total residente*

Fuente: INEGI 2004, p. 11.

De todos modos, la inmigración acumulada para el 2002 confirma las tendencias generales del siglo, pues para ese año, el 18.2% de los 102 millones de habitantes del país habían emigrado a otra entidad, y el 52.7% del total de migrantes residía en el estado de México, el Distrito Federal y Baja California. Dentro de la zona metropolitana de la ciudad de México ha habido en los últimos años diferencias muy marcadas entre el Distrito Federal —con 0.91% de crecimiento en el período 1970-1990— y la zona conurbada del estado de México —5.96% en el mismo período y cuatro millones de inmigrantes al final de esa veintena, buena parte de ellos concentrados en el área urbana metropolitana— (Negrete, Graizbord y Ruiz 1993; INEGI 1993, p. 2); la tendencia al descenso en la recepción de migrantes, pues, ha afectado ante todo al Distrito Federal. El papel de los migrantes es muy importante a la hora de planear y llevar a cabo estudios sociolingüísticos de comunidades urbanas. En algunos casos forman grupos tan

numerosos que se hace difícil simplemente no tomarlos en cuenta⁵, aspecto en el que la perspectiva sociolingüística difiere con bastante claridad de la dialectología urbana, que ha tendido a trabajar más bien con las personas naturales de un lugar, exigiendo incluso una permanencia por generaciones en el área. El patrón típico es que las diferencias dialectales desaparezcan casi por completo en la segunda generación en el caso de hablantes monolingües. Cuando se trata de hablantes con otra lengua nativa, el proceso de desplazamiento suele llevar tres generaciones. El estudio de estos procesos de contacto es sumamente iluminador para entender en vivo los procesos de cambio lingüístico que experimentan las lenguas y las formas en que los hablantes los llevan a cabo.

Mientras los inmigrantes se incorporan a la ciudad receptora surgen multitud de conflictos, sobre todo entre los grupos en situación más precaria. La idea de 'conflicto' significa cosas diferentes en marcos diferentes, compatibles quizá sólo en sentido intrascendente⁶. Hay conflicto porque hay marginalidad; este ha sido uno de los grandes problemas de la sociología latinoamericana, pero se ha estudiado poco como forma de conducta social (Lezama 1993, pp. 347-356). Trabajos como los de Lewis (cf. 1961) sobre la cultura de la pobreza en la sociedad, el barrio, la familia y el individuo fueron luego criticados con severidad, aunque retomados por Touraine en un marco más amplio (cf. 1977, 1989). La polémica básica es si los marginados forman una comunidad con valores diferentes a la sociedad en general —y trasládese el razonamiento también a los hechos lingüísticos—. Viven en zonas determinadas, su reivindicación fundamental es el espacio antes que la producción, solicitan asistencia más que derechos, están fuertemente identificados con los barrios y desconfían de las instituciones. Si se acepta como definición de marginalidad la falta de

⁵ Cuando se planeó el estudio sociolingüístico de la ciudad de México, teniendo a la vista los datos del Censo de 1990, la cuarta parte de los habitantes del Distrito Federal (el 24.8%, 2 046 064 personas) habían nacido fuera de él; pero más de la mitad de los residentes en la zona conurbada considerada del estado de México (el 57.8%, 3 026 684) habían venido de otro lugar (Lastra y Martín Butragueño 2000, p. 21). Resultó obvio que era necesario trabajar con esa realidad.

⁶ Para este párrafo, véase el trabajo citado en la nota anterior (pp. 18-22).

correspondencia entre derechos sociales y el goce de los mismos (Sigal 1981), no es difícil ver el problema desde la dimensión del bilingüismo y el mantenimiento de las lenguas nativas. Dada la significativa correlación demográfica entre inmigración y marginación, los hechos dialectales y lingüísticos son una parte más del conflicto que surge entre los valores tradicionales y los nuevos valores urbanos. Si se quiere ofrecer un perfil sociolingüístico realista de una ciudad, estos son aspectos que no pueden esquivarse.

LA CIUDAD LINGÜÍSTICA MEXICANA

Desde el punto de vista lingüístico, buena parte de las ciudades mexicanas son universos muy poco conocidos. El capítulo comenzaba precisamente haciendo referencia a que tenemos hoy día un relativo conocimiento de sólo un puñado de áreas urbanas. Pensando en la tabla 8, en que se repasaba la lista de las ciudades grandes y medianas en el año 2000, difícilmente podría citarse un solo trabajo lingüístico en que se describan algunos hechos de la realidad local para la mayor parte de los lugares. La gran excepción es, desde luego, el *Atlas Lingüístico de México*, que ofrece una cantidad enorme de materiales de interés sociolingüístico. Si se confronta la lista de puntos de encuesta del *Atlas* con los núcleos poblacionales que en 1970 tenían más de 15 000 habitantes y por tanto categoría urbana (cf. Garza 2003, pp. cuadro A-2), la lista resultante es esta, de más a menos población:

Tabla 9. *Entidades urbanas en 1970 estudiadas en el Atlas Lingüístico de México*

Más de 500 000 habitantes (ciudades grandes)

Distrito Federal, Guadalajara (Jal.), Monterrey (N.L.), Puebla (Pue.)

Más de 50 000 (ciudades medianas)

León (Gto.), Torreón (Coah.), Tampico (Tam.), San Luis Potosí (S.L.P.), Tijuana (B.C.), Chihuahua (Chih.), Mérida (Yuc.), Veracruz (Ver.), Orizaba (Ver.), Aguascalientes (Ags.), Hermosillo (Son.), Culiacán (Sin.), Saltillo (Coah.), Morelia (Mich.), Durango (Dgo.), Toluca (Edo. Méx.), Nuevo Laredo (Tamps.), Cuernavaca (Mor.), Jalapa (Ver.), Mazatlán (Sin.), Irapuato (Gto.), Córdoba (Ver.), Ciudad

Obregón (Son.), Querétaro (Qro.), Villa Hermosa (Tab.), Oaxaca (Oax.), Tepic (Nay.), Ciudad Victoria (Tamps.), Pachuca (Hgo.), Uruapan (Mich.), Monclova (Coah.), Minatitlán (Ver.), Colima (Col.), Campeche (Camp.), Los Mochis (Sin.), Tuxtla Gutiérrez (Chis.), Tapachula (Chis.), Zamora (Mich.), Guaymas (Son.), Delicias (Chih.), Ciudad Mante (Tamps.), Zacatecas (Zac.)

Más de 15 000 (ciudades pequeñas)

Ciudad Valles (S.L.P.), Tehuacán (Pue.), La Paz (B.C.S.), Iguala (Gro.), Apatzingán (Mich.), Fresnillos (Zac.), Navojoa (Son.), Zitácuaro (Mich.), Guanajuato (Gto.), Chilpancingo (Gro.), Ocotlán (Jal.), Ciudad del Carmen (Camp.), Tuxpan (Ver.), Lagos de Moreno (Jal.), Zacapu (Mich.), Juchitán (Oax.), Tepatitlán de Morelos (Jal.), Matehuala (S.L.P.), Papantla (Ver.), San Cristóbal de las Casas (Chis.), Linares (N.L.), San Andrés Tuxtla (Ver.), Teziutlán (Pue.), San Martín Texmelucan (Pue.), Chetumal (Q. Roo), Tlaxcala (Tlax.), Comitán (Chis.), Sabinas (Coah.), Tuxpan (Nay.), Múzquiz (Coah.), Parras (Coah.), Tizimín (Yuc.), Tuxtepec (Oax.), Ciudad Sabinas Hidalgo (N.L.), Guamúchil (Sin.), Huauchinango (Pue.), Rioverde (S.L.P.), Amecameca (Edo. Mex.), Tehuantepec (Oax.), Tonalá (Chis.), San Juan del Río (Qro.)

Es decir, que de 174 ciudades presentes en el sistema urbano de México en 1970, 87 de ellas están representadas en el *Atlas*. Puede matizarse que es posible que buena parte de los materiales dialectales hayan sido recogidos en lugares de los municipios diferentes a las cabeceras propiamente dichas, pero de todas formas se trata de datos de interés fundamental para establecer la personalidad sociolingüística del país en un momento dado, y para disponer de datos en tiempo real de consulta indispensable en el estudio de cualquiera de estas localidades. Se consideraban en el *Atlas* las cuatro ciudades grandes que existían, con más de 500 000 habitantes; la inmensa mayoría de las medianas, de entre 50 000 y 500 000, pues se levantaron datos en 42 de los 55 municipios posibles; y una proporción respetable de las pequeñas, de entre 15 000 y 50 000 pobladores, dado que se incluyeron 41 núcleos de los 115 efectivos en el momento. Muchos aspectos sociolingüísticos presentes en estos materiales en principio geolingüísticos merecerán ser analizados con detalle, pues se recogen datos de varios informantes en cada localidad, atendiendo a la variación por edad, sexo y nivel de instrucción:

Debe resaltarse, como innovación del proyecto [del *Atlas*], el número de informantes a los que se aplicó [el cuestionario], nunca inferior a tres por localidad⁷, de diferente nivel sociocultural, edad y sexo, lo que permitió obtener informaciones no sólo dialectales, sino también sociolingüísticas. Parece claro que la interrelación de *normas* —cultura, media, popular, masculina, femenina, de los ancianos, adultos, jóvenes, mujeres, hombres— es realmente la que conforma la *norma* de una localidad, cuyo conocimiento puede obtenerse de manera más confiable por medio de varios sujetos y no de uno solo (Moreno de Alba 1994, pp. 21-22).

Por supuesto, el propósito del *Atlas* de ofrecer una visión general del estado de la lengua en un momento dado hace imposible profundizar en las características de cada uno de los puntos individuales, pero aun contando con el valor esencialmente espacial de cualquier trabajo geolingüístico, los mapas dialectológicos mexicanos ofrecen mucha más información sociolingüística de la que suele ser habitual en este tipo de obras.

El apartado que se desarrolla ahora es, en buena medida, un catálogo de los problemas que es necesario considerar con detenimiento para poder planear estudios sociolingüísticos que respondan a algunas de las cuestiones más urgentes. Se procurará ilustrar cada aspecto, en la medida de lo posible, con la información disponible en este momento. Es verdad, por otra parte, que hará falta una generación entera de sociolingüistas urbanos para poder sentar las bases del conocimiento que ahora nos están faltando en buena medida, por lo menos en cuanto a la estructura lingüística general de los núcleos poblacionales. No deja de ser también cierto que para algunos problemas lingüísticos muy específicos, sin embargo y como se verá más adelante, disponemos cada vez de información más precisa.

Varias de las grandes cuestiones tienen que ver con los principales rasgos sociales y demográficos de las ciudades mexicanas: el crecimiento desmedido de algunas de ellas, la falta de integración de los recién llegados, la presencia de

⁷ Tres, y en las capitales cuatro, cuestionarios y cuatro grabaciones de conversaciones libres (íd.).

cinturones y de cuñas de pobreza, el contacto entre lenguas y entre variedades dialectales más o menos diferenciadas, así como las grandes desigualdades sociales y educativas, que sugieren aproximaciones sociolingüísticas asentadas en una visión conflictiva de la realidad. Otros aspectos, en cambio, aunque son fundamento de diferencias entre personas y entre grupos, son comunes a muchas otras sociedades. Se trata de las diferencias asociadas a la edad y al sexo (o género o papel sexual), a la presencia de líderes lingüísticos que encabezan los patrones de variación y cambio, a la constitución de estructuras intermedias como redes sociales y asociaciones gremiales. Toda esta diferenciación, sin embargo, encuentra cauces de consenso a través de una cierta comunidad de actitudes y creencias lingüísticas, a la manera en que lo planteaba la sociolingüística clásica. Mal se podría hablar de comunidades de habla, en definitiva, si no hubiera muchas razones para defender la existencia de intereses lingüísticos compartidos.

Centro y periferia

Uno de los objetivos medulares a la hora de considerar sociolingüísticamente una ciudad es establecer su carácter como comunidad de habla, en términos de si realmente existe una correspondencia total entre los aspectos urbanos y los lingüísticos o si, más bien, la ciudad se incorpora a una comunidad de habla mayor o si, por el contrario, está en realidad formada por una serie de comunidades de habla más pequeñas y más o menos distantes entre sí. En parte, esta determinación será uno de los principales frutos que hayan de obtenerse al final de una investigación lingüística detallada; en parte, claro está, va surgiendo de la serie de expectativas que un equipo de investigación tiene al comenzar su trabajo, presunciones que sin duda influyen en la forma en que se planea el levantamiento de datos. En este sentido, la primera de las decisiones metodológicas que hay que tomar, y no la más fácil, a decir verdad, es acotar el área urbana sobre la que se va a trabajar. La dificultad surge, entre otras razones, por la inestable relación entre el centro o núcleo tradicional y la periferia de las ciudades. Si el primero es relativamente fácil de determinar, la segunda está dotada de una continua movilidad, en la medida en que algunas de sus secciones

se van incorporando a la estructura básica de la ciudad, y en que nuevas secciones aún más lejanas prosiguen la expansión de la mancha urbana. Por supuesto, no se trata sólo de un problema urbano, sino también cultural, medido en suma por el hecho de que las personas se adscriban a una renovada vida comunitaria o no. El caso del estudio sociolingüístico de la ciudad de México podría servir para ilustrar la cuestión.

La zona metropolitana de la ciudad de México incluye en la actualidad las dieciséis delegaciones políticas en que se divide el Distrito Federal, más una larga serie de municipios conurbados pertenecientes al estado de México, que se han ido considerando progresivamente incluidos en la zona a lo largo de varias de las décadas de la segunda mitad del siglo xx. Considerando que se trataba de un problema cultural y de relaciones sociales grupales y cara a cara, antes que una cuestión sólo urbana o administrativa, en el proyecto para el estudio sociolingüístico de la ciudad se tomó la decisión de considerar sólo municipios conurbados cuya vinculación con la zona metropolitana datara de al menos una generación atrás. Razonando que el tiempo convencional para una generación son 25 o 30 años, y que el proyecto se estaba planeando a mediados de los años 90, se tomó la decisión de tomar 1970 como umbral de incorporación de los municipios mexiquenses, lo que reducía la lista de entidades conurbadas pertinentes a once, a saber: Atizapán de Zaragoza, Coacalco, Cuautitlán, Chimalhuacán, Ecatepec, Huixquilucan, Naucalpan, Nezahualcóyotl, La Paz, Tlalnepantla, y Tultitlán, tal como se muestra en la figura 8:

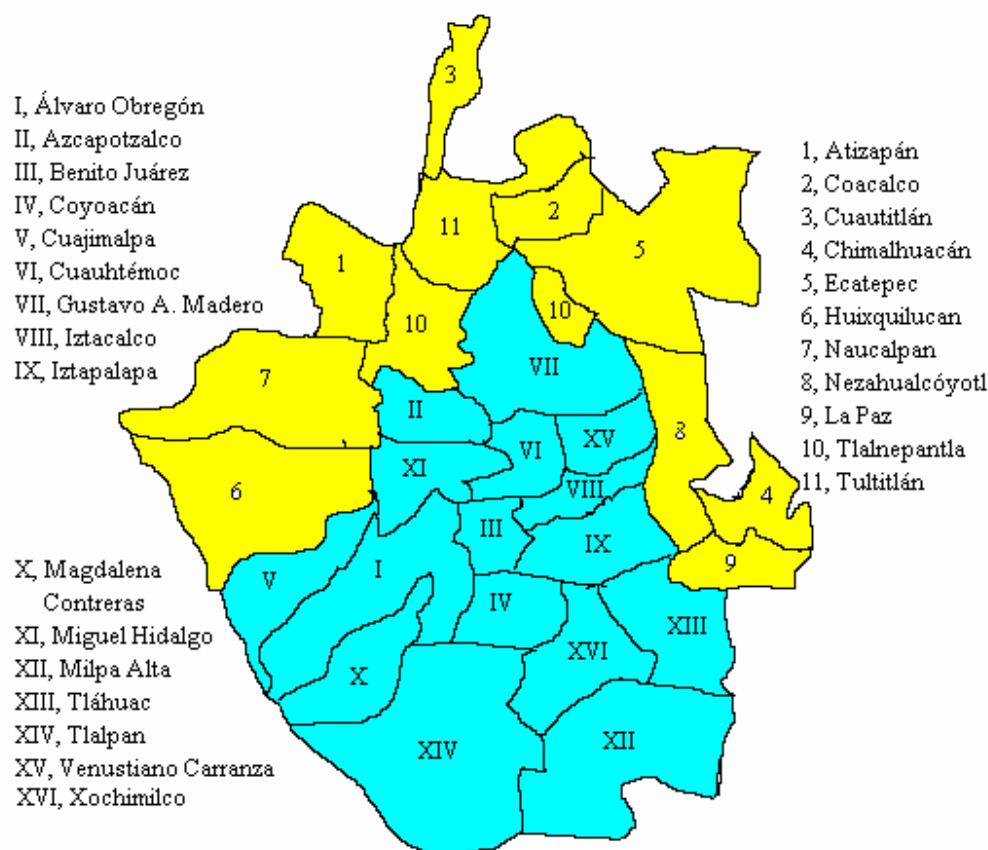


Figura 8. *Zonas de estudio pertinentes para el proyecto de variación y cambio lingüístico en la ciudad de México*

La decisión, desde luego, sigue acarreado más de un problema. Uno de ellos es que la vinculación urbana de algunas áreas semirurales del Distrito Federal es también discutible. Es el caso de Milpa Alta, XII en el mapa, o de pueblos aledaños todavía no absorbidos del todo por la mancha urbana. Informantes de los pueblos del Ajusco, en un área boscosa y montañosa de la delegación Tlalpan (XIV), por ejemplo, describiendo sus actividades, tal como se puede oír en las grabaciones correspondientes, hablan con claridad de *ir a México*, lo que parece señalar la conciencia de que viven en otro lugar. A fin de cuentas, la absorción citadina ya devoró otras áreas semirurales, como ocurrió en su momento con Tláhuac (XIII) o Xochimilco (XVI). Por otra parte, el levantamiento de datos no ha tomado como base de muestreo las diferentes zonas geográficas de la ciudad, sino una serie de factores de índole social. Simplemente, el área

definida marca la frontera dentro de la cual se ha venido trabajando con diferentes hablantes. Con todo, sin pretender un reparto equitativo de informantes por áreas y mucho menos por cada una de las veintisiete entidades acotadas, se ha venido procurando la presencia de personas que residan en diferentes áreas de la ciudad, semirurales y más urbanas, del centro y de la periferia, del Distrito Federal y del estado de México, etcétera. Esto es importante, como se verá en un momento, porque existe una cierta correlación entre algunos rasgos sociales y su distribución en el entorno urbano considerado.

En el año 2000, vivían en la sección considerada de la ciudad de México 15 159 386 personas, según el *XII Censo General de Población y Vivienda*. De ellas, 8 605 239 residían en el Distrito Federal, y 6 554 239 en alguno de los once municipios conurbados, lo que da con mucho la mayor ciudad hispanoblante y una de las mayores ciudades lingüísticas del mundo. Las diferencias sociales son marcadas dentro del entorno. Por dar un ejemplo, la población económicamente activa (PEA) era en 1990 un poco más del tercio de la población que vivía en la zona. Pues bien, el 64.1% de esa población percibía menos de 2 salarios mínimos, el 26.2% de 2 a 5 salarios mínimos, y sólo el 9.7% más de 5 salarios mínimos. Si se toman las 27 entidades incluidas como zona marco para el estudio y se dividen en tres tercios, es interesante comparar la distribución del tercio en que se concentra más población que percibe menos de 2 salarios mínimos con el tercio que concentra más población que gana más de cinco salarios, como puede verse en la parte izquierda de la figura 9:

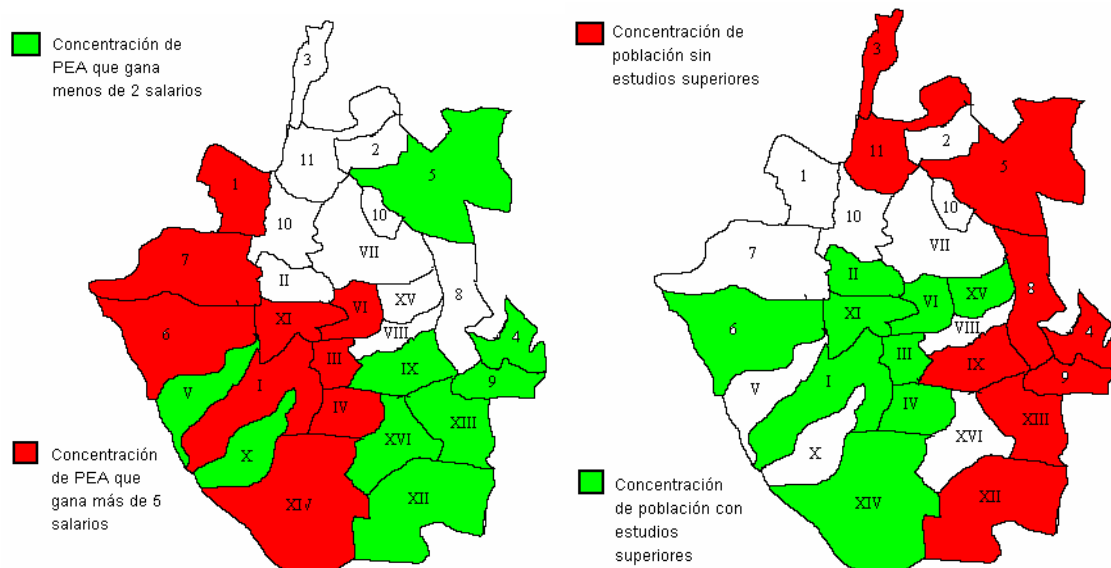


Figura 9. *Distribución espacial de la población en la zona considerada de la ciudad de México según el nivel de ingresos (izquierda) y de estudios (derecha)*

Como puede advertirse, la ciudad, o la zona pertinente considerada, tiende a quedar dividida en oriente, con una menor concentración del ingreso, en líneas generales, y poniente, con mayor concentración. El mismo eje vertical, que divide el este y el oeste de la ciudad, surge al considerar la concentración del nivel de estudios, tal como se percibe en la parte derecha de la figura, atendiendo a la cantidad de personas con estudios superiores —más concentrados al poniente, menos al oriente—. El tipo de ocupación, según los sectores primario, secundario y terciario, en cambio, tiende a distribuirse, en cambio, según un eje horizontal que secciona la ciudad en norte y sur. Así, atendiendo de nuevo a la división de la lista de entidades en tres tercios, las áreas de mayor concentración por sectores son las que muestran la figura 10, de forma que las actividades primarias se aglutinan al sur y al poniente, las secundarias al norte y las terciarias al sur y en el centro:

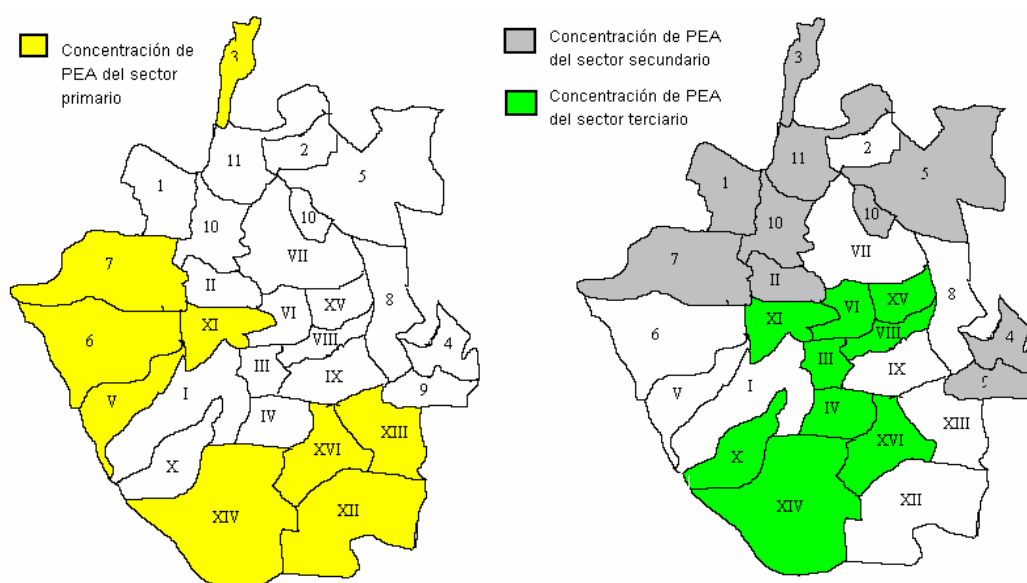


Figura 10. *Distribución espacial de la población en la zona considerada de la ciudad de México según el tipo de ocupación*

Además de procurar atender a la realidad espacial, se han venido teniendo en cuenta diferentes factores sociales que han dado lugar a varios módulos de datos. Por una parte, existe un núcleo central de 108 informantes estratificados por edad (tres grupos), sexo y nivel de estudios (también tres grupos). Por otra parte, se han recogido grabaciones de inmigrantes, tanto del centro del país (Morelos, Oaxaca, Guerrero, interior de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Michoacán, Hidalgo, zonas no conurbadas del estado de México, etcétera), que son los que tienen mayor peso demográfico entre las personas foráneas, como de inmigrantes lejanos (sonorenses, yucatecos, veracruzanos de la costa). Un tercer módulo está formado por niños y jóvenes menores de veinte años y, por fin, un cuarto grupo está constituido por personas marginadas. Buena parte de los informantes, cercanos ya a 300, se agrupan en unas veinte o veinticinco redes sociales; se han recogido numerosas encuestas individuales, cierto número de grabaciones con dos informantes, además de algunos materiales obtenidos a partir de la conversación grabada con grupos de tres o más hablantes.

De hecho, la realidad lingüística de una megalópolis es desbordante. Sin duda, estas son sólo algunas de las dimensiones que convendría considerar para poder entender las complejas relaciones entre los núcleos urbanos tradicionales y la compleja y mudable periferia que los rodea. Las ciudades, por un lado, tienen un papel irradiador que apenas empezamos a entender. La recepción de inmigrantes, por otro, en un proceso que en ciertas áreas tiende a estabilizarse, obliga a considerar el problema de la integración lingüística y dialectal de los recién llegados.

Contacto lingüístico y contacto dialectal

El carácter polar de las ciudades las convierte en focos de atracción para todo tipo de personas venidas de fuera. Por su propia naturaleza, las ciudades son el lugar donde los hablantes se encuentran y traban relaciones que más de una vez se saldan en conflictos específicos. Los contactos lingüísticos urbanos, que se producen ante todo debido a la presencia de inmigrantes, son excepcionalmente interesantes, con independencia del número relativamente grande o pequeño de personas que se vean involucrados en ellos. En términos sociolingüísticos, los grupos de recién llegados pueden formar a veces una nueva comunidad en la que sobrevivan, más o menos transformados, algunos de los rasgos antiguos, fruto y alimento de una nueva identidad. Otras veces, en cambio, los individuos no pueden integrarse en una comunidad reconstruida y las lenguas y los usos lingüísticos particulares se pierden irremisiblemente. El grado de integración en la comunidad mayor, y el aprendizaje de la nueva lengua y el nuevo dialecto es también variable, según una serie de factores, entre los que se encuentran la edad de llegada, el grado de escolarización en la lengua de partida y en la de llegada, el carácter del mercado lingüístico en que interactúa la persona —es decir, el papel del lenguaje en su trabajo—, la distancia entre las lenguas, etcétera. Ya se ha comentado que, por lo regular, la integración lingüística precisa de tres generaciones cuando se trata de hablantes de otra lengua, y de dos generaciones cuando se trata de miembros de otro dialecto. En términos puramente lingüísticos, el contacto entre lenguas y entre dialectos proporciona un sorprendente

laboratorio en el que se ponen a prueba muchos de los conocimientos establecidos sobre variación y cambio lingüístico, pues los ritmos de modificación de los fenómenos lingüísticos pueden verse muy acelerados en las situaciones de contacto. Además, las soluciones están condicionadas por el nivel lingüístico de que se trate, pues los hechos son diferentes según se trate de los aspectos fónicos, morfosintácticos, léxico-semánticos o discursivos.

En las ciudades mexicanas pueden distinguirse varios tipos de contactos lingüísticos interesantes, algunos de ellos todavía muy poco estudiados. El más llamativo, desde luego, es la presencia de una pléyade de lenguas indígenas. En segundo término, está casi por considerarse el papel de los hablantes de otras lenguas, occidentales —inglés, francés, alemán, italiano, portugués, entre otras— y no occidentales —chino, árabe, igualmente entre otras más—, en la constitución de las ciudades lingüísticas de México. En cuanto al contacto entre dialectos del español, es necesario distinguir entre los dialectos internos del país, que pueden estar próximos o alejados, lingüística y geográficamente, del dialecto de la ciudad receptora, y los dialectos de otros países hispanohablantes, entre los que destacan diferentes modalidades, en especial las argentinas, chilenas, cubanas, españolas, guatemaltecas y salvadoreñas.

Hablantes de lenguas indígenas

En cuanto a los hablantes de lenguas indígenas, existe una gran variedad de lenguas representadas en las ciudades de mayor tamaño:

Tabla 10. Datos de hablantes de lengua indígena de más de 5 años en los municipios nucleares de las ciudades de más de un millón de habitantes; se mencionan sólo las lenguas representadas con más de 500 hablantes

Distrito Federal	
náhuatl	37 450
otomí	17 083
mixteco	15 968
zapoteco	14 117

mazahua	9 631
mazateco	8 591
tononaca	4 782
mixe	3 463
chinanteco	2 410
maya	1 767
purépecha	1 724
tlapaneco	1 623
huasteco	914
triqui	671
tzeltal	548
otras y no especificado	20 968
Total	141 710
Guadalajara (Jal.)	
náhuatl	1 494
purépecha	620
mixteco	537
otras y no especificado	3 952
Total municipal	6 603
Total estatal	39 259
Monterrey (N. L.)	
náhuatl	3 242
huasteco	888
otomí	822
otras y no especificado	1 046
Total municipal	5 998
Total estatal	15 446
Puebla (Pue.)	
náhuatl	30 166
tononaca	4 475
mazateco	2 791
mixteco	1 112
zapoteco	930
otras y no especificado	1 818

Total municipal	41 292
Total estatal	565 509
Toluca (Edo. Méx.)	
otomí	21 323
mazahua	1 376
otras y no especificado	914
Total municipal	23 613
Total estatal	361 972
León (Gto.)	
otras y no especificado	2 425
Total municipal	2 425
Total estatal	10 689
Tijuana (B. C.)	
mixteco	3 614
purépecha	1 309
náhuatl	1 220
zapoteco	877
otras y no especificado	6 882
Total municipal	13 902
Total estatal	37 685
Ciudad Juárez (Chih.)	
tarahumara	2 873
náhuatl	731
mazahua	537
otras y no especificado	2 723
Total municipal	6 864
Total estatal	84 086
Torreón (Coah.)	
otras y no especificado	764
Total municipal	764
Total estatal	3 032

Fuente: <http://www.inegi.gob.mx>.

La lectura de la tabla anterior requiere de algunas precisiones. Como puede verse, se presentan los datos correspondientes a los municipios nucleares de las ciudades de más de un millón de habitantes en el año 2000. Los totales por zonas metropolitanas y el número de lenguas que superan el umbral de 500 hablantes por ciudad habrán de ser, entonces, mayores que los que se ofrecen aquí para los municipios⁸. Por otra parte, son conocidas las vaguedades de la información censal con respecto a las cuestiones lingüísticas⁹. El grado de bilingüismo, los nombres de las lenguas y otros aspectos suelen incluir muchas imprecisiones. La cantidad absoluta y relativa de casos en que no se registra el nombre de la lengua indígena hablada es en algunos casos muy grande: es la situación de 17 148 personas en el Distrito Federal, el 12.1% del total de los hablantes indígenas censados, o de Guadalajara, donde no se especifica la lengua para 2 523 de 6 603 personas (el 38.2%). Contando con estas fuertes limitaciones presentes en los datos, pueden realizarse algunas observaciones de carácter general.

La primera consideración que puede hacerse tiene que ver con las cifras relativamente pequeñas en la mayor parte de los casos, en comparación con la población absoluta de las ciudades de las que estos hablantes forman parte. El caso extremo lo constituyen los municipios de León y Torreón, por abajo de los 2 500 hablantes la primera, y de los 1 000 la segunda; se trata, además, de hablantes dispersos, pues ningún subgrupo alcanza la cifra de los 500 hablantes. En un segundo estadio se hallan ciudades en las que viven entre 5 000 y 15 000 hablantes indígenas. Entre ellas se encuentran Guadalajara, Monterrey y Ciudad Juárez, que rondan las tres la cifra de unos 6 000 hablantes, y Tijuana, aunque con cantidades claramente superiores a las anteriores y cercanas a las 14 000 personas. Por fin, los municipios de Puebla y de Toluca, y el Distrito Federal,

⁸ El número de 500 tomado ahora para resumir los datos es en sí mismo arbitrario. Puede encontrarse información más detallada en <http://lef.colmex.mx>.

⁹ Véanse al respecto los comentarios de Cifuentes y Moctezuma en el apartado 3 de su trabajo en prensa.

presentan más de 20 000 hablantes indígenas. Puebla y el estado de México tienen grupos indígenas de consideración, y los municipios capitales ostentan un porcentaje llamativo respecto a la población estatal: 7.3% y 6.5%, respectivamente. El Distrito Federal, por su parte, es la entidad urbana del grupo con un mayor número absoluto de hablantes indígenas, más de tres veces mayor al segundo más grande, que es Puebla; muestra también la mayor cantidad de lenguas representadas, tanto entre las que pasan de 500 hablantes, que se anotaron en la tabla anterior, como entre otras muchas dotadas de números menores. No es casual, desde luego, que estas tres entidades estén en el centro del país, y en diferentes grados de incorporación megalopolitana. Los nueve municipios nucleares, por otra parte, concentran sólo una parte relativamente pequeña de la población indígena, 243 171 personas (apenas el 4% de los 6 044 547 hablantes de más de cinco años registrados en el año 2000).

Una segunda consideración es la importancia de algunos subgrupos indígenas urbanos. Los hablantes de náhuatl superan el umbral de 500 en el Distrito Federal, Guadalajara, Monterrey, Puebla, Tijuana y Ciudad Juárez, es decir, en seis de las nueve ciudades más grandes del país, y forman la minoría de mayor tamaño en cuatro de esas ciudades, con cifras realmente llamativas, de entre 30 000 y 40 000 hablantes, en el Distrito Federal y en Puebla. Los otomíes están presentes con cantidades de importancia en Monterrey, con algo menos de 1 000 representantes, y sobre todo en el Distrito Federal y en Toluca, donde el subgrupo anda alrededor de las 20 000 personas. En el municipio de Toluca, de hecho, es la minoría de mayor importancia. Hay grupos llamativos de lengua mixteca en el Distrito Federal (casi 16 000 hablantes), en Guadalajara, en Puebla y también en Tijuana, donde forman el grupo indígena de mayor tamaño. Hay elementos zapotecos de cierta consideración una vez más en el Distrito Federal, en Puebla y en Tijuana, y de mazahuas, de más a menos, en el Distrito Federal, Toluca y Ciudad Juárez. Puede decirse que con muy pocas excepciones, como el caso de los tarahumaras, presentes con cierta amplitud sólo en Ciudad Juárez, todos los subgrupos de importancia están siempre representados en la capital del país, con independencia de que lo estén también en otra ciudad. Tal ocurre con el

purépecha (Distrito Federal, Guadalajara, Tijuana), el mazateco y el totonaca (Distrito Federal, Puebla) y el huasteco (Distrito Federal y Monterrey).

Un tercer aspecto llamativo en los datos básicos es el alto grado de bilingüismo presente en los hablantes de lenguas indígenas que viven en los municipios nucleares de las ciudades de mayor tamaño, a sabiendas de que este es un indicador de interpretación muy delicada en la información censal. De hecho, el bilingüismo urbano está casi completamente generalizado. A nivel nacional, los datos del INEGI para bilingüismo de la población indígena ascienden a un 83.1% de la población, más entre los hombres (87.4%) que entre las mujeres (78.8%). En el Distrito Federal, en cambio, el 99.5% de los hablantes de lengua indígena hablan también el español, aunque se mantenga la tendencia del mayor monolingüismo entre las mujeres (el 0.7% son monolingües, frente al 0.3% de los hombres). La tendencia es la misma en todos los otros lugares, con proporciones de bilingüismo que oscilan entre el 98.5% de Guadalajara y el 99.9% de algunos municipios. Se trata, desde luego, de una observación de carácter muy general, que puede incluir desde el bilingüe perfecto hasta el uso rudimentario de la segunda lengua. Pero, por otra parte, igual de limitada o deficiente es la información lingüística censal obtenida en el resto de entornos poblacionales. Es un hecho innegable, en definitiva, que hay un aumento notable del bilingüismo entre los hablantes de áreas urbanas. No podía ser de otra manera, en la medida en que las lenguas se hablan porque son útiles para las necesidades de sus hablantes.

Una cuarta cuestión de importancia relacionada con la situación urbana de las lenguas indígenas tiene que ver con los flujos migratorios y con la dispersión o concentración de subcomunidades o cuando menos de redes de hablantes que permitan, de alguna forma, la subsistencia social de la lengua de partida. Las cuatro entidades que recibieron más inmigrantes indígenas entre 1995 y el año 2000 fueron el Estado de México (el 16.1% de 201 171 personas), el Distrito Federal (13.5%), Sinaloa (13.3%) y Quintana Roo (7.4%). Buena parte de los flujos internos, por tanto, se concentran en la ciudad de México, pues considerando la suma de la recepción del Distrito Federal, y la parte que

corresponda a la conurbación del Estado de México, es probable que uno de cada cuatro migrantes indígenas internos se dirijan hacia la capital del país. Los flujos migratorios indígenas generales son, desde luego, mucho mayores; recuérdese en todo momento que buena parte de los movimientos migratorios se dirigen hacia los Estados Unidos. La población residente en los EE.UU. nacida en México se ha duplicado prácticamente en la década de los noventa (ha pasado de 4 766 000 en 1990 a 8 527 000 en 2000), y una parte no despreciable de tal migración habla alguna lengua indomexicana. A la complejidad migratoria hay que sumar el hecho de que en las riberas de algunas grandes ciudades queda población autóctona que habla lengua indígena, como ocurre en ciertas áreas rururbanas del sur de la ciudad de México, con pueblos originarios más o menos integrados en la esfera urbana megalopolitana.

En cuanto a la integración a la comunidad mayor y la subsistencia de comunidades originarias en el nuevo entorno, uno de los patrones tradicionales más extendidos consistía en una escasa integración de los migrantes originarios, orillados a los arrabales citadinos, en ocasiones agrupados en barríadas que reproducían parcialmente las estructuras del lugar de partida, y ocupados en oficios de baja capacitación (en especial en la construcción, los hombres, y en el servicio doméstico, las mujeres), y con una mayor integración y un cierto ascenso social por parte de los hijos de los inmigrantes, pero con una pérdida bastante mayor del sentido comunitario y de la lengua tradicional. Las cosas, sin embargo, pueden estar cambiando, en la medida en que asistimos a un cambio progresivo en las actitudes y en los modos de vida. En la ciudad de México existe ya una Asamblea de Migrantes Indígenas, en la que participan más de quince organizaciones particulares y se canalizan cierto número de esfuerzos vinculados a aspectos sociales y culturales, entre los que se encuentran, desde luego, las cuestiones lingüísticas¹⁰. Es pronto todavía para evaluar este tipo de esfuerzos, pero sin duda van a empezar a tener un papel importante en los desarrollos futuros de la situación sociolingüística urbana.

¹⁰ Véase al respecto el sitio <http://www.indigenasdf.org.mx/>.

Diferentes investigaciones van revelando una imagen muy matizada de las dimensiones del contacto sociolingüístico y de los grados de pervivencia de las comunidades de inmigrantes indígenas¹¹. Parte de los hechos pasan por los procesos mismos de adquisición lingüística. Cuando los niños miembros de grupos otomíes inmigrantes en Guadalajara desarrollan el lenguaje, durante el proceso de interacción con el entorno inmediato, lo que escuchan de sus madres es en buena medida otomí, pero la lengua de socialización con los demás niños tiende a ser el español. Desde ese momento mismo se produce una especialización lingüística, con el otomí volcado hacia la dimensión afectiva y el español hacia los intercambios comunicativos más generales. Las actitudes hacia las lenguas sufren al tiempo la presión de la sociedad mayor, pues el otomí carece de prestigio y es menospreciado, pero mantiene su carga íntima y doméstica. Los niños de más edad comprenden las dos lenguas, pero al tiempo que han adquirido sus estructuras se han instalado también en el conflicto lingüístico (Martínez Casas y Alcaraz Romero 2003, pp. 590-599). También son los otomíes un grupo llamativo en la ciudad de México. El trabajo con redes densas de inmigrantes otomíes procedentes de San Marcos Tlaxalpan (estado de México) y de Santiago Mexquititlán (Querétaro) muestra que la mayor parte de los miembros de la primera y la segunda generación aprendió el español en la ciudad, pero la tercera generación lo aprendió también en el seno familiar, es decir, también dentro de su propia comunidad. El otomí es esencialmente de uso doméstico, donde compete con el español: la selección depende ante todo de la persona con quien se esté hablando, pues los hablantes de más edad tienen poco dominio del español. Como en otros casos, las personas de edad intermedia prefieren que sus hijos aprendan a hablar en español para evitar la discriminación. En conjunto, el retrato muestra un acelerado proceso de desplazamiento en el contexto capitalino (Guerrero Galván 2003). Precisamente, puede verse parte del problema por medio del contraste entre las redes densas y difusas en que participan los inmigrantes

¹¹ Es necesario tener presente en este contexto los estudios ya clásicos de Lourdes Arizpe (cf. 1979).

indígenas, como observaban Cifuentes y Pellicer (1987) a propósito de grupos mazahuas (procedentes de Rancho San Bartolo y Pueblo Nuevo, en la frontera de Michoacán y el estado de México), otomíes (de Santiago Mexquititlán) y zapotecos (de Yalalag, Oaxaca) en la ciudad de México, de modo que la relación densa se da “con parientes y amigos pertenecientes a su mismo grupo étnico —comunidad o región—, y se sostiene a partir de las relaciones recíprocas con el pueblo, salvo en casos relativamente aislados” (p. 26). La segunda red, más abierta, tiene que ver con la inserción en el mercado laboral urbano y el uso de los servicios públicos. Es importante señalar que “no se trata ni de un proceso de adquisición de una lengua extranjera ni del primer encuentro con el grupo lingüístico mayoritario” (í.d.). Es decir, en ese sentido, el entorno urbano amplía una situación que ya se venía dando, y en sí mismo no tiene por qué suponer siempre un desplazamiento lingüístico. De hecho, pueden existir buenas razones para el mantenimiento, en la medida en que la lengua indígena sirva como elemento de identificación y cohesión, tengan carácter de marcador social, y de que el español usado por los indígenas sea estigmatizado por los hispanohablantes. Las mujeres mazahuas estudiadas estaban familiarizadas con el español antes de llegar a la ciudad de México, mientras que en la época migratoria pertinente, los años sesenta, el bilingüismo no estaba generalizado en Santiago Mexquititlán. En cuanto a los hombres y mujeres zapotecos considerados, aunque hasta los años cincuenta era operativo en Yalalag un bilingüismo zapoteco-mixe y zapoteco-chinanteco, para los ochenta el bilingüismo zapoteco-español era ya dominante en la comunidad de origen. Dado que las condiciones sociales y lingüísticas de partida son diferentes, también lo son las de la inserción en el lugar de llegada. En general, las lenguas subsisten mientras lo hace de algún modo la comunidad de origen —lo que implica compartir lugares de trabajo o de residencia, la existencia de matrimonios endogámicos, el mantenimiento de lazos laborales y culturales con el lugar de origen, etcétera—. Aun así, existía tendencia ya en los años ochenta a que los menores de 18 años perdieran la lengua de sus mayores (p. 30). Se producían también, por otra parte, movimientos de lealtad promovidos por grupos

alfabetizados urbanos, como el surgido alrededor del Grupo cultural de la asociación yalalteca de México¹².

Muchas de las consideraciones anteriores se mantienen para el siguiente tramo de ciudades:

Tabla 11. *Población que habla lengua indígena en ciudades de 500 000 a 1 000 000 habitantes en el año 2000; se mencionan sólo las lenguas representadas con más de 500 hablantes*

San Luis Potosí (S.L.P.)	
huasteco	1 069
náhuatl	1 985
otras y no especificado	664
total municipal	3 718
total estatal	235 253
Mérida (Yuc.)	
maya	90 923
otras y no especificado	1 542
total municipal	92 465
total estatal	549 532
Querétaro (Qro.)	
otomí	1 699
náhuatl	737
otras y no especificado	1 291
total municipal	3 727
total estatal	25 269
Mexicali (B.C.)	
mixteco	539
otras y no especificado	4 978

¹² Sobre el caso del bilingüismo español-mazahua, es fundamental considerar la serie de trabajos que Pellicer ha venido dedicando al problema. Véanse, entre otros, las contribuciones de 1992, 1994, 2001 y en prensa.

total municipal	5 517
total estatal	37 685
Culiacán (Sin.)	
mixteco	5 410
náhuatl	1 794
tlapaneco	1 489
zapoteco	1 346
otras y no especificado	3 042
total municipal	13 081
total estatal	49 744
Aguascalientes (Ags.)	
otras y no especificado	1 006
total municipal	1 006
total estatal	1 244
Acapulco (Gro.)	
náhuatl	3 805
mixteco	3 100
tlapaneco	1 310
amuzgo	1 173
otras y no especificado	881
total municipal	10 269
total estatal	367 110
Chihuahua (Chih.)	
tarahumara	4 625
otras y no especificado	934
total municipal	5 559
total estatal	84 086
Cuernavaca (Morelos)	
náhuatl	2 139
otras y no especificado	2 329
total municipal	4 468
total estatal	30 896

Tampico (Tamps.)

huasteco	769
náhuatl	1 842
otras y no especificado	311
total municipal	2 922
total estatal	17 119

Saltillo (Coah.)

otras y no especificado	878
total municipal	878
total estatal	3 032

Morelia (Mich.)

purépecha	2 430
otras y no especificado	871
total municipal	3 301
total estatal	121 849

Coatzacoalcos (Ver.)

zapoteco	3 574
náhuatl	1 281
mixe	501
otras y no especificado	2 263
total municipal	7 619
total estatal	633 372

Hermosillo (Son.)

mixteco	790
náhuatl	606
mayo	573
otras y no especificado	4 040
total municipal	6 009
total estatal	55 694

Veracruz (Ver.)

náhuatl	2 233
---------	-------

zapoteco	937
otras y no especificado	1 429
total municipal	4 599
total estatal	633 372
Reynosa (Tamps.)	
náhuatl	1 080
tononaca	617
otras y no especificado	1 017
total municipal	2 714
total estatal	17 118
Tuxtla Gutiérrez (Chis.)	
tzotzil	3 899
tzeltal	2 929
zapoteco	705
zoque	682
chol	609
otras y no especificado	474
total municipal	9 298
total estatal	809 592
Villahermosa (Tab.)	
chontal	13 206
chol	1 160
otras y no especificado	4 710
total municipal	19 076
total estatal	62 027
Celaya (Gto.)	
otras y no especificado	1 124
total municipal	1 124
total estatal	10 689

Fuente: <http://www.inegi.gob.mx>.

Bastantes de los comentarios que pueden hacerse sobre las diecinueve ciudades grandes que se encuentran entre el medio millón y el millón de

habitantes son parecidos a los pertinentes para las nueve ciudades de más de un millón. En términos puramente cuantitativos, los hablantes de lenguas indígenas constituyen por lo general pequeñas minorías dentro de las ciudades en que viven. Desde luego, en la mayor parte de los enclaves, proyectos de minorías lingüísticas serían muy iluminadores para poder entender la relación entre las subcomunidades y la comunidad mayor. Los totales municipales de lengua indígena son bastante bajos —menos de 5 000 personas— en San Luis Potosí, Querétaro, Aguascalientes, Cuernavaca, Tampico, Saltillo, Morelia, Veracruz, Reynosa y Celaya. Las cifras se hacen más llamativas en Mexicali, Culiacán, Acapulco, Chihuahua, Coatzacoalcos, Hermosillo, Tuxtla Gutiérrez y Villahermosa, con cantidades que oscilan entre 5 000 y 20 000 personas.

Hay que señalar en seguida que el caso de Mérida es diferente, pues es la única ciudad grande de México con una proporción tan marcada de hablantes de lengua indígena, hablantes además casi todos ellos de maya. Dadas las proporciones, se requiere aplicar técnicas propias de la sociolingüística urbana que aborden como uno de los problemas centrales el papel del bilingüismo. El tamaño de la ciudad, su importancia regional y las características lingüísticas de su población, con más de 90 000 hablantes de maya en el municipio de Mérida, la convierten en una de las más interesantes del país. No existe ninguna concentración proporcionalmente tan grande de ningún subgrupo indígena en un área urbana de gran tamaño, a pesar de que algunas lenguas están llamativamente representadas en diferentes ciudades. Es el caso del náhuatl, presente con más de 500 hablantes en los municipios de San Luis Potosí, Querétaro, Culiacán, Acapulco, Cuernavaca, Tampico, Coatzacoalcos, Hermosillo, Veracruz y Reynosa.

Buena parte de esta presencia indígena en las ciudades se debe a los movimientos migratorios que han conducido a los hablantes fuera de sus áreas tradicionales, dando lugar a una presencia heterogénea en ciertos núcleos (cf. Cifuentes y Moctezuma, apartado 4). De hecho, los mayores crecimientos de hablantes indígenas en las décadas comprendidas entre 1970 y 2000, se dieron en los estados que atraen una proporción considerable de trabajadores

inmigrantes. Las faenas agrícolas, junto a la proximidad de la frontera estadounidense, aumentaron los flujos de migración hacia Baja California sur y norte, Sonora, Sinaloa, Nuevo León y Tamaulipas, estados que, junto a Colima y Jalisco, han mostrado un crecimiento de más del 600% en el número de hablantes de lengua indígena, fenómeno asociado en tales áreas precisamente a un creciente bilingüismo¹³. En todo caso, la migración hacia centros urbanos relativamente cercanos, que origina la presencia de lenguas indígenas fuera de sus áreas tradicionales, suele dar lugar a asentamientos permanentes, frente a la migración hacia el norte del país, de carácter más temporal (Cifuentes y Moctezuma en prensa, apartados 4.1 y 5.1).

Desde luego, la investigación acerca de la presencia de las lenguas indígenas en diferentes entornos urbanos va mucho más allá de la consideración de las ciudades de mayor tamaño. La valoración del problema excede las posibilidades de un capítulo de carácter panorámico, pues sería necesario, para empezar, considerar la proporción indígena en los municipios en que radica cada una de las 88 ciudades medianas y las 234 pequeñas que ya existían en el país en el año 2000. Lo que el conjunto de estos datos deja en claro, en cualquier caso, es la exigencia de llevar a cabo proyectos de minorías lingüísticas urbanas que consideren de manera global los aspectos sociolingüísticos pertinentes para una ciudad determinada, en especial los que tienen que ver con el contacto de

¹³ Hay que matizar que “the rates of bilingualism higher than 90% are not exclusive to the regions that receive indigenous populations; these high rates can also be found in some of the traditional settlements [...]. These are the cases of Sonora where Mayo and Yaqui are found with 97% and 92%, respectively; Sinaloa with Mayo (97%); Veracruz (with Chinanteco at 94% and Huastec y Zoque at 92%). These and other high rates of bilingualism are similar to those encountered in Mexico City and the State of Mexico, the areas of intense assimilation” (Cifuentes y Moctezuma en prensa, apartado 5.5). Otras matizaciones tienen que ver con el ritmo de bilingüización, más rápido actualmente en general entre los hablantes de lenguas con comunidades con proporciones más bajas de bilingüismo hasta tiempos más recientes —como muchos otros fenómenos de cambio lingüístico, el proceso tiene forma de “S”—; además, el bilingüismo puede ser relativamente estable, o puede ser una etapa de transición hacia el desplazamiento de la lengua indígena por parte del español (ibíd.).

lenguas. Desde luego que el estudio de subcomunidades específicas será siempre revelador, en la medida en que se subrayen las peculiaridades de la interacción social e individual establecida por los grupos de inmigrantes con la comunidad mayor, y se documenten y analicen las variables lingüísticas más llamativas. Pero el marco general, las posibilidades de comparación que presta el tener puntos de referencia, el estudio de los cambios lingüísticos, las elecciones lingüísticas y las alternancias de código y, en buena medida, la posibilidad de diseñar medidas educativas y lingüísticas, sólo emergerán cuando se realicen investigaciones integrales que ponderen las diferentes situaciones.

Hablantes de otras lenguas

Existen también hablantes de otras lenguas, con un cierto papel dentro de la constitución sociolingüística de las ciudades mexicanas. En general, la presencia de extranjeros en México no es muy elevada, sobre todo si se contrasta con los cerca de 10 millones de mexicanos que viven más allá de las fronteras del país, en especial en los Estados Unidos. Había en el año 2000 un total de 492 617 personas residentes en México que hubieran nacido en otro país, repartidos hombres y mujeres en partes casi iguales. Sólo en seis entidades había contingentes relativamente notables, que superaran las 25 000 personas. De más a menos, son Baja California (59 716 extranjeros), el Distrito Federal (56 187), Jalisco (48 989), Chihuahua (44 436), Tamaulipas (36 177) y el Estado de México (25 975); es decir, se trata básicamente de estados con ciudades muy grandes — las de México y Guadalajara—, y de estados de la frontera septentrional. Casi dos de cada tres extranjeros viven en áreas urbanas (el 61%), pues con datos calculados para la población de más de 5 años en 2000, el 9% vivía en ciudades pequeñas, el 25% en ciudades medianas, y el 27% en ciudades grandes.

Entre los extranjeros procedentes de países en principio no hispanohablantes destacan los estadounidenses, que son con mucho el contingente extranjero más numeroso. Un reciente informe de la OCDE señala la presencia en México de 400 740 residentes extranjeros en México procedentes de

países de esa organización¹⁴. Hay entre ellos 343 597 estadounidenses, 21 114 españoles, 5 768 canadienses, 5 751 franceses, 5 595 alemanes, 3 904 italianos, 2 396 japoneses y 2 100 coreanos. Dada la alta proporción de educación superior entre ellos (el 38%), es muy probable que su concentración sea especialmente urbana y dedicada al sector de servicios. A estos, habría que sumar grupos de personas no necesariamente muy numerosos, pero sí de gran interés lingüístico, en la medida en que se trate de hablantes nativos de chino, árabe o lenguas eslavas. La presencia lingüística de todos estos grupos, la pervivencia o no de sus lenguas, y el desarrollo de determinadas formas de bilingüismo parecen haber sido muy poco estudiados hasta el momento en las ciudades mexicanas. Puede decirse, desde luego, que la única lengua no mexicana con una fuerte presencia numérica de hablantes nativos es el inglés.

Ya hace algunos años, tanto Antoinette Hawayek como Yolanda Lastra (1992, pp. 115 y 7), señalaban el interés de disponer de un estudio detallado sobre la lealtad lingüística en México que iluminara la situación de las lenguas inmigrantes. A falta de ese trabajo general, las páginas de Hawayek, que resumo a continuación, siguen siendo valiosas. Durante todo el siglo XIX, México había atraído muy pocos inmigrantes. Su número fue insignificante en la primera mitad de la centuria, y el ligero incremento en la década de los setenta, a pesar de las facilidades otorgadas por el Congreso, apenas tuvo como consecuencia la llegada de unos seis o siete mil extranjeros europeos y americanos, asentados en su mayoría en zonas urbanas. Unos 3 000 italianos se establecieron en Puebla y Veracruz, 575 mormones fundaron una colonia en Chihuahua, llegaron contingentes de inmigrantes chinos, además de cierto número de españoles y de hispanoamericanos. El número total de extranjeros, en todo caso, apenas rondaba las 12 000 personas. Para 1910, en las postrimerías del Porfiriato, había en

¹⁴ Según Víctor Osorio, "Importa México licenciados", *Reforma*, domingo 4 de septiembre de 2005, sección Nacional, p. 22A. Los datos no son muy diferentes en la estimación proporcionado por el CONAPO a partir de una muestra del diez por ciento del *Censo* del año 2000: 339 717 estadounidenses, 6 867 canadienses, 5 425 franceses y 5 338 alemanes. Véase infra para los países hispanohablantes (http://www.conapo.gob.mx/mig_int/series/02.htm).

México 20 634 estadounidenses, 20 194 chinos, 4 604 franceses, 3 827 alemanes, 2 595 italianos, 1 822 ingleses y 1 546 árabes. La mayoría de los europeos vivía en la capital, y el 72% de los estadounidenses residía en el Distrito Federal o en la frontera. Los chinos se establecieron en la ciudad de México y en el Pacífico norte. Para fines del siglo xx, aunque las cantidades de extranjeros han ido aumentando, la principal minoría lingüística sigue siendo la anglohablante, principalmente procedente de los Estados Unidos. Ninguna otra lengua, sea francés, alemán, italiano, árabe, chino, polaco, japonés, ruso o yiddish, alcanza el 3% de hablantes de entre los de lengua extranjera. Algunas lenguas con pocos hablantes no carecen de interés, como el griego, vinculado al culto ortodoxo; otro caso llamativo es el del hebreo, usado de manera primordial con fines religiosos. Los hablantes de inglés disponen de una larga serie de organizaciones y de servicios coordinados, además de publicaciones, periódicos, radio y televisión en inglés, así como numerosas escuelas bilingües en la ciudad de México y en todas las principales del país. La comunidad japonesa, por su parte, es mucho más pequeña, y está formada tanto por antiguos inmigrantes como por personas llegadas en tiempos mucho más recientes, que ocupan cargos de cierta relevancia en compañías internacionales; la Sociedad Japonesa y el Liceo Mexicano Japonés (ciudad de México, 1974-) contribuyen a otorgar sentido comunitario al grupo. A pesar del relativo peso histórico de la inmigración china, no hay un Chinatown en el Distrito Federal. No parece haber habido muchos intentos sistemáticos por mantener la lengua. También los libaneses, como los chinos, pierden su lengua en la primera generación, pero su presencia en la ciudad de México y en otras está correlacionada con su peso económico. El prestigio del francés y la existencia del Lycée (ciudad de México, 1937-) vincula la comunidad franco-mexicana de antaño con los franceses arribados en tiempos más recientes, ligados por lo general a posiciones directivas en empresas galas, o a puestos que involucran una alta especialización. El alemán y su cultura generan una sensación de prestigio entre los miembros de la subcomunidad germana, en la que los participantes ocupan — como en otros casos de residentes foráneos— puestos de importancia en empresas alemanas; una vez más, el peso en este caso del Colegio Alemán

(1894-) en la ciudad de México aglutina al grupo. Ruso y polaco, por fin, cuentan con pocos hablantes, muchos de ellos ligados a la inmigración judía¹⁵.

Como en el caso de las lenguas indígenas, la investigación sistemática y coordinada de las minorías lingüísticas urbanas sería enormemente reveladora. Muestras relativamente pequeñas de diversas redes sociales podrían permitirnos entender mucho mejor las condiciones sociolingüísticas que propician la preservación o el desplazamiento de la lengua de origen (L1) y la recepción individual y social de la nueva lengua (L2), en este caso el español. Sólo así tendremos una idea cercana y basada en hechos de la lealtad y la deslealtad lingüística, capaz de otorgarnos visiones mucho más matizadas y menos monolíticas de las ciudades lingüísticas mexicanas.

Contacto entre dialectos

El estudio del contacto entre dialectos puede resultar enormemente significativo para la comprensión de los cauces por los cuales se mueven los cambios lingüísticos. En el siglo XX, una de las formas más comunes del contacto entre hablantes de diferentes latitudes de una misma lengua, si no es que la más habitual, ha sido la presencia de inmigrantes en áreas urbanas. En el caso de las ciudades mexicanas, estos orígenes diferenciados pueden ordenarse cuando menos en tres esferas. En primer término, los hablantes de áreas contiguas geográfica y dialectalmente. Suele tratarse de los grupos más numerosos de hablantes, aunque no de los más diferenciados lingüísticamente. Su integración en la comunidad receptora es paulatina, pero comienza desde abajo, pues suelen haberse desplazado por motivos laborales que les conducen, cuando menos inicialmente, al desempeño de trabajos poco remunerados. En segundo lugar, puede pensarse en inmigrantes mexicanos procedentes de áreas del país mucho más alejadas geográfica y lingüísticamente. Se trata de una inmigración formada por contingentes mucho menos numerosos, aunque al tiempo con una conciencia

¹⁵ Acerca de la realidad lingüística de los inmigrantes judíos en México, en especial en su capital, véanse los trabajos de Yoffe y Movsovich (1992), y de Revah Donath y Enríquez Andrade (1998).

de origen lingüístico diferente mucho mayor que en el caso anterior. Aunque demográficamente su peso pueda ser bastante más reducido, lingüísticamente muestran procesos de gran interés. Tomando como ejemplo la ciudad de México, el primer gran grupo de inmigrantes lo forman personas originarias de los estados centrales del país: áreas rurales o semirurales del Estado de México, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Morelos y zonas interiores de Guerrero y Veracruz. Como parte del segundo tipo de inmigrantes, menos numerosos y representativos demográficamente, pueden encontrarse personas de cualquier parte del país. El estudio sociolingüístico de la ciudad ha incluido tres grupos de estos migrantes: sonorenses (Serrano 2002), yucatecos (Rosado 2003) y veracruzanos de la costa, como representantes de dialectos claramente diferenciados en los que pueden constatar diferentes procesos de acomodación lingüística. Por fin, en tercer lugar, hay que considerar los grupos de inmigrantes procedentes de variedades hispánicas foráneas (Pesqueira 2005). Por orígenes, los grupos extranjeros que hablan español han tenido tradicionalmente cuatro orígenes principales: España, Centroamérica (en especial Guatemala y El Salvador), el Caribe (Cuba sobre todo) y el cono sur de Sudamérica (Argentina y Chile). Según las estimaciones de CONAPO (supra, n. 14), había en el año 2000 en México 27 636 guatemaltecos, 20 198 españoles, 6 888 cubanos, 6 293 colombianos, 6 280 argentinos y 5 484 salvadoreños. Los motivos migratorios son políticos, económicos, laborales y, desde luego, personales, en cierto número de casos. Políticamente, la migración se ha concentrado en momentos específicos: el exilio español tras la Guerra Civil, las guerras centroamericanas, dictaduras como la argentina a partir de 1974, la presencia de Castro en Cuba y Pinochet en Chile, etcétera. Puede llamarse migración económica a la de las personas que se ven forzadas a desplazarse en busca de cualquier fuente de ingreso; es una situación común a muchos inmigrantes centroamericanos. Por razones laborales, la presencia de misiones diplomáticas o culturales, la realización de estudios superiores y la instalación de empresas multinacionales son algunos de los motivos que más comúnmente explican la presencia de estos, y otros, extranjeros en el país.

El mecanismo fundamental a través del cual las personas entran en contacto con la comunidad receptora es la acomodación lingüística, en primer término establecida en interacciones particulares, y luego proyectada a nivel más permanente tanto en el individuo como en la subcomunidad de que este forma parte. A través de la acomodación, seleccionamos variantes específicas para darnos mejor a entender con el interlocutor, y para crear empatía dentro de la situación comunicativa que estamos desarrollando. Se trata, en definitiva, de aprovechar las ventajas tanto como sea posible.

La investigación que Pesqueira está llevando a cabo considera muestras de hablantes españoles, cubanos y argentinos residentes en la ciudad de México¹⁶. Para simplificar el problema, se trata en particular de hablantes de origen madrileño, habanero y bonaerense. Se trata de una investigación en curso, pero un primer avance sobre la distribución de la variable (j) en un grupo de inmigrantes argentinos, en términos de su articulación como fricativa sonora palatal <j>, es decir, al modo mexicano más común, o como fricativa sonora postalveolar <ɟ>, es decir, la variante tradicionalmente llamada “rehilada”, muestra algunos resultados de gran interés. Los avances presentan datos procedentes de 524 casos de (j), en tres hombres y tres mujeres, todos ellos bonaerenses residentes en el Distrito Federal. Las variables sociales consideradas son el sexo, los años vividos en México, la edad, la edad al llegar, el propósito de volver a Argentina y la existencia o no de familia mexicana. Para entender mejor el papel de la acomodación lingüística, se lleva a cabo de manera complementaria una prueba de actitudes y creencias lingüísticas, en el que los hablantes ponderan las diferencias entre las hablas mexicanas y argentinas, y el grado de cambio personal. Se considera también el tipo de palabra: nombre, pronombre, adjetivo, adverbio, topónimo, marcador discursivo; hay que tomar en cuenta que algunas ejemplos son muy frecuentes, pues hubo 190 casos de *yo* y 101 de *ya*. Se observa asimismo si la

¹⁶ Está previsto también levantar una muestra de mexicanos procedentes de la ciudad de México residentes en Madrid. Para los cubanos en la ciudad de México, véase también Rodríguez Cadena en prensa.

palabra se ha aprendido o no en México: nombres de lugares, como *Coyoacán*, de comida, caso de *tortilla*, o formas coloquiales, del tipo de *grilla*. Los factores más significativos han resultado ser el tipo de palabra, si se ha aprendido en México, la actitud hacia el segundo dialecto y el tiempo de residencia. Dejando a un lado los adjetivos, muy poco representados en la muestra, estos son los resultados probabilísticos para la realización <j> en las variables significativas:

Tabla 12. *Distribución probabilística de <j> entre inmigrantes bonaerenses*

Tipo de palabra	
adverbios	0.605
verbos	0.488
topónimos	0.138
pronombres	0.515
marcadores	0.157
Palabra aprendida en México	
no aprendida	0.471
aprendida	0.954
Actitud hacia el segundo dialecto	
amistosa	0.714
indiferente	0.028
Años de residencia	
menos de cinco	0.108
de cinco a doce	0.496
más de trece	0.924

Fuente: Pesqueira 2005

Para la correcta interpretación de estos datos —y de otros que irán apareciendo en el capítulo—, hay que recordar que probabilidades superiores a 0.500 favorecen el cumplimiento de un fenómeno, y que probabilidades inferiores no lo favorecen. En lo que se refiere a la tabla 12, entonces, con respecto al tipo

de palabra y a la frecuencia de las palabras, la baja probabilidad de cambio mostrada por los marcadores discursivos puede explicarse por la abundante presencia de expresiones del tipo *qué sé yo*. La alta frecuencia con que se presentan *yo* y *ya* está influyendo de manera decisiva en las tasas adscritas a adverbios y pronombres. Pesqueira acepta la afirmación de Bybee (2002, p. 67) acerca de que las palabras más frecuentes cambian más rápido. En la palabra *ya*, dotada de varios significados, podría localizarse el comienzo del cambio lingüístico. Incluso el hablante menos adaptado llega a mostrar algún caso de *ya* articulado como [ja], pero ninguno de *yo* como [jo]. Si la palabra se ha aprendido en México es mucho más probable (0.954) que se pronuncie con la variante <j> que cuando no se ha aprendido; la variable es muy significativa, lo que sugiere la importancia de la difusión léxica en el proceso de cambio lingüístico: *tortilla* o *Villa Coapa*, por ejemplo, fueron siempre pronunciadas con <j>. El papel de la actitud positiva es también claro a la hora de favorecer la acomodación lingüística: cuanto más amistosa es la vinculación con la comunidad receptora, mayor es el grado de cambio lingüístico. Por fin, los años de residencia en México son críticos para establecer el grado de reemplazo. Si quienes llevan menos de cinco años no favorecen la variante palatal (0.108 de probabilidad), quienes llevan de cinco a doce prácticamente ni la favorecen ni dejan de favorecerla (0.496), y quienes llevan más de trece años la han adoptado casi por completo (0.924):

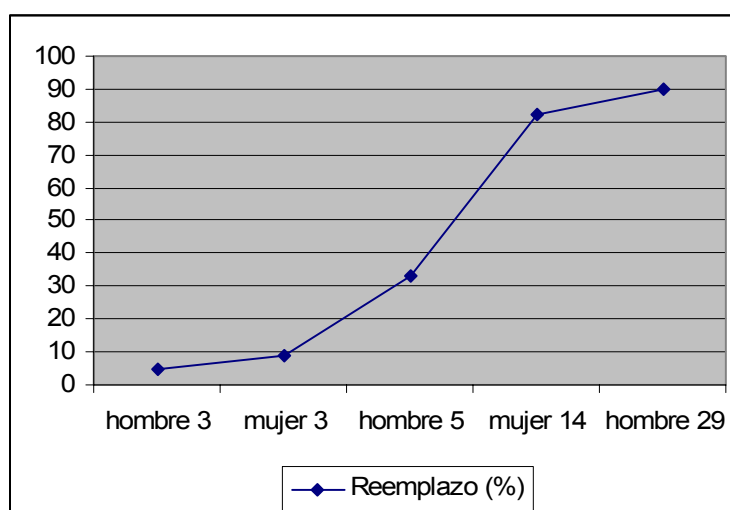


Figura 11. *Porcentaje de reemplazo de la forma argentina por la mexicana por sexo y años de residencia*

Fuente: Pesqueira 2005

En líneas generales, existe la expectativa de que los diferentes niveles lingüísticos sólo se comportan de la misma manera en situaciones de contacto dialectal cuando se comparan a gran escala; es muy probable que haya numerosas diferencias en las etapas de contacto según se trate de fenómenos fónicos, léxicos, morfosintácticos o discursivos. Por otra parte, es también posible que, incluso dentro de los aspectos fónicos, el cambio se mueva a través de procesos de difusión léxica en los inmigrantes de primera generación, pero a través de la sustitución de las reglas fónicas entre los de segunda.

El papel de los principales rasgos sociales

En México, los trabajos de dialectología urbana encaminados a la caracterización de las llamadas norma culta y habla popular de la ciudad de México, dirigidos por Lope Blanch, han resultado enormemente influyentes a la hora de diseñar otros proyectos lingüísticos urbanos. El trasvase dialectológico es claro en trabajos como el del método sociolingüístico ensayado por Perissinotto (1975) en su fonología de la ciudad de México:

El corpus utilizado en este estudio está formado por conversaciones grabadas entre un informante y un investigador; las grabaciones [...] se hicieron entre los años de 1963 y 1968 [...por...] estudiantes graduados del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México [...]. La selección de informantes se hizo de acuerdo con el siguiente criterio: el informante había nacido en la ciudad de México o había vivido allí desde niño; los padres del informante eran hablantes nativos del español y de preferencia mexicanos; la edad mínima fue de 16 años y, aunque no se puso un límite a la edad máxima, se requería que el investigador seleccionara individuos sanos, tanto mental como físicamente, y sin

síntomas de senilidad; los estudios del informante fueron hechos siempre en México (pp. 22-23).

Es obvio que muchos de los rasgos que debe incluir un estudio sociolingüístico estaban ya considerados en la dialectología urbana que se estaba desarrollando en México en los años setenta. Podría decirse que el enfoque sociolingüístico absorbe buena parte de esta metodología tradicional, más que negarla, y saca provecho de ella, en particular por el hecho de ser posible en algunos casos comparaciones específicas en tiempo real. Por otro lado, cierto número de problemas no tenían un papel específico en los primeros materiales. Entre ellos, cabe destacar la situación de las minorías lingüísticas, y el consiguiente contacto y conflicto entre lenguas y comunidades; parcialmente la visión de la comunidad de habla como unidad de trabajo y laboratorio para abordar el problema del cambio lingüístico; un enfoque cuantitativo e instrumental más detallado; y, sobre todo, la idea de buscar regularidades en los procesos de variación y cambio susceptibles de encuadrarse en modelos lingüísticos explícitos.

Existe, en todo caso, una larga serie de rasgos sociales, propios algunos de los individuos como tales y otros propios de los grupos de personas, que tienen un cometido importante en la configuración sociolingüística de cualquier ciudad. Entre ellos se encuentran la edad, el sexo o género, el grado de estudios alcanzado, el nivel de ingresos, el tipo de profesión desempeñado, el origen étnico y geográfico, la clase social a la que se pertenece, el contacto con la norma y con otras lenguas y dialectos, las relaciones de poder y solidaridad entabladas por los individuos, el papel central o periférico en diferentes tipos de redes sociales, la importancia de los intercambios llevados a cabo en el mercado en que el lenguaje es un bien específico, el papel de los gremios, clubes, asociaciones, la participación en instituciones de diferente tamaño, seguramente entre muchos otros. Desde luego, no es fácil considerar todas estas dimensiones al mismo tiempo, ni muchas veces es posible, pero de una forma o de otra, muchas de ellas se han tenido en cuenta a la hora de planear la investigación sociolingüística en entornos urbanos.

Más de una vez, ciertamente, ha sido necesario simplificar en buena medida las dimensiones sociales estudiadas, sobre todo cuando se trata de

proyectos de cierta envergadura, y en especial si se realizan en coordinación con levantamientos realizados en ciudades de otros países, como ocurre por ejemplo en el proyecto para el estudio sociolingüístico del español de España y de América (PRESEEA¹⁷), en el que la estrategia ha sido establecer unos mínimos compartidos por todos los equipos, en términos de la edad, el sexo y el nivel de estudios de los informantes, y permitir luego a cada equipo local que incorpore cuanta dimensión adicional juzgue oportuna para dar cuenta de la ciudad estudiada. Hasta el día de hoy cuatro ciudades mexicanas se han incorporado en firme a este proyecto: Culiacán, Mérida, México y Monterrey¹⁸. Todos estos proyectos, en una de sus secciones, cuando menos, comparten el tipo de muestreo, en la medida en que incorporan subdivisiones por edad (de 20 a 34 años; de 35 a 54; de 55 en adelante), por papel sexual (hombre y mujeres) y por grado de estudios (primaria o menos; enseñanza media; estudios superiores). El número de informantes, por otra parte, depende del tamaño de la ciudad estudiada. Más que como divisiones arbitrarias, hay que entender estas categorías como adscripciones sociales que suelen tener un reflejo lingüístico. La edad, por ejemplo, es un caso claro. La generación más joven suele ser la que está en el proceso de establecimiento, de forma que puede corresponder a la época en que se terminan los estudios, se accede al mercado laboral, se establece una familia, etcétera. La edad intermedia, por su parte, está vinculada a una etapa de establecimiento y de predominio sobre otros grupos de edad, tanto en términos sociales como personales. Los mayores, por su parte, se ven involucrados en procesos de jubilación y en el alejamiento del protagonismo social y familiar.

Desde luego que hay muchas más dimensiones y que estas mismas básicas pueden matizarse mucho. En el proyecto de la ciudad de México, por ejemplo, se recoge información sobre los estudios, edad y sexo del informante; su lugar y fecha de nacimiento, así como el año y edad al llegar a la ciudad, si es el

¹⁷ Véase http://www.linguas.net/linguas.net_non_ssl/PRESEEA/contenido/home.asp para más información.

¹⁸ El equipo de Puebla ha manifestado su deseo de vincularse también.

caso; la profesión, los ingresos y el tipo de alojamiento en que vive; el origen étnico del hablante; el origen del padre, de la madre y del cónyuge; la red a que pertenece y su naturaleza, así como la densidad, la multiplicidad y la posición que ocupa en ella; el modo de vida; las lecturas que realiza y los programas de radio y televisión que escucha y ve; los viajes que ha realizado y los idiomas que habla; el entrevistador que realizó la grabación, la fecha y el lugar donde se hizo, el tipo de relación mantenida con el entrevistado y con la persona que proporcionó el contacto. Muchos otros datos más menudos y personales salen en las historias de vida que en buena medida son las partes nucleares de muchas de las entrevistas. Ciertamente, no es fácil catalogar y tomar decisiones adecuadas con respecto a muchos de estos rasgos y con respecto a su interacción, como ocurre, por ejemplo, con la asignación de ocupación o ingresos a los niños, a las amas de casa y a las personas jubiladas, o con la evaluación del tipo de red o del modo de vida, pues muchos de ellos dependen de una microsociología empírica que en buena medida está todavía por hacerse.

Un proyecto muy preocupado por los factores sociales puestos en juego ha sido el del habla de Monterrey, preocupación que condujo al levantamiento a mediados de los años ochenta de un ingente corpus de 600 grabaciones. Entre los factores considerados, se cuentan el género (hombre o mujer); la edad (de 18 a 25 años, 26 a 35, 36 a 55, 56 o más); la escolaridad (analfabetismo real, primaria incompleta, primaria, técnica, normal, preparatoria, universidad, postgrado); el trabajo, considerando las dimensiones de sector económico (primario, secundario, terciario), el tipo de adscripción (pública o privada) y la fase productiva (de producción, distribución y/o comercialización); la migración, considerando el carácter originario, o la llegada en alguno de los grandes períodos migratorios (1940-1950, 1970-1985), además del tipo de origen de los inmigrantes (rural, semirural/semiurbano, urbano); los municipios (Monterrey; San Pedro, Garza García; San Nicolás de los Garza; Santa Catarina; Guadalupe; Escobedo), muestreados en un total de 24 colonias; y, por último, el salario familiar (menos del salario mínimo, salario mínimo, 3 veces el salario mínimo, entre 4 y 6 veces, entre 6 y 10 veces, más de 10 veces), complementando el dato con indicadores sobre el

tipo de residencia y las posesiones personales. A partir de estas siete variables y de su correlación con los datos censales, y considerando un 95% de confiabilidad y un 4% de error máximo, se calculó que el número de entrevistas pertinentes eran 600. El total de 600 se repartió proporcionalmente entre tres estratos, bajo, medio y alto, directamente asociados al nivel de ingresos, de forma que correspondían 420 informantes al estrato bajo, 150 al estrato medio, y 30 al estrato alto. A continuación se seleccionaron 24 colonias, de forma que 15 de ellas representaran al estrato bajo o medio bajo, 7 al estrato medio o medio alto, y 2 al estrato alto; por fin, en general el número de entrevistas por colonia es proporcional al número de manzanas por colonia¹⁹.

Líderes lingüísticos

Los líderes lingüísticos son las personas que se encuentran a la cabeza de los cambios lingüísticos y de las variantes más pujantes en las situaciones de variación en general. En un sentido más amplio, y no necesariamente equivalente, son personas que ejercen cierto dominio en las interacciones comunicativas, así como los hablantes con cierto peso en instituciones valiosas para el mercado lingüístico. De hecho, uno de los aspectos más interesantes del estudio del liderazgo lingüístico es que resume buena parte de las cuestiones sociolingüísticas de mayor interés. El problema está vinculado a otros aspectos, como las diferencias entre hombres y mujeres, la edad y el nivel social. Las mujeres parecen tener un papel especialmente significativo con respecto a la promoción de variantes lingüísticas, en parte debido a su carácter preponderante en la transmisión de las lenguas. En cuanto a la edad, las generaciones más jóvenes tendrán siempre una última palabra con respecto a la dirección adoptada por los cambios y a la reorganización de los patrones de variación. En cuanto a los

¹⁹ Véase para todas estas cuestiones la información contenida en la página electrónica del habla de Monterrey, <http://www.filosofia.uanl.mx/hablamty/>, así como el libro coordinado por Rodríguez Alfano (2005).

niveles sociales, las clases intermedias suelen tener bastante que decir a la hora de determinar el curso de los hechos.

Más adelante en este mismo capítulo se hará referencia a diferentes aspectos de la variación y el cambio asociados a la asibilación de (r) y (r) en la ciudad de México y en otros lugares. En esta subsección, sin embargo, se adelantarán algunas cuestiones vinculadas al liderazgo con respecto a este fenómeno en la ciudad de México, que puede servir para ejemplificar parte de las cuestiones más llamativas²⁰. Obsérvese la figura 12:

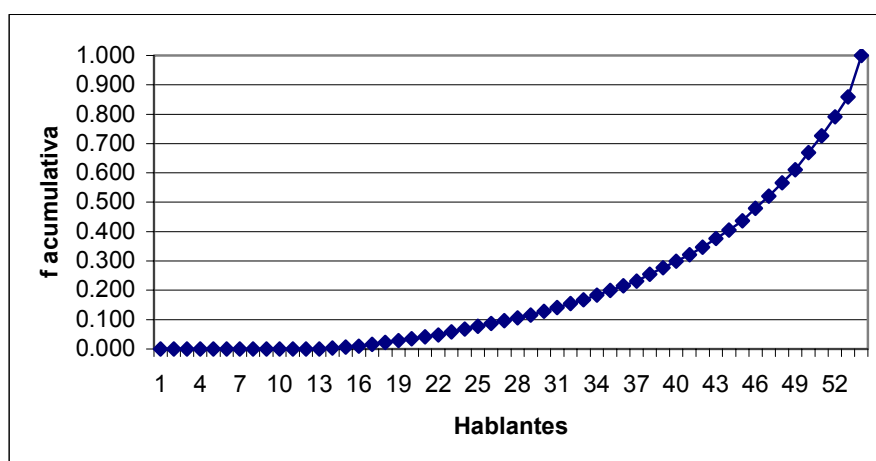


Figura 12. *Frecuencia relativa acumulativa de asibilación en 54 hablantes de la ciudad de México*

Para elaborarla, se construyó un índice que otorgaba una puntuación a cada informante, producto de dividir el número de casos de asibilación en cada uno de 54 informantes por la cantidad alcanzada por el informante que más veces asibiló. Luego, tras ordenar los informantes de menos a más asibilación, se estableció la curva de frecuencias relativas acumulativas, que partiendo de 0 llega hasta 100, mostrando un rápido crecimiento en algunas de sus etapas. Pues bien, puede llamarse líderes de tipo I a las nueve personas que más asibilan, seleccionadas por obtener puntuaciones de asibilación iguales o superiores a la

²⁰ Resumen algunas cuestiones incluidas en un trabajo en prensa.

suma de la media más la desviación estándar en las puntuaciones de asibilación obtenidas por los individuos que componen la muestra. Se trata de las personas situadas más a la derecha en la curva proyectada en la figura anterior. Considérese, para apreciar mejor las diferencias entre unos y otros informantes, que hay que esperar al hablante 48 para superar la barrera de 0.500 de frecuencia acumulativa relativa. Los nueve líderes del tipo I suman ellos solos más de la mitad de los casos documentados, el 52.1%, lo que sugiere una enorme concentración de la variante asibilada. Además, ocho de estas nueve personas son mujeres.

Resulta también interesante desdoblarse los datos por edades. La figura 13 muestra el índice de asibilación acumulado dividido en tres tercios, según se trate de las personas de más de 55 años (mayores), de entre 35 y 54 (adultos) y de entre 20 y 34 (jóvenes):

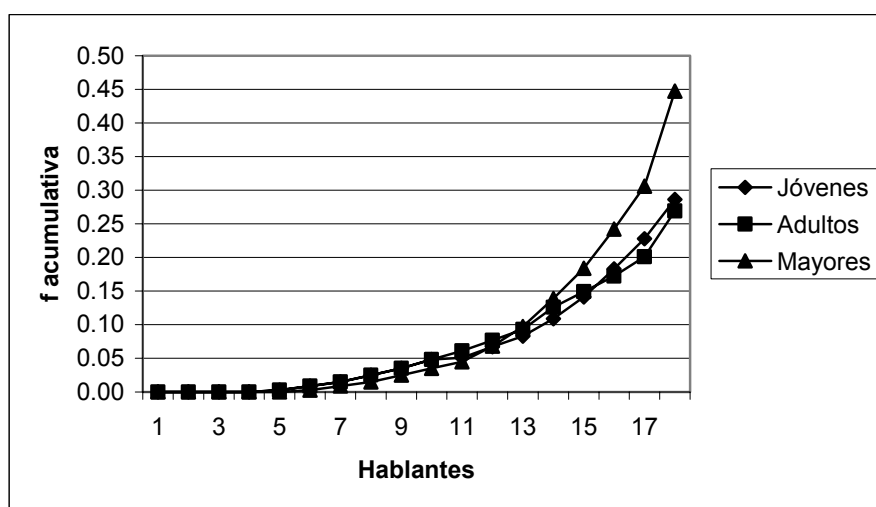


Figura 13. *Frecuencia relativa acumulativa de asibilación por hablante y por grupos de edad en la ciudad de México*

Contando por la derecha, la curva acumulativa de las personas de más edad se separa de las curvas de adultos y jóvenes hacia el quinto informante con puntuaciones superiores. Si se llama líderes de tipo II a estas cinco personas, pueden apreciarse las diferencias entre los movimientos punteros en la generación

de más edad y entre sus homólogos que se encuentran a la cabeza de la asibilación en las generaciones más jóvenes. Las personas del tipo II, todas ellas mujeres, resultan ser un subconjunto del tipo I. Como se verá más adelante, el hecho refuerza la idea de que se trata de un cambio lingüístico en proceso de retracción.

El mayor interés del trabajo realizable sobre liderazgo lingüístico es la posibilidad de contribuir a desentrañar los mecanismos sociolingüísticos de los procesos lingüísticos. Desde luego, es mucho lo que se puede considerar a partir de las estrategias para marcar el predominio de unos hablantes sobre otros en interacciones públicas y privadas, para establecer el liderazgo en instituciones de tamaño medio, como escuelas, mercados, comunidades religiosas, unidades militares, grupos de artesanos, etcétera y, desde luego, para explorar la relación y las diferencias entre el liderazgo cara a cara y el distante, en particular el ejercido por líderes públicos de opinión.

Actitudes y creencias

Son muchas las dimensiones que es necesario conocer para poder tener una idea cabal de la forma y dimensión de los hechos sociolingüísticos en las ciudades mexicanas. Una de estas dimensiones es la que tiene que ver con la evaluación subjetiva del lenguaje, es decir, con las consideraciones que los hablantes hacen acerca de las lenguas y las variedades lingüísticas, no de manera científica, sino a partir de prejuicios, actitudes —positivas o negativas, abiertas o encubiertas, hacia grupos de hablantes o hacia fenómenos lingüísticos—, creencias de todo tipo, inseguridades que pueden estar en la base de la aceptación de novedades lingüísticas y, en definitiva, una serie tal de elementos que en ciertos casos en que llegan a estar más articulados constituyen verdaderas ideologías lingüísticas. Su estudio es importante por muchos motivos. En primer lugar, la evaluación subjetiva está en la base de muchas decisiones que los hablantes toman o cuando menos asumen, que de otra forma resultarían inexplicables, y que les llevan a elegir incluso entre qué lengua o qué estilo de habla emplear, entre si sumarse o no a la difusión de ciertos hábitos lingüísticos o, incluso, a etiquetar como dialectos

variedades de habla que son en realidad lenguas. En segundo lugar, su estudio es necesario para discernir con cuidado los elementos subjetivos de los objetivos en las tareas de planeación y planificación lingüística, y en general en la enseñanza de primeras y segundas lenguas. En tercer lugar, pero no menos importante, que un grupo de hablantes comparta una serie de actitudes, en especial hacia variables lingüísticas específicas, es uno de los argumentos principales en sociolingüística clásica para definir una comunidad de habla.

Entre los no muchos datos disponibles para caracterizar la evaluación subjetiva del lenguaje en las comunidades urbanas de México, destaca la encuesta llevada a cabo con 100 personas por Moreno de Alba en la ciudad de México²¹. Algunos de los hechos principales son los siguientes:

- a) Los hablantes atribuyen la importancia de la lengua española principalmente a la riqueza de su vocabulario, en segundo término, de más a menos, a su literatura, a ser la lengua oficial de más de veinte países, a ser hablada por más de 300 millones de personas y a su larga historia; su timbre y musicalidad quedan en último término. Las variables de sexo, edad y escolaridad no parecen tener peso de importancia en estas opiniones (1999, pp. 27-30).
- b) La lengua española es parte importante de la identidad nacional para una gran cantidad de hablantes (el 84% de la muestra). No hay diferencias de peso en hombres y mujeres, pero sí por edad — bastantes más adultos que jóvenes, el 93% frente al 76%, conceden importancia identitaria— y por nivel de escolaridad —es fracción importante en la identidad nacional para el 88% de las personas con educación superior, pero sólo para el 77% de las personas sin estudios universitarios— (ibíd., p. 32). Es más, para el 68% de las personas debe defenderse la lengua, por ejemplo del abuso de anglicismos; un 23% piensa que la lengua se defiende sola. Hay ciertas diferencias

²¹ Citaré por los datos contenidos en el libro de 1999; véanse también diferentes secciones del libro de 2003a y el trabajo de 2003b.

sociolingüísticas. Las mujeres piensan en la defensa más que los hombres (72% vs. 62%), un poco más los adultos que los jóvenes (70% vs. 65%), y más las personas sin educación superior que quienes sí la tienen (74% frente a 63%) (ibíd., p. 34). Una proporción amplia de informantes piensa incluso que sería necesaria una ley que protegiera la lengua española (37%) o por lo menos conveniente (otro 37%) (p. 36).

- c) Al comparar variedades geográficas, la ciudad en que se hablaría mejor español más veces mencionada por los informantes fue Madrid (39%), por arriba de México (29%), aunque hubo un 26% entre los casos sin respuesta y los casos de en todas y en ninguna. Llama la atención que ese último cuarto está abonando la idea de la igualdad de los dialectos, por un lado, y el prestigio concedido a las hablas europeas, por otro (p. 39). El habla de Madrid, de hecho, fue la que obtuvo puntuaciones más altas en cuanto a ser la “más correcta”, la “más elegante”, la que tiene “mejor gramática”, la “más castiza, más pura” y la que tiene “mayor tradición”. El habla de México, por su parte, obtuvo las puntuaciones más altas en cuanto a ser la “más precisa”, la “mejor pronunciada” y la que tiene “mejor vocabulario”. El predominio en “más simpática” fue concedido a La Habana (por el 63% de las personas). La respuesta de “no lo sé” fue la preponderante, con 37%, a la hora de elegir el habla “ejemplar, la más imitable” (p. 42).
- d) Una gran proporción de informantes, el 74%, dicen tener mucho orgullo por tener como lengua materna, la española, y el 15% concede sentir algo de orgullo. Las mujeres y las personas con educación superior fueron las que destacaron en el aprecio (p. 46). En ese sentido, se ofrecieron razones lingüísticas (en el 44% de los casos), identitarias (21%) y demográficas (7%); hubo un 28% de casos sin respuesta (p. 47).
- e) La propiedad y corrección en el hablar, según la misma encuesta preocupa mucho o cuando menos algo a casi todo el mundo, al 54% y

al 42%, respectivamente, más a las mujeres, a los jóvenes y a las personas sin educación superior (p. 90). No se tiene muy buena opinión, sin embargo, acerca del empleo que se hace en México del español hablado y escrito. Sólo para un 19% de los informantes es el uso muy bueno; queda en bueno o en regular para la mayoría de las personas (para el 40% y para el 37%) (p. 92). La lengua española, por otra parte, además de ser un útil sistema de comunicación, debe respetarse y estimarse para la mayoría de los individuos (para el 63%), o por lo menos respetarse, aunque no necesariamente estimarse (para el 17%) (p. 94).

- f) En otra encuesta, llevada a cabo hacia 1997, acerca de que la mayoría de las tiendas de los grandes centros comerciales tengan nombres extranjeros, se planteó a 216 informantes del Distrito Federal, entre otras cuestiones, si estaba bien, mal o si les era indiferente. La mayor parte de las respuestas evaluaron el hecho negativamente (el 63%), en especial los hombres, las personas de más edad y las personas con estudios medios o superiores. Hubo también un porcentaje llamativo de indiferencia, un 24% (1999, pp. 176-180).

Las creencias y las ideologías a que dan lugar son susceptibles de estudiarse de forma tal que den lugar a una verdadera dialectología perceptual. Morúa y Serrano han elaborado un trabajo de gran interés a partir de las percepciones lingüísticas de dos grupos de hablantes, radicados en las ciudades de México y de Hermosillo, Sonora. De hecho, “las concepciones culturales sobre el lenguaje y la comunicación suelen ser un factor crucial que explica los usos locales y las representaciones que tienen los miembros de una comunidad de habla respecto a otra” (Morúa y Serrano 2004, p. 254). En ambas ciudades se pidió a los informantes, 60 en la de México, y 154, de los que se analizan 50, en Hermosillo, que trazaran las divisiones dialectales sobre un mapa de la República. En líneas generales, los informantes capitalinos distinguieron un número mayor de variedades que los sonorenses: un promedio de 7.2 en México y de 5.3 en Hermosillo, con diferencias que siguen siendo abultadas incluso si sólo se

comparan los informantes con estudios universitarios de una y otra localidad (7.8 y 5.6, respectivamente). Las etiquetas más utilizadas en cada una de las muestras fueron las siguientes:

Tabla 13. *Etiquetas dialectales más utilizadas según el porcentaje de informantes que proporcionó la respuesta*

<i>Ciudad de México</i>		<i>Hermosillo</i>	
norteño	71	norteño	26
costeño	48	guacho	24
yucateco	35	chilango	20
chilango	33	cantadito	14
centro	23	costeño	14
jarocho	21	bronco	10
península	20	chero	10
norte	16	golpeado	10
veracruzano	16		
sureste	13		
tabasqueño	11		
chiapaneco	10		

Fuente: Morúa y Serrano 2004, pp. 261-262 y 265

Reagrupadas las etiquetas, los informantes del Distrito Federal distinguen cuatro variedades esencialmente: norteña (el 88%), costeña (86%), central (56%) y peninsular (55%); mientras que los hablantes de Hermosillo sólo reconocen tres, a saber: el centro-sur (el 42%), el norte (34%) y las costas (12%). La lista sonoreense, además de ser más corta, muestra una concentración mucho menor de los datos, pues incluso la variedad más mencionada, la del centro-sur, lo fue menos veces que la última de las cuatro principales del Distrito Federal. Los hablantes de la capital, además, señalaron en el 63% de los casos que su propia variedad, la del centro del país, era la más correcta, pero marcaron como la más

incorrecta (21%) la norteña, que era también la más mencionada en los listados de etiquetas. Entre los sonorenses, por otra parte, la variedad más valorada o considerada más correcta fue también la propia (en el 64% de los casos), mientras que las hablas del centro-sur del país fueron consideradas las más incorrectas (54%)²²:

En este relativo antagonismo [...] inciden una diversidad de ideologías del lenguaje, y por ello no es raro constatar en una misma comunidad de habla o en un mismo grupo social, fenómenos aparentemente contradictorios como, por ejemplo, el apego a normas locales y regionales en ciertos contextos de uso [...frente a...] la valoración positiva y práctica de la norma estándar, [...dado...] el conflicto entre el persistente centralismo [...] y la perenne presión por una mayor autonomía regional (Morúa y Serrano 2004, p. 269).

Estas conclusiones pueden ser de gran interés, en el camino hacia la investigación empírica del prestigio lingüístico y de las relaciones entre unas y otras comunidades de habla. Se ha hablado siempre del enorme papel de la ciudad de México y en general de las variedades del centro del país en la constitución del estándar nacional pero, aun concediendo que así sea, la verdad es que pocas veces se han aportado argumentos basados en hechos documentables que establezcan con fiabilidad y, sobre todo, con matices, la suposición común. Es un hecho también que existen variedades con prestigio regional, no carentes de peso demográfico en cuanto a la magnitud de las soluciones lingüísticas que proponen para ciertos fenómenos, y que habrá que establecer con mucho cuidado los valores abiertos y encubiertos concedidos por los hablantes a las formas de cada una de estas comunidades. La posibilidad de

²² Como señalan los autores, es posible que parte de las diferencias tengan que ver con ciertos factores: la mayor posibilidad de entrar en contacto con diferentes dialectos en el Distrito Federal, fruto de la gran cantidad de inmigrantes; el carácter más aleatorio y diferenciado de los informantes empelados en Hermosillo; el tiempo concedido para responder fue diferente en los dos muestreos, y esto puede haber influido en los resultados (p. 268).

que ciertos cambios lingüísticos, por otra parte, avancen en cascada según parámetros entre los que figurarían la distancia geográfica y el tamaño de las entidades urbanas, necesitará entre sus ingredientes grandes dosis de investigación sobre el prestigio, las actitudes, las creencias y las ideologías lingüísticas²³.

ALGUNAS HISTORIAS SOCIOLINGÜÍSTICAS PARTICULARES

Aunque en buena medida estamos en los inicios de la investigación sobre los rasgos lingüísticos más llamativos que nos permitan entender diferentes fragmentos de la compleja organización de las comunidades lingüísticas urbanas, es posible mostrar algunos indicios de unos cuantos hechos lingüísticos específicos. Estos hechos, por otra parte, rara vez se presentan de forma categórica; es decir, una serie de factores o variables tiende a hacer más *probable* el surgimiento de una manifestación de una forma en especial, más que en términos de que *siempre* o *nunca* aparezca. Una sociolingüística urbana saludable debería transitar con comodidad entre la consideración de aspectos muy puntuales, interesantes ante todo para el especialista, y la posibilidad de establecer ciertas generalizaciones, proyectables sobre los grupos y las situaciones sociales, interesantes para un público más amplio y, en principio, útiles para el planificador lingüístico. La solidez de las generalizaciones, desde luego, dependerá de la precisión de las observaciones más particulares.

Las variables sociolingüísticas pueden ordenarse en función de la cantidad de contexto, lingüístico y situacional, a que hay que referirse para entender cabalmente el sentido de diversos procesos de naturaleza en sí misma lingüística. Algunos de esos procesos están claramente anclados en diferencias entre grupos sociales, por ejemplo entre grupos de nivel sociocultural alto y bajo, o entre hombres y mujeres, tal como ocurre con ciertos fenómenos fónicos, léxicos y

²³ El estudio sociolingüístico de la ciudad de México que se viene realizando desde hace algunos años en El Colegio de México incluye la investigación de la evaluación subjetiva que llevan a cabo los hablantes, mediante la aplicación de cuestionarios de actitudes y creencias y de seguridad lingüística. El material, sin embargo, no se ha estudiado todavía con detenimiento.

discursivos. Además, esos mismos fenómenos suelen tener que ver con el tipo de situación, más o menos formal, en que se están desarrollando los hablantes. Hay algunos otros aspectos, como ocurre con frecuencia con el nivel gramatical, relacionados solamente con el tipo de situación, sobre todo en términos de si se está produciendo un discurso planeado o no planeado, y no tanto en relación con la adscripción social de los hablantes. Son también pertinentes para la sociolingüística urbana en la medida en que la complejidad de la vida citadina requiere de la aparición de un arco de modos discursivos también sumamente complejo.

La mayoría de las cuestiones particulares que se van a mencionar en esta sección se han estudiado a partir de mediados del siglo XX. Esta realidad es paralela al desarrollo de los estudios lingüísticos en México, por un lado, y a la explosión urbana, por otro. Aun siendo así las cosas, y habiendo mucha más información disponible a partir de los años cincuenta, es necesario tener una adecuada perspectiva al respecto. El trazado de estos fenómenos variables crece cuando se considera su dimensión histórica. Es difícil disponer de información detallada sobre la evolución de los fenómenos sociolingüísticos en el pasado, en parte por la naturaleza fundamentalmente oral de los datos con que se trabaja. Los estudios pretéritos, por otra parte, aunque por lo general poco precisos en términos cuantitativos, suelen contener materiales y observaciones preciosas en su contemporaneidad para entender la evolución de variables lingüísticas. La comunidad más estudiada en México, desde fines del siglo XIX, ha sido la ciudad capital. Parte de las observaciones contenidas en los siguientes subapartados son posibles, precisamente, gracias a la fecundidad de los trabajos del pasado.

Regulaciones: entre los sonidos y la gramática

La primera subsección del apartado, entonces, se ocupa de una serie de aspectos de formulación relativamente sencilla, es decir, describibles con un puñado de aseveraciones en que se establece la naturaleza del proceso, los contextos lingüísticos en que es más probable que tenga lugar, y la clase de personas y las ocasiones comunicativas en que es más frecuente su aparición. Se comentarán

aquí dos ejemplos clásicos de variación fónica: la asibilación de *r* en ciertos contextos, con datos en particular de la ciudad de México, y el debilitamiento de la *s* en Veracruz, un tipo de variable de gran importancia para el conocimiento dialectal y sociolingüístico del español.

El caso de la asibilación de *r*

Los sonidos /r/ y /r/ del español, es decir, los fonemas correspondientes a las *r* de *pero* y *comprar*, en el primer caso, y de *perro* y *Enrique* en el segundo, admiten varias pronunciaciones, documentadas en dialectos del español dentro y fuera del territorio mexicano. En la ciudad de México, y en otras del país, pueden articularse como vibrantes alveolares sonoras simple y múltiple, [r] y [r], como aproximantes alveolares sonoras, [ɹ] y [ɹ:], como fricativas alveolopalatales sordas y sonoras, [ç] [ʒ], e incluso como retroflejas, sean vibrantes [ɾ] o aproximantes [ɹ]; además, algunas de estas variantes pueden alargarse o ensordecirse. Estamos, entonces, ante un fenómeno de carácter variable, al que podemos referirnos como (r) y (r), en el que cada una de las variantes de realización se asocia con contextos lingüísticos, sociales y estilísticos particulares. Se llama realizaciones asibiladas a las variantes fricativas alveolopalatales, porque su timbre recuerda al de los sonidos sibilantes. Su articulación, acompañada de redondeamiento labial, se caracteriza por la flexión del ápice de la lengua, que queda tras los dientes incisivos inferiores, produciéndose una constricción predorsoalveolar o mediodorsoprepalatal que genera un sonido fricativo y tenso, que sigue siendo sonoro, aunque a veces se muestre ensordecido o sordo²⁴.

Las menciones a la asibilación de (r) y (r) comienzan en México hacia mediados del siglo xx. En 1948, en su investigación sobre Guanajuato, Boyd-Bowman no había encontrado ningún caso de asibilación. Cuatro años más tarde, sin embargo, en una visita posterior a la ciudad en 1952, halló una incipiente

²⁴ Desde el punto de vista acústico, el rasgo más importante de estos sonidos es la turbulencia en la parte alta del espectro. Pueden poseer una cierta estructura formántica, y si está presente el F₂, en muchos casos es armónico; si no, aumenta la percepción sibilante (cf. Martín Butragueño, en prensa).

asibilación de (r), en posición final ante pausa, del tipo de *comer*, y en el grupo *tr*, como en *traer*, y de (r), en contextos como el ofrecido por *carro*. En las mismas fechas y para la ciudad de México, existe un precioso testimonio de Lope Blanch. A su llegada a México en 1951 no reparó en ningún caso de asibilación. Pero “sólo dos o tres años después —señala Lope— advertí alguna vitalidad en ese tipo de articulación” (1983, p. 90). De hecho, en 1950 Matluck apenas había encontrado algunos casos de asibilación en su investigación del valle de México, tal como constata en su tesis de 1951 y en su artículo de 1952. En concreto, Matluck señalaba que la (r) intervocálica de *cara*, *colorado*, *pero*, era casi siempre vibrante alveolar sonora simple; que eran frecuentes las pronunciaciones aproximantes, sordas o sonoras, en palabras como *verde* o *puerta*, sobre todo entre personas incultas; y que en posición final absoluta, como en *cantar*, lo más frecuente, aun entre personas cultas, eran las realizaciones aproximantes sordas —menos frecuentes eran las soluciones vibrante sorda, aproximante sonora y vibrante sonora—. El mismo segmento solía presentarse aproximante sordo en los grupos *pr*, *tr* y *cr*, y su asibilación era muy rara y sólo ocurría en los grupos *tr* y *dr*, como en *triste* o *pondré*. Por su parte, (r) se pronunciaba comúnmente como vibrante alveolar sonora múltiple, aunque sobre todo a principio de palabra, como en *reja*; se encontraban también aproximantes alargadas, [ɹ:]; la segunda variante más frecuente era una semivibrante, caracterizada por empezar con dos vibraciones linguales y terminar con una aproximante sonora, como en *perro* [rʲ]; surgían también formas asibiladas, sobre todo al principio de palabra, y tras *n* y *l*, como en *alrededor*, *enredar* y *cine Rialto* (2003, pp. 394-395), variante esta última que estaba lejos de ser el tipo más común, pero que no debía ser tan rara como para señalar su carácter muy esporádico, como en el caso de (r).

Unos años después, en 1967²⁵, Lope Blanch observaba, para la (r) final, que las articulaciones asibiladas eran más frecuentes que en los tiempos del estudio de Matluck; de hecho, documentaba en doce informantes un 13% de

²⁵ En un conocido trabajo sobre “La -r final del español mexicano y el sustrato nahua”, citado aquí por la edición de 1983.

formas asibiladas, además de un 75% de vibrantes y aproximantes, y un 12% de vibrantes múltiples²⁶. Además, en siete de ocho estudios dialectales realizados entre 1951 y 1967, en Tepotzotlán (estado de México; Cortichs 1951), el Ajusco (una zona rural del Distrito Federal; Alvar 1966-1967), Zacapoaxtla (Puebla; Acosta 1963), Azompa (Oaxaca; Argüello 1965) y Tamazunchale (San Luis Potosí; Ávila 1967), además de los ya citados de Guanajuato y el Valle de México, se mencionaba cuando menos algún tipo de asibilación. La difusión geográfica de la asibilación es, de hecho, un problema de gran interés. Ya en 1972 Moreno de Alba sugería el carácter irradiador de la ciudad de México, al analizar 380 informantes, hombres y mujeres, de tres niveles generacionales y cuatro socioculturales, de entre los que se estaban encuestando para el *Atlas Lingüístico de México*. Se trataba, en definitiva, de un fenómeno poco frecuente, pero muy perceptible, con el que se asibilaba más la (r) final que la (r); más las mujeres que los hombres; y más las personas de edad intermedia que los jóvenes, y estos más que los informantes de edad avanzada.

El *Atlas*, desde luego, es la principal contribución para establecer la distribución geográfica del fenómeno. La asibilación es uno de los procesos que analiza el propio Moreno de Alba en su libro de 1994:

²⁶ Con respecto al aumento de la asibilación a fines de los años sesenta, Moreno de Alba (1994, p. 127, n. 11) aduce el testimonio de Bolaño: “en México y entre nuestros alumnos, estamos notando, cada día con más frecuencia, sin que podamos explicarnos el fenómeno, la tendencia a convertir la *r* fricativa, principalmente en pausa, en una *r* asibilada” (1968, p. 127). También a Jorge Suárez, lingüista argentino llegado a México hacia 1969, le resultaron muy llamativas la gran cantidad de asibilaciones que podían oírse en la ciudad de México (comunicación personal de Yolanda Lastra).

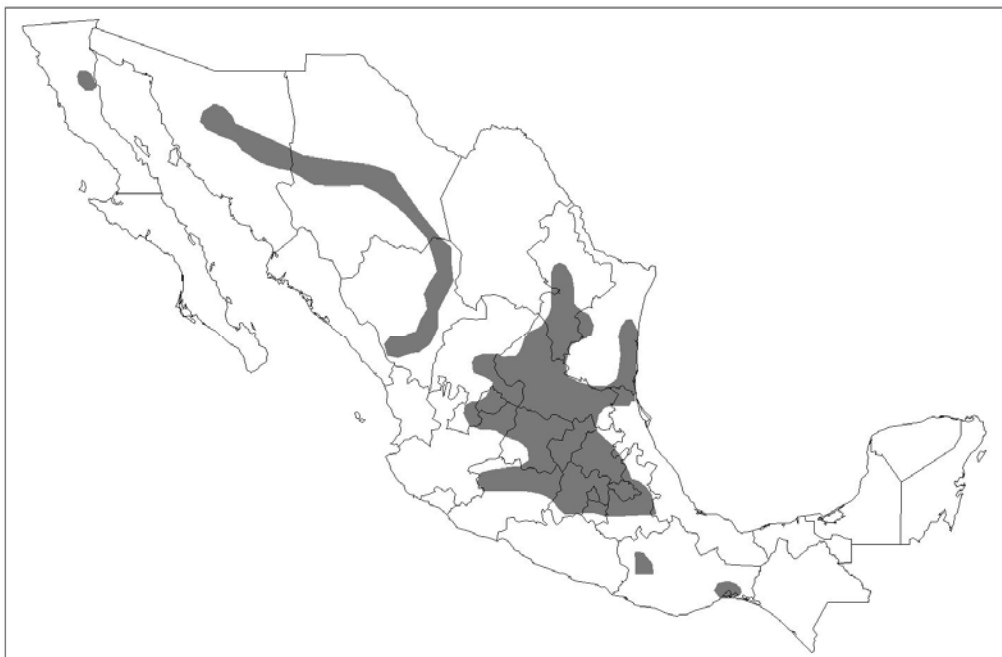


Figura 14. *Zonas de (r) final asibilada algo frecuente*

Fuente: Moreno de Alba 1994, mapa 30, p. 133.

La zona de asibilación más característica es el centro del país, en especial en poblaciones de los estados de México, Hidalgo, Querétaro, Guanajuato y el Distrito Federal (Moreno de Alba 1994, p. 130); se documenta también de forma más o menos esporádica en otras regiones del país. Si se consideran los puntos en que la asibilación supera el 50% de los casos de la (r) final, tal como ocurre en Amecameca, Guanajuato, Apan y El Salto, las mujeres llegan al 75% y los hombres sólo al 52%; las diferencias por edad y por nivel sociocultural son menos claras, aunque jóvenes y adultos parecen asibilar más que las personas de mayor edad (p. 132)²⁷.

²⁷ La asibilación, por otro lado, es un fenómeno de gran extensión en español. Se ha recogido en Navarra, La Rioja, Álava, Aragón, Cuba, Nuevo México, México, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay, Argentina, Chile, quizá entre otros lugares (véase por ejemplo Canfield 1988, p. 28; Quilis 1993, pp. 347-348; Vaquero 1998, pp. 46-48). Penny considera la asibilación dentro de un apartado más general en que se estudian “other effects of migration from the Peninsula” (2000). Lo mismo piensa Lapesa (1981, pp. 578-579).

Dada la importancia de la ciudad de México como hipotética catalizadora del proceso, el examen de los datos capitalinos se vuelve crucial a la hora de establecer su papel en la vida urbana. Lastra y Martín Butragueño (en prensa) han considerado el posible carácter de cambio en curso de la asibilación de (r) y (r) ²⁸, comparando datos actuales con los publicados por Perissinotto en los años setenta (1972, 1975). La idea central que transmiten los datos es que alrededor de 1970 puede haber habido un pico en los índices de asibilación, pero que el proceso ha experimentado hoy una retracción relevante. La figura 15 resume los datos más importantes:

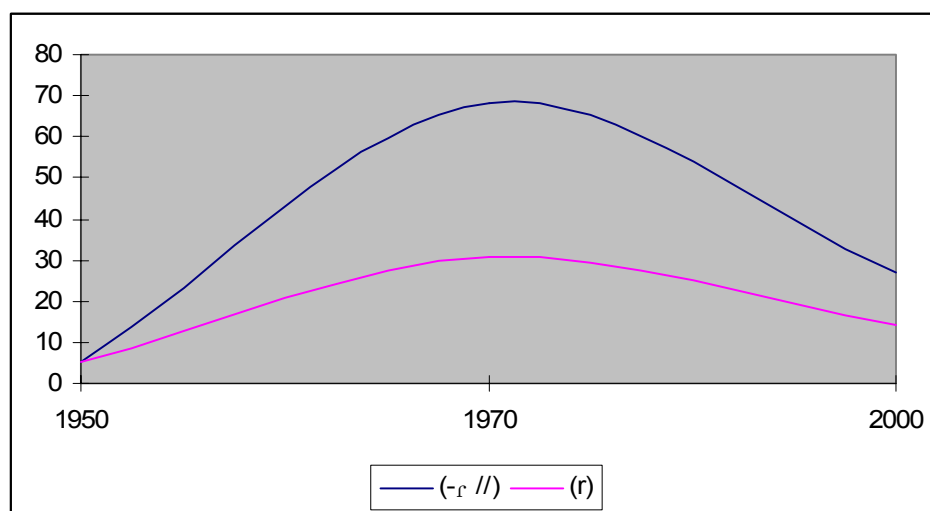


Figura 15. *Estimación de la asibilación en la ciudad de México*

Fuente: Lastra y Martín Butragueño en prensa.

Frago señala que los datos sobre la presencia riojana en América “no autorizan a atribuir esta procedencia dialectal a la asibilación de $/\tilde{r}/$, y de la $/r/$ precedida de $/t/$, en amplias, y a veces muy distanciadas, áreas americanas” (1999, p. 26). Canfield propuso que el rasgo provendría, no de los primeros pobladores, sino de inmigrantes llegados en el siglo XIX (1962, pp. 87-88).

²⁸ Se examina la distribución sociolingüística de 3924 casos de (r) y de 1289 de (r) , en todas las posiciones contextuales, en una muestra de 54 personas. En cuanto a las realizaciones asibiladas, se documentó de manera global, tomando juntos los datos del estilo de conversación grabada y el resultado de la aplicación de un cuestionario, un 4% para (r) y un 14% para (r) . El número de asibilaciones de (r) asciende a un 27% en las circunstancias más favorables para ello: la posición prepausal en el estilo de conversación.

La gráfica de la figura 15 presenta una estimación de la difusión y la contracción de la asibilación de (r) final absoluta y de (r). Para los años cincuenta, se asigna un 5% con valor convencional a las dos variables, en un intento por apreciar los comentarios acerca de su eclosión en esa época (Matluck, Boyd-Bowman, Lope Blanch), aunque en casos relativamente esporádicos, intentando captar el hecho de que el fenómeno comenzaba a ser perceptible. Para 1970, se anotan las cantidades de Perissinotto (1972, 1975), 68.1% para (-r //) y 31% para (r). Por fin, para el año 2000, las cantidades propuestas por Lastra y Martín, donde se estima en 27% la asibilación de (r) en final absoluto, y en 14% para (r). Si los hechos resultaran ser así, se tendría un proceso incipiente hace unos cincuenta años, quizá parte de un fondo común, un residuo no plenamente activado, que se va convirtiendo en cambio nuevo y vigoroso en las décadas siguientes, hasta alcanzar cotas muy elevadas, para luego, en una época posterior, retroceder y estabilizarse.

En los datos actuales, la probabilidad logística de obtener variantes asibiladas en el caso de (r) era privilegiada por su aparición en grupo con otra consonante ($p=0.649$), la posición prepausal (que alcanzó un notable 0.930), el estilo de conversación grabada (0.639), la instrucción media y alta (0.582 y 0.504), las personas de más edad (0.608) y las mujeres (0.581)²⁹. En cuanto a la (r), las asibilaciones fueron favorecidas por la posición inicial de palabra (0.544), la posición tras [s], la instrucción, de modo que las personas de nivel bajo y medio documentaron más asibilaciones (0.604 y 0.682), la edad (más los de más edad, 0.601) y las mujeres (0.659). Todos los otros factores no favorecieron en particular la asibilación.

Aunque muchos aspectos del problema disten de estar claros, y precisen más investigación, varios hechos sugieren que se trata de un cambio en curso, lo que significaría que el volumen total de casos y la distribución social de esos

²⁹ Ya se recordó supra que probabilidades por encima de 0.500 favorecen el cumplimiento de un proceso, y por debajo de 0.500 no lo favorecen. Una versión más amplia de los comentarios que siguen puede encontrarse en Martín Butragueño (en prensa).

casos, ha venido modificándose a lo largo, por lo menos, de las últimas cinco décadas. Algunos de los indicios de cambio tienen que ver con el tiempo aparente, mientras que otros están asociados a la consideración del cambio en tiempo real.

En tiempo aparente, un indicio de que existe un proceso de cambio en curso es que la edad resultó ser un factor significativo tanto para (r) como para (r) . De hecho, el único grupo de edad seleccionado en los dos casos es el de las personas de más edad, es decir, el de las personas con 55 o más años. Se trataría de una retracción del proceso de asibilación, por el mismo hecho de que las generaciones joven (20 a 34 años) y media (35 a 54) no fueron seleccionadas por el modelo estadístico. Además, es la clase de nivel sociocultural medio la que más promueve la asibilación, tanto con (r) como con (r) . Por fin, son las mujeres quienes dominan con claridad el proceso de asibilación: 0.581 frente a 0.412 los hombres con (r) , 0.659 frente a 0.326, con (r) .

La comparación de los datos recogidos ahora con los de Perissinotto permite establecer algunas consideraciones acerca del desarrollo de los acontecimientos en tiempo real. Reduciendo en el caso de (r) la comparación a los datos en posición prepausal en el estilo de conversación, pueden observarse varias diferencias. Con nivel y papel sexual persiste la jerarquía de factores, pero a un nivel de ocurrencia más bajo. Las mujeres asibilaban en el 81.8% de los casos en los datos de Perissinotto, y sólo en el 34% en los nuestros. Por nivel sociocultural, el grupo medio era el más avanzado en ambos casos, seguido por el alto y por el bajo en último lugar, pero los promedios globales son igualmente diferentes: 80.8% antes y 30% ahora el grupo medio, 59.8% y 33% el grupo alto, y 53.9% y 22% el grupo bajo. La diferencia más interesante, sin embargo, radica en los grupos de edad. En Perissinotto quienes más asibilaban eran los jóvenes (73.5%), seguidos por las personas de mediana edad (64.5%) y por los mayores en último término (31.3%). En los datos actuales, quienes más asibilan son las personas mayores (36%), seguidos por las personas de mediana edad (32%) y en último lugar por los jóvenes (17%). En cuanto a (r) , las mujeres eran en ambos casos las líderes, de nuevo a niveles inferiores ahora (pasan de 38.5% a 21%), siempre sobre los hombres (21% y 7%). Por niveles, el grupo medio sigue siendo

el más prominente, pero del mismo modo a niveles más bajos (39.7% antes y 23% ahora). El grupo alto era en Perissinotto el segundo en asibilar (30%), pero muestra en los datos contemporáneos una reducción radical (5%) que lo lleva al último lugar, y el grupo bajo ha mantenido porcentajes semejantes (17.7% y 16%), pero ese mismo mantenimiento ha permitido al grupo pasar ahora a un segundo lugar. Una vez más, las diferencias por edad son las más interesantes. En Perissinotto, quienes más asibilan (r) son los jóvenes (35.8%), seguidos por las personas de mediana edad (34.5%) y, en último lugar, por las personas mayores, en las que no se documentaba ni un solo caso (0%). En los datos actuales aparece un patrón prácticamente inverso. Los que más asibilan son los mayores (20%), seguidos por las personas de mediana edad (12%) y por los jóvenes (12%).

La consideración de los datos en tiempo real suma entonces nuevos argumentos a la idea de que se trata de un cambio en curso instalado actualmente en una fase de retracción en la ciudad de México. No sólo los porcentajes de aparición son menores en todos los subgrupos, sino que la escala de edades muestra un patrón inverso hoy día. La aparición de variantes asibiladas se ve más favorecida por las personas de más edad, y menos por las de menos edad, lo cual es exactamente lo contrario a lo mostrado por los datos obtenidos hace más o menos unos treinta años:

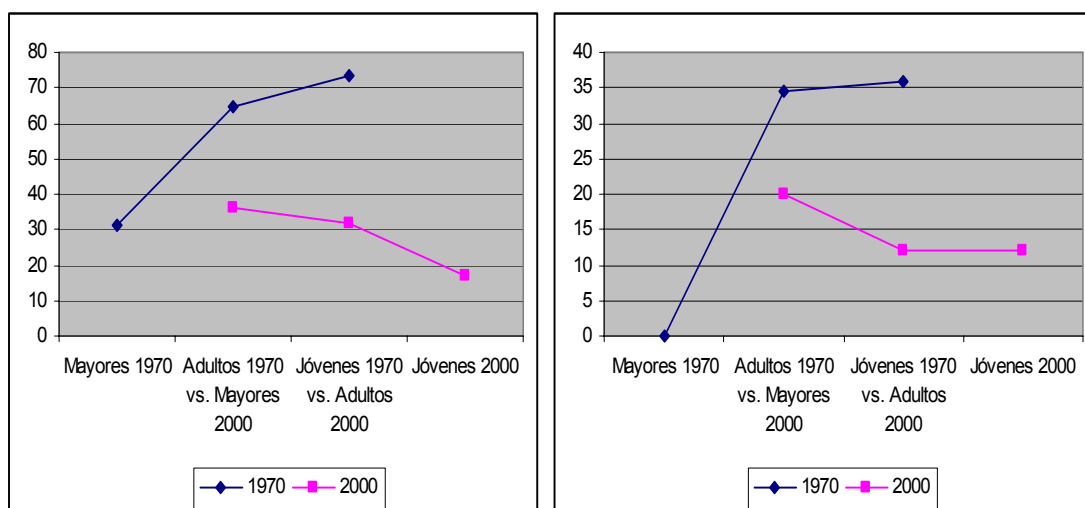


Figura 16. *Distribución en tiempo aparente (edad) y en tiempo real (1970 vs. 2000) de la asibilación de (-r //) —izquierda— y (r) —derecha— en la ciudad de México*

Las dos gráficas de la figura anterior muestran las diferencias fundamentales entre los dos patrones. Por un lado, internamente en cada una de las muestras, puede verse el movimiento ascendente del fenómeno en los datos de hace treinta años, y el movimiento descendente en los datos actuales según disminuye la edad. Puede apreciarse, además, las diferencias entre grupos aproximadamente correspondientes: las personas de mediana edad hace treinta años son los mayores ahora, y los más jóvenes se han convertido en las personas de mediana edad.

Pero que el fenómeno pueda estar en retracción en la capital no significa que lo esté también en otras ciudades, que reciben ahora el eco de patrones más antiguos. Rissel (1986, 1989) estudió durante los años ochenta la asibilación de (r) y (r) en San Luis Potosí, y encontró que estaba correlacionado con el sexo, el nivel sociocultural y las actitudes, tradicionalistas o no, hacia el papel de hombres y mujeres. Uno de los resultados más interesantes es que las mujeres con actitudes más tradicionalistas asibilan más, mientras que entre los hombres la asibilación disminuye cuanto más tradicionales son sus actitudes. La actitud tradicionalista o no se infiere sólo a partir de dos preguntas, relacionadas con la posibilidad de que las mujeres trabajen una vez casadas. Por otra parte, aunque se dispone de 56 informantes, todos están en la franja de edad de entre 12 y 22 años, así que no es posible tener una imagen de lo que ocurre en las generaciones anteriores. Otro dato interesante para cartografiar la difusión de las variantes asibiladas es el testimonio de Mendoza (2003), acerca de su papel en el habla de Culiacán, Sinaloa, donde la asibilación tendría un carácter incipiente. En 1988, al levantar muestras para un corpus de habla sinaloense, no registró ningún ejemplo. En los años siguientes, sin embargo, se empezaban a oír algunos casos de asibilación,

en especial ante pausa y en el grupo *tr*; en los medios de comunicación masivos; el fenómeno es, sin embargo, muy restringido todavía³⁰.

Debilitamiento de *s*: el caso de Veracruz

Conviene detenerse a examinar alguna de las variables de carácter consonántico que han venido mostrándose enormemente productivas dentro y fuera de México. Podrían comentarse, entre otros, ejemplos relacionados con la articulación de (s), es decir, de cualquiera de las *s* de *las mesas*; de (tʃ), esto es, la *ch* de *pecho*; y de (j), como en *raya* o en *gallina*. Cada uno de estos fenómenos nos descubre diferentes y particulares historias sociolingüísticas. El debilitamiento de *-s* en Veracruz es un ejemplo muy llamativo de retracción lingüística, es decir, de fenómeno variable en el que las variantes más plenas se están expandiendo, y las más debilitadas, contrayendo.

La (s) es la variable fónica más productiva para mostrar la proyección geográfica y social de las comunidades hispanohablantes. En posición explosiva, es decir, en el ataque o cabeza silábica, y sobre todo en posición implosiva, su debilitamiento está ligado a numeros aspectos de la vida social. La *s* puede pronunciarse plena, como en *las casas*; puede aspirarse, de forma que se oye *lah casah*; puede también asimilarse a la consonante siguiente, dando algo así como *lak kasas*; incluso puede llegar a elidirse, de forma que sólo se escuche *la casa* queriendo decir 'las casas'. Existen también otros procesos de interés, como la sonorización o el rotacismo.

En México, el debilitamiento de (s) es especialmente característico de las costas del sur del Golfo de México (centro y sur de Veracruz, y costas de Tabasco y Yucatán), y de las costas del Pacífico (de Chiapas y Guerrero, y de las áreas circunvecinas del Mar de Cortés), tal como se aprecia en el siguiente mapa:

³⁰ Es pertinente en este contexto considerar los trabajos de Matus-Mendoza 2004 y 2005, en que se analizan datos sobre asibilación recogidos a mediados de los años noventa en Moroleón (Guanajuato) y entre inmigrantes mexicanos residentes en Kennett Square (Pennsylvania).

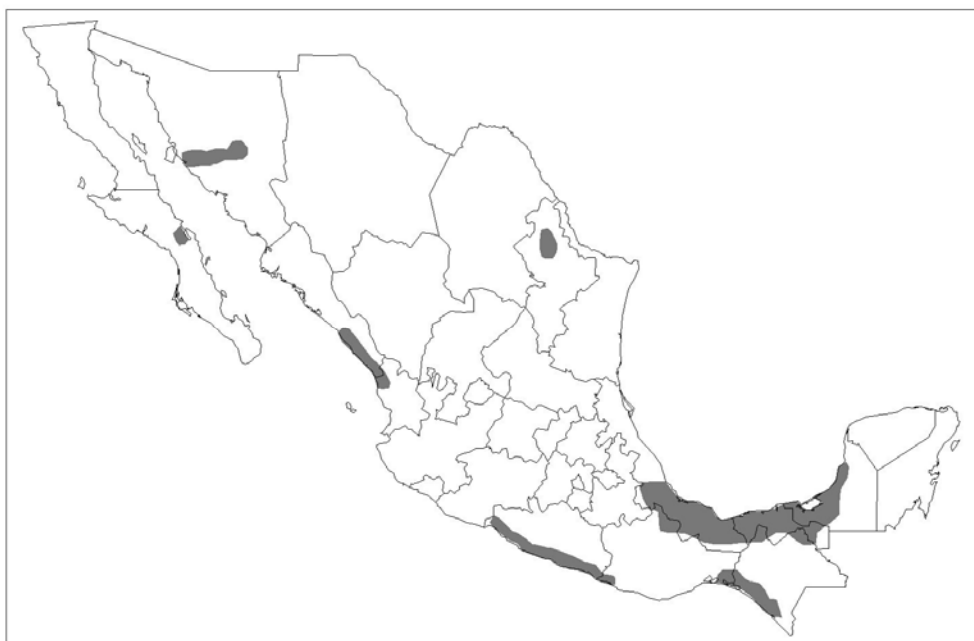


Figura 17. *Resumen del relajamiento algo frecuente de –s*

Fuente: Moreno de Alba, mapa 31.

El estudio de Ceballos Domínguez (en prensa) sobre la zona conurbada de Veracruz – Boca del Río acaba de revelar varios aspectos de gran interés para entender los movimientos fónicos vinculados a la variación de (s) implosiva. El estudio se ha llevado a cabo con 3600 casos procedentes de 36 informantes, 22 de Veracruz y 14 de Boca del Río, tomando en cuenta la edad, el papel sexual, el grado de instrucción y el nivel socioeconómico, además de diferentes aspectos puramente lingüísticos, como el contexto fónico, la posición en la palabra y la tonicidad. De los casos documentados, el 60% (2140 ejemplos) fueron de [s] plena, el 37% (1345) de aspiraciones [h], y el 3% (115) restante de elisiones [Ø]. Diferentes factores sociolingüísticos resultaron significativos en cada una de las variantes:

Tabla 14. *Factores significativos para (s) implosiva en Veracruz-Boca del Río*

<i>Variante</i>	<i>Variable sociolingüística</i>	<i>probabilidad</i>
[s]	edad	20-29 (0.719) 30-39 (0.599) 40-49 (0.434) 50-59 (0.375) 60- (0.403)
	instrucción	primaria (0.433) media (0.475) superior (0.613)
	ingresos	bajos (0.485) medios (0.574)
[h]	edad	20-29 (0.294) 30-39 (0.402) 40-49 (0.569) 50-59 (0.607) 60- (0.602)
	sexo	hombres (0.521) mujeres (0.481)
	instrucción	baja (0.545) media (0.543) superior (0.400)
	ingresos	bajos (0.514) medios (0.430)
[Ø]	instrucción	baja (0.707) media (0.317) superior (0.377)

Fuente: Ceballos Domínguez en prensa.

Es decir, en la articulación de la (s) implosiva como [s] plena resultan pertinentes la edad, el nivel de instrucción y los ingresos. En cuanto a la edad, favorecen la articulación plena las personas más jóvenes, de 20 a 29 años (0.719 de probabilidad), y de 30 a 39 (0.599). Ninguno de los diferentes grupos de informantes, de 40 o más años, favorece la articulación plena. Por nivel de instrucción, resulta muy llamativo que solamente las personas con estudios superiores favorezcan con claridad el empleo de la [s] plena, pues alcanzan una probabilidad de 0.613; ni las personas de estudios bajos ni las de estudios medios favorecen en realidad la articulación plena. Por fin, las personas con más ingresos son las que más veces pronuncian plena la (s) implosiva. Como puede verse, el patrón es bastante claro. Tienden a mantener más veces la pronunciación plena los jóvenes, las personas con más estudios y las personas con más ingresos.

En cuanto a la aspiración, las variables sociales que emergen como significativas son la edad, el papel sexual, la instrucción y los ingresos. Por edades, la imagen ofrecida por la aspiración es el reverso de la articulación plena. Los más jóvenes, de veinte y treinta años, aspiran poco, mientras que todos los subgrupos de más de 40 años muestran tasas probabilísticas a favor de la aspiración (0.569, 0.607 y 0.602, respectivamente). Los hombres aspiran más que las mujeres, aunque la diferencia no es muy marcada (0.521 frente a 0.481). En cuanto al nivel de estudios y de ingresos, aspiran más las personas de estudios bajos y medios, y las personas de ingresos bajos. De nuevo, la estructura social de la aspiración se muestra muy clara. Aspiran más las personas de más edad, los hombres, y quienes tienen menos estudios y menos ingresos.

Sólo el nivel de instrucción resultó pertinente para los casos de elisión. Hay que tomar en cuenta que en términos absolutos, además, se trata de pocos casos. El resultado es precisamente el esperable. Eliden mucho más las personas de bajo nivel de instrucción (0.707), que de hecho son las únicas que muestran índices significativos de elisión.

La consideración de los datos por edades en el estudio de Veracruz – Boca del Río sugiere en particular la presencia de un cambio lingüístico en una dirección

desdialectalizadora. En efecto, si se comparan los datos de articulación plena [s], y de aspiración [h], se observa un claro cruce generacional:

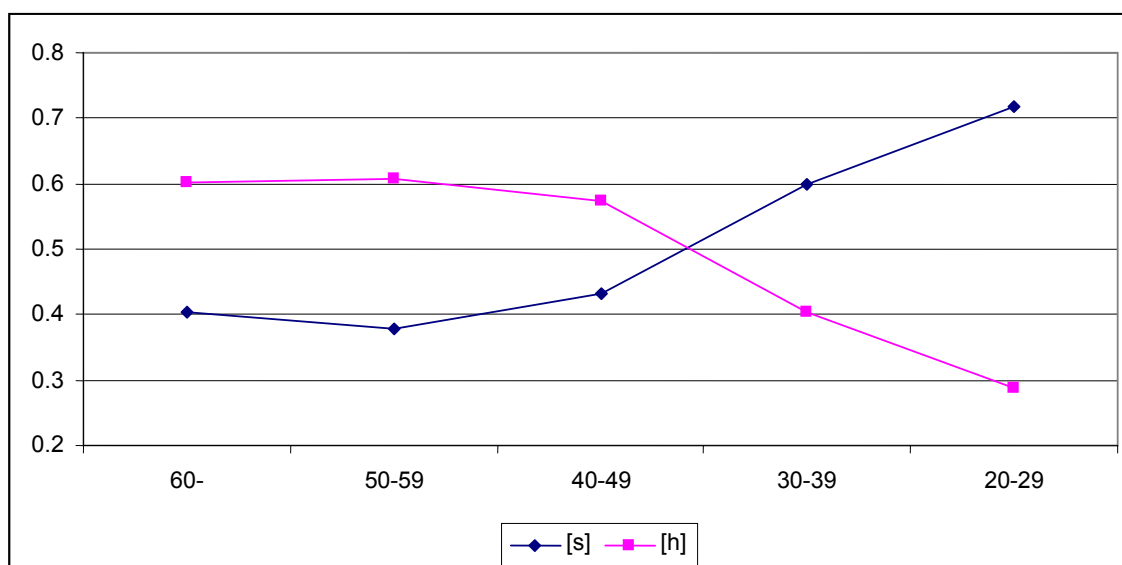


Figura 18. *Distribución por edades de (s) implosiva plena y aspirada en Veracruz – Boca del Río*

Fuente: Ceballos Domínguez en prensa.

Existe, en efecto, un cruce de tendencias en algún momento que es posible situar entre los que tienen más de 30 años y los que tienen más de 40, es decir, aproximadamente entre las personas que nacieron alrededor de 1970. Son las fechas, precisamente, en que comienza a establecerse la conurbación entre Veracruz y Boca del Río y en que principia un intenso proceso de crecimiento urbano en la zona. Es llamativo, al mismo tiempo, constatar que en los datos actuales no aparecen, por lo menos para el caso de la (s) implosiva, diferencias significativas en ningún caso entre Veracruz y Boca del Río, lo que sugiere la existencia de una sola comunidad de habla. El proceso de desdialectalización que se constata en un ejemplo como este no es extraño: está ocurriendo respecto a muchos fenómenos en numerosas áreas dialectales del mundo occidental. Como sea, subraya la necesidad de descripciones sociolingüísticas detalladas que relativicen la visión estática de numerosos fenómenos lingüísticos. En Veracruz –

Boca del Río, aunque persisten en buena medida los rasgos lingüísticos tradicionales, ciertos aspectos se deslizan bajo el efecto gravitatorio de las variedades mexicanas más próximas a la norma ideal. No faltan tampoco casos en sentido contrario, en que la comunidad de habla se decanta en el sentido de la identidad y de la autonomía lingüística.

Constituciones: el problema de las instituciones léxico-semánticas

Los ejemplos incluidos en esta sección precisan de una mayor cantidad de información contextual que los mencionados en el apartado previo. Las herramientas necesarias para la descripción de estos fenómenos son, hasta cierto punto, más imprecisas, se refieren a conjuntos de elementos de contornos desiguales, muchas veces constituidos en forma de paradigmas abiertos, como ocurre de manera típica con el léxico. Se abordan entonces un par de casos de suma importancia para la sociolingüística urbana constitutiva, aunque sin duda no exclusivos de ella: por un lado, la cuestión de las muchas y las pocas palabras y las repercusiones que ello tiene en la estratificación social y en la educación; por otro, la discusión tradicional de la pervivencia y la desaparición de términos de orígenes específicos, vista aquí a través del problema de los indigenismos.

Muchas y pocas palabras

La variación léxica entre los diferentes hablantes se encuentra, por su propia naturaleza, entre los fenómenos sociolingüísticos más difíciles de estudiar. El volumen del léxico, las diferencias de significado de un mismo término, la variación geográfica a que se encuentran sometidos otros, los diferentes usos estilísticos de voces con significado semejante, hacen muy complejo disponer de herramientas fiables que nos permitan apreciar objetivamente las diferencias entre grupos sociales, como los que existen en diferentes niveles de la estratificación urbana. Desde luego, no está en duda que los hablantes mismos perciben parte de esa diversidad léxica, y que asocian palabras y expresiones específicas, a manera de estereotipos, con ciertos personajes o con ciertos entornos sociales.

Existen diferentes materiales en México que permiten acercarse con cierta seriedad a este problema. Entre ellos se encuentran las formas léxicas contenidas en el *Atlas* (Lope Blanch 1990-2000), los trabajos de disponibilidad léxica (López Chávez 2003), los trabajos asociados al *Diccionario* del español de México (Lara 1996), entre otros. Desde un punto de vista sociolingüístico, algunas de las aproximaciones más aprovechables son las investigaciones llevadas a cabo por Raúl Ávila, en una serie de investigaciones publicadas entre 1988 y 1994, reunidas en un libro de 1999, por donde cito. En lo esencial, estas investigaciones se refieren a los diferentes volúmenes léxicos empleados por diversos grupos de hablantes mexicanos, y a las diferencias referenciales en cuanto a los conceptos expresados por estas voces. Algunas de esas diferencias son realmente abruptas y cabe plantearse si se deben a las condiciones de encuesta, en la medida en que el encuestador pudiera preguntar por aquello que le pareciera más acorde a la realidad del hablante; a diferencias sociales, de forma que existiera algún tipo de condicionamiento respecto al tipo y cantidad de palabras en juego; a diferencias cognoscitivas, en la medida en que la educación recibida condicionara las posibilidades o cuando menor limitara las opciones conceptuales puestas a disposición de los hablantes; o a un condicionamiento mixto del que formaran parte varios o todos estos ingredientes.

Resulta llamativa, entonces, la comparación de entrevistas procedentes del proyecto para la delimitación de las zonas dialectales del país, antecedente inmediato del *Atlas Lingüístico de México*, y del habla de la ciudad de México, incluidas en los materiales del habla culta publicados en 1971. Al considerar las diferencias de densidad léxica en las transcripciones de estos textos, o número de tipos léxicos entre el número de palabras de un segmento dado, Ávila encuentra que las diferencias más notables están asociadas a la zona y al nivel cultural, y no a la edad, el sexo o el número de informantes (1999, p. 24). Al ordenar la densidad en tres rangos, de modo que el rango bajo es para densidad 54 a 59, el medio de 60 a 65, y el alto de 66 a 71, resulta que la ciudad de México tiene un porcentaje de textos mucho más alto (el 68.4%) en el rango superior o más denso que las otras localidades del país de las que se disponía de datos, que sólo aportaron al

rango superior el 31.6% de los textos. Es más, en la ciudad de México el porcentaje de textos del rango superior es el triple de grande (el 29.2% de su propio total), que los textos del rango de densidad más baja (9.0%), frente a las otras localidades, donde ocurre exactamente lo contrario (10.3% en el superior y 32.8% en el inferior). Queda clara, entonces, la mayor densidad léxica presente en los materiales procedentes de los hablantes de carácter más urbano. En cuanto a los niveles culturales, el 47.4% de los textos que quedaron en el rango superior proceden del nivel alto, el 36.8% del nivel medio, y apenas el 15.8% de las personas de nivel educativo más bajo, lo que revela una clara estratificación sociocultural de la variable de densidad léxica:

Habría que buscar las causas de estas diferencias: muy probablemente tienen que ver con la escolaridad, pero también con el tipo de trabajo o actividad de las personas. Las funciones del lenguaje en relación con la actividad son, necesariamente, distintas y esto podría explicar las diferencias. El lenguaje para la acción —frente al especulativo que privilegia la función heurística— es precisamente el que tiene menor densidad. Esto permite rechazar la hipótesis del déficit: el lenguaje es adecuado para los fines del usuario y es diferente justamente por eso. Además, el poseer un léxico extenso no es una condición suficiente para usarlo adecuadamente, con eficiencia comunicativa (1999, p. 37).

Otro hecho muy llamativo tiene que ver con los conceptos a que se refieren los hablantes. Al comparar los materiales del habla culta (1971) y del habla popular (1976) de la ciudad de México, las diferencias son realmente provocadoras. Por un lado, en las entrevistas de habla culta se usan más vocablos, 3 319 en cinco horas de grabación, que en el habla llamada popular, 2 375 vocablos en seis horas y media. Además, los textos de las personas más instruidas son más densos (63.7 de densidad, frente a 61.3) y los enunciados mucho más largos: en las personas de nivel más alto la longitud promedio del enunciado es de 10.9 elementos, mientras que en los materiales populares apenas llega a 5.1 (Ávila 1999, p. 159). No hay duda, ya en los aspectos cuantitativos, de la clara estratificación léxica a que se encuentra sometida una

población urbana como la de la ciudad de México. Pero las diferencias cualitativas son todavía más interesantes. En ese sentido, se recogieron los vocablos —sustantivos y verbos— en que un estrato superara al otro por lo menos en un 50% de frecuencias, lo que dio un conjunto de 135 vocablos en total, tomando todos aquellos en que el estrato alto supera al bajo y viceversa, de los cuales se estableció la acepción básica o más frecuente. La lista de vocablos se analizó con respecto a dos aspectos: primero, si el referente designado con el vocablo era o no perceptible por los sentidos; segundo, se organizó el léxico en campos referenciales. He aquí los resultados del primer análisis:

Tabla 15. *Referentes de sustantivos y verbos en habla culta y popular de la ciudad de México*

<i>Estrato</i>	<i>Habla culta</i>			<i>Habla popular</i>		
	<i>Referente</i>	<i>no perc</i>	<i>sí perc</i>	<i>total</i>	<i>no perc</i>	<i>sí perc</i>
Susts.	37 (69%)	17 (31%)	54 (100%)	7 (23%)	23 (77%)	30 (100%)
Verbos	22 (81%)	5 (19%)	27 (100%)	8 (33%)	16 (67%)	24 (100%)
Total	59 (73%)	22 (27%)	81 (100%)	15 (28%)	39 (72%)	54 (100%)

Fuente: Ávila 1999, p. 161

Hay más vocablos representado más veces en el nivel alto o culto, 81 frente a 54 en habla popular. De ellos, una proporción muy elevada de referentes es no perceptible en los materiales cultos, pues el 69% de los sustantivos y el 81% de los verbos no tienen un asidero para los sentidos. Por contraste, los vocablos en que más destacan los hablantes menos instruidos muestran el reverso de la moneda, pues el 77% de los sustantivos y el 67% de los verbos tenían referentes perceptibles. Los informantes, pues, hablaron de cosas marcadamente diferentes, de realidades relativamente abstractas los unos, de realidades cercanas y materiales los otros, creando una imagen de sí mismos social y conceptualmente muy diferenciada. La clasificación de los vocablos en campos referenciales alude a esas nítidas diferencias:

Tabla 16. *Campos referenciales en los vocablos más empleados, comparativamente, en habla culta y popular*

<i>Campo referencial</i>	<i>Habla culta</i>	<i>Habla popular</i>
Ser humano	mujer, hombre	chiquillo, chamaco
Ser humano: atributos psicológicos y valores	razón, derecho, interés, idea, punto, amor; poder, deber, juzgar, creer, entender, sentir, acordarse, encantar	miedo, culpa
Ser humano: cuerpo	nacer, morir	ojo; ver, levantarse, bajar, venir, comer
Sociedad: cultura y educación	cultura, educación, carrera, clase, nivel, plan, aspecto, problema, ejemplo, base, cuestión, caso, tipo, obra, cosa, escuela, hogar, iglesia; desarrollar, educar, estudiar, preparar, leer, escribir, contar	maestro, prueba; explicar, terminar
Sociedad: relaciones interpersonales	respeto, forma, manera, falta, matrimonio, marido, padre, madre, hijo, familia, gente, mundo; servir, cuidar, tratar, exigir, necesitar, encontrar, oír, regalar	compañero, novio, grupo; platicar, buscar, preguntar, ayudar, quitar
Sociedad: ocupaciones y servicios	profesión, médico, máquina; dedicarse, valer	comercio, mercado, kilo, peso, carro, camión; comprar, vender, pagar, sacar, andar, partir
Sociedad: esparcimiento	deporte, película, campo,	campeonato, equipo; tocar,

	canción, gruta	explorar
Entorno, lugares artificiales y naturales	ambiente, situación, vida, lugar, casa, país	pueblo, kilómetro
Elementos naturales y artificiales	caballo	animal, perro, agua, piedra; agarrar, formar, abrir, tirar
Tiempo: referencias temporales	época, edad, ocasión, momento	semana, domingo, noche

Fuente: Ávila 1999, pp. 164-167

En líneas generales, las personas más instruidas hablaron más de cultura y educación, de las relaciones entre las personas y de los atributos psicológicos y los valores. Los hablantes que representaron el habla popular, en cambio, hablaron sobre todo de ocupaciones y servicios, de acciones corporales y de relaciones con los demás, además de los elementos naturales y artificiales.

Más allá de las diferencias entre la estratificación urbana y las distribuciones léxicas en entornos rurales, está claro que el léxico empleado por los habitantes de las ciudades está sometido a una intensa diferenciación social, tanto en la cantidad de palabras empleadas como en las realidades designadas por ellas. Sólo una lingüística dispuesta a enfrentar una gran cantidad de información contextual es capaz de dar cuenta del problema.

Pervivencia del léxico de origen indígena en español

Una discusión tradicional con respecto a la naturaleza del léxico del español mexicano ha sido la vitalidad de los indigenismos. Es un tema de importancia para la comprensión cabal de la evolución histórica de la lengua y de la sociedad que la habla; no ha faltado tampoco una cierta dimensión ideológica a la hora de construir los argumentos pertinentes (cf. Zimmermann 1995). En el estudio del papel de la urbanización en el desarrollo lingüístico del país, el problema de los indigenismos se vuelve interesante en su sentido genérico. En la dimensión más llana del problema, podría esperarse que las formas de vida modernas, urbanas por naturaleza, tiendan a desalojar del espacio léxico activo las palabras que

representan conceptos asociados a la vida tradicional, relacionados con la agricultura, las tradiciones familiares, las creencias y las costumbres, la flora y la fauna, entre otros campos, simplemente por el hecho de que ya no forman parte de la vida cotidiana de los hablantes. Es el caso de muchos de los indigenismos tradicionales. Se trata, pues, del viejo problema de la relación de las palabras con las cosas, fructífero en sí mismo, por otra parte, para considerar la dimensión que ordena los hechos urbanos y los rurales:

Cierto que el habla urbana no es campo fértil para el arraigo de los indigenismos; suelen éstos emplearse para designar realidades de la flora o de la fauna particular de cada región, realidades que prácticamente desconoce el hablante urbano. De ahí que el número de voces indígenas vivas en la provincia, en el habla campesina, sea superior al número de indigenismos usuales en las ciudades (Lope Blanch 1979, p. 20).

La cita anterior está tomada del estudio todavía hoy más importante llevado a cabo sobre la vitalidad de los indigenismos, el conocido trabajo publicado por Lope Blanch sobre el *Léxico indígena en el español de México*³¹. El libro parte de copiosos materiales levantados en la ciudad de México: cuatro millones seiscientas mil palabras, procedentes de 490 informantes, más otros 100 más para establecer a posteriori el conocimiento pasivo de los indigenismos, que sirve a Lope para formular una hipótesis que abordó también en otros trabajos, la del relativamente escaso papel del contacto con las lenguas indígenas en la fisonomía del español mexicano general. De hecho, aunque en el corpus léxico aparecieron casi 22 000 indigenismos, la inmensa mayoría de ellos, unos 18 500, eran topónimos o patronímicos, lo que reducía los indigenismos comunes a 3 380, es decir, apenas el 0.07% del cuerpo léxico total, correspondientes a 312 vocablos, asociados a 237 lexemas. De entre todos, los más frecuentes en las fuentes

³¹ Se considera aquí por la segunda edición, aumentada, de 1979; la primera es de 1969, aunque una versión bastante más reducida se había publicado en 1965.

coloquiales y literarias, eran una treintena, entre los que se encontraban *pulque* y sus derivados, *chile* y sus derivados, *chamaco*, *jacal*, *cuate*, etcétera. Interesa ahora en especial la prueba de vitalidad pasiva que se aplicó a cien hablantes, “representantes de todas las clases socioculturales de la capital” (p. 33), que consistió en presentar a la consideración de los encuestados el grupo de indigenismos. Los resultados se organizaron en seis apartados:

Tabla 17. *Vitalidad pasiva de los indigenismos en la ciudad de México a mediados de los años sesenta*

Grupo I. — *Voces de conocimiento absolutamente general*, como *aguacate*, *apapachar*, *atole*, *cacahuate*, *cacao*, *camote*, *capulín*, etcétera, hasta un total de 95 vocablos correspondientes a 74 lexemas.

Grupo II. — *Voces de conocimiento casi general*, del tipo de *achichinle*, *ahuehuate*, *ajolote*, *apipizca*, *ayate*, *biznaga* o *capulina*, que hacen en este grupo un total de 60 vocablos y 46 lexemas.

Grupo III. — *Voces de conocimiento medio*, entre las que se encuentran *cacahuacincle*, *cacle*, *chachalaca*, *chinaco* o *coyotera* (62 vocablos y 47 lexemas).

Grupo IV. — *Voces poco conocidas*, como *acocil*, *achinchinar*, *coconete*, *colote*, *coyol*, *chahuisclé*, etcétera (27 y 18).

Grupo V. — *Voces muy poco conocidas*, como *acocote*, *aguante*, *amole* o *ayacahuite* (38 y 31).

Grupo VI. — *Voces prácticamente desconocidas*, del tipo de *camichín*, *tequescamote*, *canán*, *cuitla*, *chalchicuil*, *chomite*, hasta completar 30 vocablos y 21 lexemas.

Fuente: Lope Blanch 1979, pp. 35-37.

Existía una cierta estratificación sociocultural, pues las personas de mayor nivel conocían mejor las voces asociadas a conceptos históricos (como *chimal* o *teocali*), a términos especializados (*mezcalina*, *nahuatlato*), así como los arcaísmos (*tiza*) y los regionalismos (*cenote*, *maquech*). Además, para ponderar la

vitalidad, se consideró la creatividad relativa de las voces, la posible pluralidad de significados, la extensión geográfica y la concurrencia con vocablos de base hispánica.

En términos de evolución sociolingüística, la descripción pormenorizada de Lope Blanch para los años sesenta proporciona un punto de referencia que puede ponerse en comparación con datos actuales, que permitan hacerse una idea de la evolución del cuerpo léxico en cuestión —así como de los conceptos asociados— en un mismo entorno urbano. Tal propósito es el que se esboza en el trabajo de Lozanova (2000), con datos recogidos a fines de los años noventa, en 1998, treinta o treinta y tantos años después de la colecta de los materiales del *Léxico indígena*. Se recogieron dos tipos de casos, por un lado ofreciendo directamente las palabras a doce informantes preguntando por su significado y, por otro, ofreciendo el concepto en busca de la palabra, a sólo cuatro hablantes. Se investigaba en conjunto la vitalidad de cien palabras extraídas de las listas de Lope Blanch, a razón de 27 del grupo I, 15 del grupo II, 7 del grupo III, 10 del grupo IV, 32 del grupo V y 9 del grupo VI. El conocimiento activo o pasivo del término se describió de la siguiente manera:

Tabla 18. *Grado de conocimiento de los indigenismos*

-
- a) Comprende y produce frases neutrales y frases idiomáticas.
 - b) Comprende y produce sólo frases neutrales.
 - c) Comprende y produce sólo frases idiomáticas.
 - d) Comprende, pero no produce.
 - e) Producción sólo metafórica, sin comprensión del significado originario.
 - f) Producción sin comprensión absoluta.
 - g) Ausencia tanto de producción como de comprensión.
-

Fuente: Lozanova 2000, p. 64.

En líneas generales, se confirman las tendencias apuntadas en el *Léxico indígena*. Cuanto menor es la edad, menor parece el grado de comprensión y

producción. Las tendencias a la disminución de la vitalidad son más notorias con voces que designan objetos, eventos o relaciones pertenecientes a la cosmovisión indígena (como *chimal*, *macehual*, *topil*, *huapango*, *huehuenche*), y lo mismo ocurre con las palabras que refieren a la flora y la fauna y a otros aspectos de la vida rural y tradicional (como *cuitla*, *chomite*, *pascle*, *pizote* y otras). Lo pequeño de la muestra empleada, por otra parte, condiciona la validez de los resultados, y una vez más es necesario esperar a disponer de resultados más cuantiosos para poder disponer de una perspectiva sociolingüística adecuada en tiempo aparente y en tiempo real de la vitalidad de los indigenismos en la ciudad de México.

La lejanía de la península de Yucatán con respecto al centro del país, así como su peculiar herencia histórica, la hacen especialmente interesante para considerar la constitución de su identidad sociolingüística. Se dispone por lo menos de observaciones recientes con valor sociolingüístico sobre la vitalidad de los mayismos en dos ciudades de la Península: Chetumal (Pérez Aguilar 2000) y Mérida (Rosado en preparación). En ambos casos, los estudios sugieren un uso especial de los mayismos, fruto de dos corrientes contrapuestas. Por un lado, la tendencia a su desuso, en la medida en que designan realidades alejadas de los entornos urbanos y en que las realidades tradicionales e indígenas han carecido de prestigio social. Por otro, su empleo por parte de hablantes jóvenes, que otorgan valor simbólico a los mayismos y, en consecuencia, los hacen creadores de identidad, lo que sin duda puede ser un motor importante en la reorganización de las comunidades de habla. La metodología empleada en Chetumal y Mérida no es muy distante, así que se comenta sólo el primero de los dos casos.

El trabajo de Chetumal parte de las 273 voces contenidas en el repertorio publicado en 1937 por Alfredo Barrera Vásquez sobre mayismos y voces mayas del español yucateco³². La consideración del conocimiento actual de estas palabras en 20 informantes monolingües en español, atendiendo a tres niveles de escolaridad (hasta primaria, hasta bachillerato, y estudios posteriores al bachillerato), tres grupos generacionales (hasta 30 años, hasta 50, y mayores de

³² En realidad, habría que revisar el origen propiamente maya de alguna de las voces.

50), y hombres y mujeres, arroja que 100 de las 273 palabras son completamente desconocidas. De las restantes, 102 son conocidas por menos del 20% de los encuestados, y 28 por menos del 50%. Las 43 restantes, por fin, son conocidas por más del 50% de los hablantes, umbral que se toma para aceptar la pertenencia de los elementos léxicos al conocimiento pasivo de la comunidad de habla. Los términos más vivos, entonces, fueron los siguientes:

Tabla 19. *Mayismos en el español de Chetumal según el porcentaje de hablantes que las conoce*

Del 51 al 80%: como *ax, bacal, bobox, box, buth* (26 voces).

Del 81 al 90%: del tipo de *turix, uix, uixar, dziriz* (9).

100%: como por ejemplo *koliz, mulix, xix* (8).

Fuente: Pérez Aguillar 2000, p. 184.

El uso de las voces, en la medida en que se caracteriza en la investigación, es diferente según los grupos de escolaridad, edad y sexo. El estudio toma como significativas diferencias mayores al 30% en el uso de una palabra dada. A la luz de tal contraste, hay 5 unidades que son más usadas por el sociolecto alto (*ax, mulix, xik...*), 11 por el medio (*bobox, buth, xek...*) y 15 por el bajo (*bacal, pibil, turix...*). En conjunto, es en el nivel bajo donde es más posible escuchar estas voces asociadas al mundo maya. Por edades, hay 14 palabras más usadas por los jóvenes (*bobox, chechón, xek...*), 8 por las personas de mediana edad (*anolar, sascab, turix...*), y 7 por los informantes de más edad (*bacal, box, mulix...*). Esto es en sí muy llamativo, pues de confirmarse estas tendencias, resultan ser los jóvenes quienes más se sirven de los préstamos mayas en la comunicación local. Por fin, las mujeres usarían mucho más los mayismos que los hombres (en 19 casos, frente a sólo 4 de los varones). La formalidad de los registros de habla parece ser de importancia en la selección de las voces, más propias del ámbito doméstico que de la escuela o el trabajo, más para hablar con los amigos que con los desconocidos, más propias de la niñez que de la vida adulta, de las visitas al

pueblo que de la vida en Chetumal. Además, “algunas mujeres aseguraron que usan mayismos sólo al hablar con otras mujeres cuando hacen la comida o al comprar en el mercado, pues sus esposos les prohíben utilizarlos en su presencia” (Pérez Aguilar 2000, pp. 191-192).

El estudio urbano de las voces de origen indígena, en definitiva, puede resultar de gran interés a la hora de ponderar la pervivencia de ciertas formas de vida tradicionales, por un lado, y la revitalización del sentido comunitario, tal como se manifiesta en sus aspectos lingüísticos. Más allá del interés propiamente filológico, la cuestión de la vitalidad de ciertos cuerpos léxicos —otro tanto podría pensarse de la inserción de préstamos— puede ser un índice de gran interés para la comprensión sociolingüística de la comunidad de habla.

Instrucciones: el fundamento de la interacción

La descripción de las relaciones entre hablantes requiere de una gran cantidad de información contextual. Aunque los mecanismos esenciales pueden tener un valor muy general, su aplicación específica en una comunidad de habla puede ser enormemente particular. Trasladado esto, por ejemplo, al problema de los turnos de habla, puede ser cierto que las operaciones básicas pueden ser mantener el turno propio; cederlo, sea a otro hablante o dejándolo en suspenso; tomarlo, aprovechando un punto de transición o bien interrumpiendo al interlocutor; y apoyar, o realimentar lo que el otro está diciendo (cf. Musselman 2002). Pero la realización llana de estos mecanismos puede variar mucho de una sociedad a otra, en términos de considerar lo apropiado o no del momento en que se llevan a cabo las diferentes operaciones relacionadas con los turnos de habla. Se trata de problemas, por otra parte, que se benefician de la perspectiva sociolingüística en la medida en que ésta acentúa los aspectos empíricos y realistas de las descripciones, al ocuparse de números relativamente grandes de informantes y trabajar con ellos en situaciones cotidianas.

Como muchos otros aspectos, las formas específicas de la interacción cotidiana cambian con el tiempo según patrones parecidos a la forma en que se modifican las modas, las opiniones y los cambios lingüísticos asociados a

fenómenos como los comentados antes en este capítulo. Las ciudades son los lugares donde más vigorosamente tienen lugar estos cambios y se entronizan los nuevos usos desterrando a los antiguos. Entre los muchos aspectos que aquí convendría abordar, se mencionan en este apartado los cambios habidos en las formas de tratamiento, así como los patrones argumentativos predominantes por grupos socioeducativos. Es sólo una pequeña parte de lo que pudiera haberse comentado. La cortesía en sus diferentes aspectos, desde los rituales lingüísticos de acceso y despedida, hasta las peticiones en entornos formales e informales, podría ocupar por derecho propio un lugar preeminente en una historia de la interacción urbana. Otro tanto podría decirse de la cuestión de los turnos de habla, o de la visión sociolingüística —sin descartar ninguna otra, desde luego— de la proyección comunitaria de las diferentes modalidades discursivas clásicas, entre ellas las narraciones, de las que se va disponiendo ya de bastante información, y las descripciones y argumentaciones cotidianas.

Formas de tratamiento

Uno de los ejemplos más claros de relación entre la estructura social y su reflejo en el lenguaje es el de las formas de tratamiento. Tales formas están asociadas a un complejo conjunto de delicados rituales, de los cuales los hablantes suelen estar muy conscientes. El ejercicio de tratamiento está en la base de las relaciones entre las personas, y su proyección en un momento y en un lugar determinado supone una perspectiva específica sobre las relaciones de poder y solidaridad entre los grupos y entre los individuos. En líneas generales, puede decirse que la segunda mitad del siglo xx ha visto en México —como en otras latitudes— la expansión de las formas de solidaridad, y que esta profunda transformación ha surgido en las ciudades, donde se han gestado nuevas formas de concebir la interacción entre hablantes.

La descripción sociolingüística de las formas de tratamiento en la ciudad de México fue abordada en su momento al menos por Yolanda Lastra (1972) y por Kim Lee (1989), pero sin duda está haciendo falta un trabajo actual que considere el problema con cierto detalle (cf. Orozco en prensa). Lastra empleó 56

informantes, distribuidos por edad, sexo y clase social. En el terreno de la solidaridad, no importaba la clase social ni la edad en la selección del *tú*, en las relaciones entre hermanos, cuñados, amigos íntimos, compañeros de escuela y del servicio militar, pero sí había diferencias de clase al dirigirse a padres, abuelos, tíos y padrinos. El uso de *usted* era mucho mayor en la clase baja (90%) que en la clase media (25%). De hecho, con desconocidos, los jóvenes de clase alta y media tuteaban a las personas que conocían por primera vez; la clase baja, sin embargo, se decantaba por el *usted*. En líneas generales, se registraba un aumento del *tú* recíproco. Unos años después, el trabajo llevado a cabo por Kim Lee en los ochenta confirmaba las mismas tendencias. Se consideraron entonces 180 informantes, distribuidos por edad, estudios y sexo. Tuteaban más los hombres que las mujeres (45% frente a 33%); más las personas con estudios de licenciatura que sin primaria (44% frente a 27%); y más los jóvenes de 16 a 32 años que las personas de más de 56 (44% frente a 32%). Lo que estos estudios muestran, en definitiva, es un cambio social y lingüístico patrocinado por los jóvenes —en especial por los hombres— de clase y estudios medios o altos. Diferentes indicios siguen apuntando en la misma dirección en la ciudad de México.

Para Guadalajara, está disponible la investigación reciente efectuada por Orozco (en prensa) con 22 informantes. Se toman en cuenta, como en otros materiales, el sexo, la edad y el nivel de estudios. Además, se consideran el lugar de nacimiento y la llamada liberalidad de los informantes. Con respecto al lugar de nacimiento, dieciséis informantes proceden de la zona metropolitana de Guadalajara (es decir, el municipio de Guadalajara y los municipios conurbados de Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá y Tlajomulco), y los otros seis provienen de poblaciones rurales, diferenciados los que llevan mucho tiempo en Guadalajara (más de 35 años) y los que llevan menos tiempo (15 años como máximo). En cuanto al grado de liberalidad de los informantes, Orozco construye un índice que estima las actitudes de los informantes sobre religión, política y sexo, a partir de un cuestionario directo y de las opiniones de jueces que conocen a los hablantes; de resultas, obtiene tres grupos de personas: liberales, moderadas y

conservadoras. Estos grupos revelarán ser muy eficaces para entender la distribución de las formas de tratamiento.

La información obtenida se ordena en tres secciones, referidas al trato con desconocidos, a las relaciones de poder y a las relaciones de solidaridad. El trato con desconocidos mostró un uso global equilibrado de *tú* (49%) y de *usted* (51%). Debe tomarse en cuenta en este caso que los hablantes no ponderan únicamente las relaciones de poder, sino que entran en juego diferentes estrategias de cortesía, sea para producir proximidad o para marcar el distanciamiento. En las relaciones de poder, en particular con abuelos, padres, tíos, suegros, profesores, doctores, sacerdotes y jefes, entre otros, el uso de *tú* se contrae a un 20%, mientras que para *usted* la cota llega al 80% de los casos. De hecho, los ejemplos de *tú* se obtienen en el contexto de las relaciones familiares, mientras que en el ámbito laboral el paso al *tú* se da sólo a solicitud de los superiores. En las relaciones solidarias, considerando entre ellas el trato con hijos, y entre primos, esposos, hermanos, cuñados, compañeros de trabajo, amigos y vecinos, la balanza muestra una distribución inversa a la anterior: *tú* alcanza ahora el 81%, mientras que *usted* se emplea nada más en el 19% del total de los casos, por ejemplo entre compañeros de trabajo cuando hay diferencia de edad.

La distribución social de estos usos en Guadalajara es muy sugerente. Aunque los hombres tutean un poco más que las mujeres (54% frente a 47%), las diferencias no son estadísticamente significativas cuando se ven en términos de probabilidad. A mayor nivel de estudios hay mayor nivel de tuteo, aunque las diferencias no sean extraordinariamente marcadas, pues el nivel para personas con estudios de primaria o secundaria, y con estudios de bachillerato o técnicos, es el mismo, 47%, mientras que para las personas con licenciatura llega a 58%. Con respecto a la edad, las personas más jóvenes tutean más, de forma que los de 20 a 34 alcanzan el 54% de los ejemplos, los de entre 35 y 50 el 52%, y los de más de 51 años quedan en el 44%. Parecería haber diferencias importantes alrededor de los 50 años, reconocidas por los propios hablantes, conscientes de un mayor uso del tuteo en el momento actual. Una de las diferencias más interesantes la aporta el lugar de nacimiento, que señala un claro escalonamiento

entre las personas nacidas en Guadalajara (con 53% de tuteo), las personas venidas de fuera pero que llevan en la ciudad más de 35 años (49%), y los que llevan menos de 15 años, que apenas alcanzan un 38% de tuteo. La liberalidad, por fin, es una de las variables sociales más fuertemente correlacionadas con el tuteo. Las personas de índole más conservadora son las que tutean menos (41%), las moderadas quedan en un nivel intermedio (52%), y las liberales alcanzan una proporción muy alta (66%). Vistos los factores en conjunto, el mejor modelo para dar cuenta de los datos es el que incluye entre los favorecedores del tuteo las relaciones de solidaridad (0.816 de probabilidad), la liberalidad (0.717) y haber nacido o tener más de 35 años en Guadalajara (0.529)³³. En cuanto al mantenimiento de *usted*, los rasgos más pertinentes son las relaciones de poder (0.815 de probabilidad), ser conservador (0.652) y tener menos de 15 años de vivir en Guadalajara (0.666). La ciudad, en definitiva, tiene un papel fundamental a la hora de inculcar nuevos valores sociales, junto con su reflejo lingüístico, y el hecho se refleja en la adopción de rasgos que paulatinamente llevan a cabo las personas venidas de entornos menos urbanizados³⁴.

Estratificación social de patrones argumentativos

La habilidad de argumentar y persuadir se encuentra entre las más elaboradas de que es capaz un hablante, sea en lengua hablada o en lengua escrita (cf. Fuentes Rodríguez y Alcaide Lara 2002). Frente a los argumentos, que parten de premisas necesarias y se mueven a través de razonamientos deductivos, la argumentación parte de premisas sólo probables y llega a conclusiones opinables por medio de razonamientos no muy rigurosos; lo que importa ante todo son las estrategias que provocan la adhesión de los demás: importa persuadir (Fernández Ruiz 2000, pp. 157-158).

³³ Hay que tomar en cuenta que la edad y el nivel de escolaridad confluyen con el índice de liberalidad.

³⁴ Una metodología muy semejante se ha venido aplicando en la obtención de datos sobre formas de tratamiento en la ciudad de Mérida, Yucatán (Rosado en preparación).

Entre los principales correlatos de las posibilidades argumentativas se encuentran, por un lado, las características específicas de cada individuo y, por otro, ciertos rasgos sociales entre los que destaca el nivel de instrucción, el estilo de enseñanza recibido y el grupo sociocultural al que se pertenece. Aquí interesa en especial detenerse en este segundo grupo de factores. Dado el carácter tardío del aprendizaje de la persuasión, está fuertemente asociada a aspectos de tipo socioeducativo. No es, entonces, que existan diferencias intrínsecas entre individuos urbanos y no urbanos, sino que estas se derivan de las más amplias posibilidades educativas brindadas por las ciudades a sus habitantes, tanto en términos cualitativos (más estudios y más variados) como cuantitativos (más personas acceden a niveles progresivamente superiores de instrucción). De la misma forma, dentro de las ciudades existen sin duda diferencias de peso que estratifican a los individuos. Se trata de una cuestión particularmente importante en la vida comunitaria de los ciudadanos, en la medida en que muchos aspectos de la vida no privada reciben beneficios de un desarrollo elaborado de la capacidad de persuadir o de desmontar las estrategias persuasivas de los demás. Piénsese en el discurso periodístico o en el político, pero también en las posibilidades de éxito y de liderazgo social y lingüístico en estructuras de nivel medio, como las que se desarrollan en muchos entornos laborales, en el barrio, en la escuela o incluso en la familia.

El trabajo de Cárdenas (2005) considera materiales escritos elaborados por alumnos de enseñanza media superior de la ciudad de México, a partir de una serie de datos, obtenidos en varios estudios parciales, que varios jueces independientes categorizan. Los resultados se someten a un análisis jerárquico de conglomerados, y se postula, a partir de ellos, la existencia de tres estilos argumentativos diferentes, llamados *global*, *lineal* y *desarticulado*. La distribución de estos estilos es diferente según los tipos de escuela. En uno de las pruebas que lleva a cabo, trabaja con 82 alumnos, 25 de escuela pública, 24 de una escuela particular tradicional, y 33 de una escuela particular no tradicional, quienes tuvieron que redactar un breve ensayo sobre “la libertad”. Los jueces tienen que evaluar la presencia de cada una de las siguientes categorías:

Tabla 20. *Categorías argumentativas que pueden estar presentes en un texto*

Presentación. —Lugares comunes o definición que, al principio del texto, introduce el tema mediante una frase o párrafo.

Hipótesis. —Opinión personal sobre un tema, o aseveración que se mantiene a lo largo del escrito; se considera si se formula en un lugar determinado, como el principio o el final (I), o si está repartida a lo largo del texto (II).

Problema. —Cuestión a la que el sujeto trata de dar respuesta mediante su hipótesis.

Duda. —Variante de la anterior.

Respaldo de autoridad. —Argumento de personas con reconocimiento social o cuando menos con prestigio para el informante, a través de citas textuales o de paráfrasis.

Ejemplo personal. —Mención de un acontecimiento o incidente vivido por el informante o por una persona cercana a él.

Analogía. —Ejemplo obtenido de otra disciplina, de la vida cotidiana de personas lejanas o leído en alguna fuente de información.

Argumento personal. —Propuesta individual que justifica la hipótesis y da una solución al problema.

Polémica. —Evaluación crítica de argumentos que hacen referencia a puntos de vista opuestos a los defendidos.

Coherencia. —Situación en que los argumentos empleados se relacionan con la hipótesis y la conclusión para intentar convencer al lector.

Conclusión. —Reafirmación final de la hipótesis, junto con una evaluación crítica de los argumentos empleados.

Fuente: Cárdenas, 2005, p. 149.

El análisis de agrupamientos presenta los resultados por escuelas subdivididos en tres estratos. El estrato más alto es el correspondiente al estilo o patrón argumentativo *global*. Los informantes que lo desarrollan presentan una o

más hipótesis, situadas al comienzo, al final o distribuidas por todo el texto, un empleo acertado de los respaldos de autoridad, así como textos muy coherentes y dotados de conclusiones que resumen y ponderan los argumentos utilizados. El grupo estadísticamente intermedio corresponde al patrón *lineal*, que presenta más un comentario personal que un ensayo, con menor empleo del respaldo de autoridad, apoyada en cambio la exposición por argumentos personales pero no siempre pertinentes, con la hipótesis situada rígidamente al principio o al final; sólo una idea de entre las muchas expresadas lleva a la conclusión, que es parcial y poco coherente y evaluativa. Por fin, el patrón *desarticulado* es el propio de textos confusos, con poco uso de argumentos y en ocasiones sin ningún tipo de hipótesis; no son ensayos, y ni siquiera alcanzan la categoría de comentario o reseña. Los sujetos no emplean el respaldo de autoridad, sino las opiniones personales, que carecen de coherencia al no haber ni hipótesis ni conclusión claras (Cárdenas 2005, pp. 89-90). El procedimiento permite estratificar los diferentes estilos argumentativos en cada escuela por separado, y también en el conjunto de la muestra. La siguiente figura expone la forma en que se manifestó la distribución de cada uno de los tres patrones, global, lineal y desarticulado, en la escuela pública:

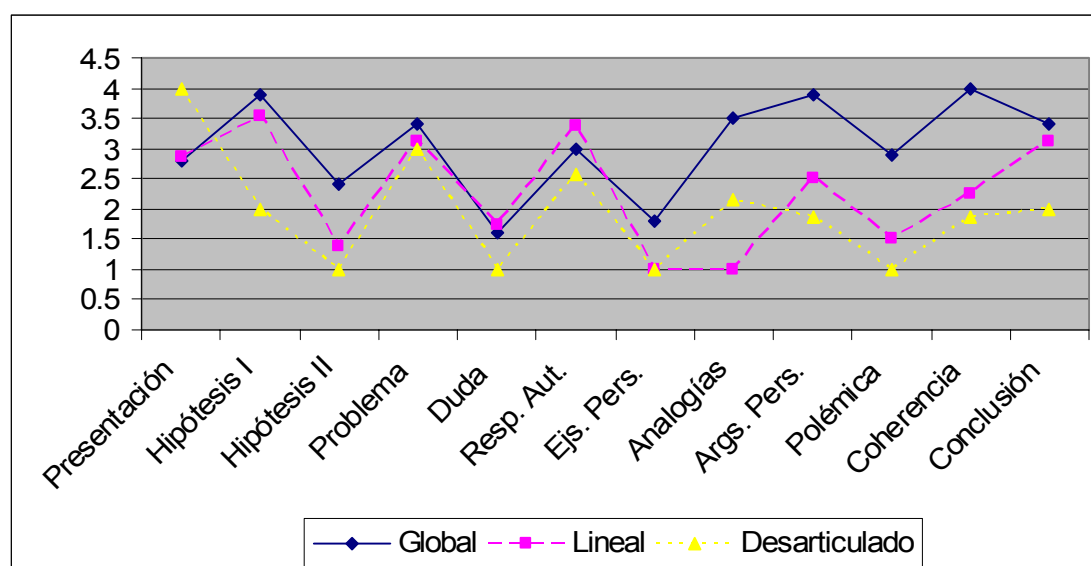


Figura 19. *Patrones argumentativos en escuela pública*

Fuente: Cárdenas 2005, p. 85.

Como puede apreciarse, la presencia de los diferentes elementos tiende a mantenerse en paralelo, sólo que a diferentes alturas en cada uno de los patrones. Existen, sin embargo, algunas excepciones, como ocurre con las presentaciones y las analogías en el estilo desarticulado. Por otra parte, este mismo estilo presenta una gran cantidad de elementos a cotas bajísimas, frente al patrón contrario, precisamente, en el estilo argumentativo global. Todos los patrones o estilos se presentaron en cada una de las escuelas, y aunque existen algunas diferencias de detalle en las puntuaciones obtenidas según las diferentes categorías³⁵, el tipo general se mantiene de una escuela a otra. La escala de puntuaciones verticales hay que entenderla, de menos a más, asociada a la serie cualitativa de 'no se presentó la categoría', 'lo hizo de forma confusa', 'lo hizo de forma parcial' y 'aparece con claridad'. Algunas de las diferencias más interesantes surgen al considerar la distribución de los alumnos con respecto a cada uno de los tipos. En la tabla 21 se comparan las diferentes proporciones de alumnos que documentaron los varios estilos argumentativos según el tipo de escuela:

Tabla 21. *Distribución de los individuos según patrón argumentativo y escuela*

	<i>Privada no tradicional</i>	<i>Privada tradicional</i>	<i>Preparatoria pública</i>
<i>Global</i>	45%	29%	40%
<i>Lineal</i>	37%	32%	32%
<i>Desarticulado</i>	18%	39%	28%
N=	33	24	25

Fuente: Cárdenas 2005, pp. 84 y 128

³⁵ Un análisis de varianza encontró que algunas categorías no son significativas en el análisis de conglomerados en algunas de las muestras. Así, en la escuela particular no tradicional no son significativos ni el planteamiento de dudas ni las analogías. En la escuela particular tradicional no son significativos la hipótesis a lo largo del texto (II) ni la pertinencia de las hipótesis en general, y los argumentos personales y la coherencia tienen una significación baja. En la escuela pública, por fin, resultaron de poca importancia el planteamiento del problema, el respaldo de autoridad y la duda (Cárdenas 2005, pp. 86-87).

Los mejores resultados argumentativos fueron obtenidos por los alumnos de la escuela privada no tradicional, que mostraron las proporciones de alumnos más altas adscritos a los patrones global y lineal. En segundo término quedaron los estudiantes de la preparatoria pública, que alcanzan una proporción llamativa, el 40%, de textos globales, además de un porcentaje de materiales lineales idéntico al de la escuela privada de corte más tradicional. Esta última, por fin, es la que queda situada por abajo de las otras dos, con proporciones menores, o en el mejor de los casos idénticas, de ejemplos globales y lineales, y con la mayor cantidad de textos desarticulados.

Además del interés de este tipo de materiales para la comprensión de la estructura del texto argumentativo y de su aprendizaje por parte de las personas, así como de las consecuencias que ello tiene en la planeación educativa, es innegable su utilidad para emprender estudios sobre la estratificación de patrones discursivos, que atiendan tanto a las estructuras generales como a los elementos particulares que construyen esas estructuras. Sólo así, tomando también en cuenta los aspectos discursivos, podrá alcanzarse la comprensión cabal de los modos lingüísticos urbanos.

FINAL: LA CIUDAD COMO COMUNIDAD LINGÜÍSTICA

Las páginas anteriores han venido resaltando varias ideas. Una de las principales es la urgencia de emprender más estudios sociolingüísticos detallados de ciudades específicas. Estas ciudades, además, deben considerarse como partes de un entramado urbano más general, sobre el que sólo se arrojará luz en la medida en que pueda establecerse la relación de unas ciudades con otras, según sea su jerarquía en un área mayor o menor de influencia. Es importante, asimismo, considerar las diferentes naturalezas de cada una de las ciudades, y el papel que en ellas desempeñan su carácter industrial o de servicios, administrativo o turístico, escolar o especular (esto último en el caso de la frontera). Las ciudades, además, deberán juzgarse en toda su complejidad interna, por lo que urgen no sólo proyectos de sociolingüística urbana encaminados al trabajo con los grupos más representados. Son igualmente necesarios proyectos que estudien las

minorías urbanas, integradas en muy diferentes niveles; la situación de los inmigrantes de diferentes grupos; y su lealtad lingüística y su preservación, o no, como subcomunidades. Sólo así estaremos en condiciones de comprender el estatus sociolingüístico de las ciudades mexicanas en toda su magnitud.

Se han derramado ríos de tinta sobre la relación entre las ciudades en su sentido urbanístico y arquitectónico (*urbs*) y en su sentido humano, social e histórico (*civitas*)³⁶. Tampoco en el sentido lingüístico es obvia la equiparación entre comunidad de habla y ciudad, entendida esta en el sentido meramente urbano, mucho menos en el administrativo. La cuestión es, en sí misma, un arduo problema de investigación. Puede ponerse el énfasis en el tipo e intensidad de interacciones lingüísticas entre personas, en los intereses y obligaciones establecidas en las redes sociales, en la utilidad o provecho que rinde el lenguaje en las alzas y bajas del mercado lingüístico, en la participación en diferentes subcomunidades de mayor y menor tamaño que se engloban unas en otras, o en las actitudes y creencias lingüísticas compartidas³⁷. Todas estas dimensiones tienen un papel específico en la constitución de una comunidad lingüística. Pues la pertenencia a una comunidad de habla es, ante todo, una cuestión simbólica, que incluye componentes históricos, geográficos, sociales e ideológicos en los que los hablantes participan en mayor o menor medida. Y esto ocurre en parte por decisión y en parte mayor porque las personas adscriben su forma de ser lingüística al lugar donde vivieron en los más o menos diez años que van desde el final de la infancia, la preadolescencia, la adolescencia propiamente dicha y el

³⁶ La referencia viene cuando menos de Isidoro de Sevilla: "Civitas est hominum multitudo societatis vinculo adunata, dicta a civibus, id est ab ipsis incolis urbis [pro eo quod plurimorum consciscat et contineat vitas]. Nam urbs ipsa moenia sunt, civitas autem non saxa, sed habitatores vocantur" (*Etimologías*, XV, II).

³⁷ Sobre la cuestión de la comunidad de habla, véase la Parte A del volumen de Labov de 2001, en especial el capítulo 1; los capítulos 5, dedicado a la comunidad monolingüe, y 6, sobre las comunidades de habla plurilingües, del libro de López Morales de 2004; las pp. 23-24 de Moreno Fernández 2005. Para el caso mexicano, puede verse el artículo de Parodi y Santa Ana (1997), y el trabajo de Lastra y Martín de 2000.

comienzo de la juventud, en la etapa decisiva que transcurre, aproximadamente, entre la edad de siete y diecisiete años.

Las ciudades se resuelven en espacios públicos y privados. En privado, las personas interactúan cara a cara, y las relaciones toman cuerpo en ámbitos como la familia, el trabajo y el tiempo libre. Los grupos mínimos, a su vez, forman parte de estructuras de mayor tamaño, como iglesias, escuelas, cuarteles, clubes, gremios, mercados, asociaciones y barrios. Por fin, las ciudades son por antonomasia el lugar para el lenguaje público. En ellas residen los poderes administrativos y políticos, se publican los libros, los periódicos y las revistas, se emiten los programas de televisión y la mayoría de los de radio, y su lenguaje es reflejado en el cine y la novela.

De entre las diferentes cuestiones macro y microlingüísticas repasadas en el capítulo, no es la menor la que atribuye a las ciudades modernas la propiedad de ser una pieza fundamental para entender las ciudades y las sociedades del pasado lingüístico. Muchas de las fuerzas operantes, a pesar de las grandes diferencias, siguen siendo las mismas: el centro urbano como lugar donde todo es posible, la periferia como arrabal donde se instala el recién llegado. Hoy, como antaño, el contacto entre lenguas y dialectos alienta el motor del cambio lingüístico. No de otro modo hay que entender las mejores posibilidades que brinda la sociolingüística moderna: como fracción del quehacer histórico donde el presente abre las puertas del pasado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, LOURDES BERTHA 1963. *Algunos aspectos del habla de Zacapoaxtla, Estado de Puebla*. Tesis. México: UNAM.
- ALCÁNTARA GALLEGOS, ALEJANDRO 2004. "Los barrios de Tenochtitlan. Topografía, organización interna y tipología de sus predios", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Dir. P. Gonzalbo Aizpuru. Vol. I: *Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*. Coord. P. Escalante Gonzalbo. México: El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, pp. 167-198.

- ALVAR, MANUEL 1966-1967. "Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco, México", *Anuario de Letras*, 6, pp. 11-42.
- ARGÜELLO BURUNAT, LAURA 1965. *El habla de Santa María Azompa, Estado de Oaxaca*. Tesis. México: UNAM.
- ARIZPE, LOURDES 1979. *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las "Marías"*. México: Secretaría de Educación Pública – Diana.
- ÁVILA, RAÚL 1967. *Aspectos fonéticos y léxicos del español hablado en Tamazunchale, San Luis Potosí*. Tesis. México: UNAM.
- ÁVILA, RAÚL 1990. *El habla de Tamazunchale*. México: El Colegio de México.
- ÁVILA, RAÚL 1999. *Estudios de semántica social*. México: El Colegio de México.
- BARRERA VÁSQUEZ, ALFREDO. 1937. "Mayismos y voces mayas en el español de Yucatán", *Investigaciones Lingüísticas*, 4, 9-35.
- BOLAÑO E ISLA, AMANCIO 1968. *Breve manual de fonética elemental*. México: Porrúa.
- BOYD-BOWMAN, PETER 1949. *A Linguistic Study of the Spanish of Guanajuato, Mexico*. Tesis doctoral. Cambridge: Universidad de Harvard.
- BOYD-BOWMAN, PETER 1960. *El habla de Guanajuato*. México: UNAM.
- BYBEE, JOAN 2002. "Lexical diffusion in regular sound change", en *Sounds and Systems. Studies in Structure and Change*. Ed. D. Restle y D. Zaefferer. Berlín: Mouton de Gruyter.
- CANFIELD, D. LINCOLN 1962. *La pronunciación del español en América*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- CANFIELD, D. LINCOLN 1988. *El español de América: fonética*. Trad. J. Llisterri y D. Poch. Barcelona: Crítica.
- CÁRDENAS LÓPEZ, AURORA 2005. *Patrones de argumentación en alumnos de enseñanza media superior*. Tesis doctoral. México: UNAM.
- CEBALLOS DOMÍNGUEZ, RUBÍ en prensa. "La (s) implosiva: hacia un mayor consonantismo en la zona conurbada Veracruz – Boca del Río", en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México.

- CIFUENTES, BÁRBARA, y JOSÉ LUIS MOCTEZUMA en prensa. "The Mexican indigenous languages and the national censuses: 1970-2000", en *Mexican Indigenous Languages at the Dawn of the The Twenty-First Century*. Ed. M. Hidalgo. Berlin: Mouton de Gruyter.
- CIFUENTES, BÁRBARA, y DORA PELLICER 1987. "Migración y contacto lingüístico", *México Indígena*, 17, 3, pp. 26-32.
- CONAPO 2002. Consejo Nacional de Población. *La situación demográfica de México*. México: CONAPO.
- COPE, R. DOUGLAS 2005. "Los ámbitos laborales urbanos", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Dir. P. Gonzalbo Aizpuru. Vol. II: *La ciudad barroca*. Coord. A. Rubial García. México: El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, pp. 407-432.
- CORTICHS DE MORA, ESTRELLA 1951. *El habla de Tepotzolán*. México: UNAM, 1951.
- DUHAU, EMILIO 1988. *Mercado interno y urbanización en el México colonial*. México: Universidad Autónoma Metropolitana – Gernika.
- ESCALANTE GONZALBO, PABLO 2004a. "La vida urbana en el el período clásico mesoamericano. Teotihuacan hacia el año 600 d. C.", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Dir. P. Gonzalbo Aizpuru. Vol. I: *Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*. Coord. P. Escalante Gonzalbo. México: El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, pp. 41-98.
- ESCALANTE GONZALBO, PABLO 2004b. "La ciudad, la gente y las costumbres", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Dir. P. Gonzalbo Aizpuru. Vol. I: *Mesoamérica y los ámbitos indígenas de la Nueva España*. Coord. P. Escalante Gonzalbo. México: El Colegio de México – Fondo de Cultura Económica, pp. 199-230.
- FERNÁNDEZ RUIZ, GRACIELA 2000. "Sobre las estrategias argumentativas en la conversación", en *Estructuras en contexto. Estudios de variación lingüística*. México: El Colegio de México, pp. 155-170.
- FRAGO GRACIA, JUAN ANTONIO 1999. *Historia del español de América. Textos y contextos*. Madrid: Gredos.

- FUENTES RODRÍGUEZ, CATALINA, y ESPERANZA R. ALCAIDE LARA 2002. *Mecanismos lingüísticos de la persuasión*. Madrid: Arco-Libros.
- GALINDO, LUIS MIGUEL, ROBERTO ESCALANTE y NORMAN ASUAD 2004. "El proceso de urbanización y el crecimiento económico en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 19, 289-312.
- GARZA, GUSTAVO 1985. *El proceso de industrialización en la ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- GARZA, GUSTAVO 2003. *La urbanización de México en el siglo xx*. México: El Colegio de México.
- GARZA CUARÓN, BEATRIZ 1967. *Caracterización fonética y léxica del habla de la ciudad de Oaxaca*. Tesis. México: UNAM.
- GARZA CUARÓN, BEATRIZ 1987. *El español hablado en la ciudad de Oaxaca, México. Caracterización fonética y léxica*. México: El Colegio de México.
- GUERRERO GALVÁN, ALONSO 2003. "Otho 'bui. Migrantes otomíes en la ciudad de México", ms. inédito.
- Habla culta* 1971. *El habla de la ciudad de México. Materiales para su estudio*. México: UNAM.
- Habla popular* 1976. *El habla popular de la ciudad de México. Materiales para su estudio*. México: UNAM.
- HAWAYEK DE EZCURDIA, ANTOINETTE 1992. "The immigrants and their languages", *International Journal of the Sociology of Language*, 96, 111-115.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO 2004. *Estudios mexicanos*. Ed. J. L. Martínez. México: FCE.
- INEGI 1993. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. *En la República Mexicana ya sabemos cuántos somos y cómo somos. Resultados definitivos del XI Censo General de Población y Vivienda, 1990*. México: INEGI.
- INEGI 2000. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*. [<http://www.inegi.gob.mx>].
- INEGI 2004. Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. *Módulo sobre migración 2002. Encuesta nacional de empleo*. México: INEGI.

- KIM LEE, UH SUNG 1989. *El uso de tú y usted en el español de la ciudad de México*. Tesis de maestría. México: UNAM.
- LABOV, WILLIAM 2001. *Principles of Linguistic Change*. Vol. 2: *Social Factors*. Oxford: Basil Blackwell.
- LAPESA, RAFAEL 1981. *Historia de la lengua española*. 9ª. ed. Madrid: Gredos.
- LARA, LUIS FERNANDO (dir.) 1996. *Diccionario del español usual en México*. México: El Colegio de México.
- LASTRA, YOLANDA 1972. "Los pronombres de tratamiento en la ciudad de México", *Anuario de Letras*, 10, 213-217.
- LASTRA, YOLANDA (ed.) 1992. *Sociolinguistics in Mexico. International Journal of the Sociology of Language*, 96. Berlín – Nueva York: Mouton de Gruyter.
- LASTRA, YOLANDA, y PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO 2000. "El modo de vida como factor sociolingüístico en la ciudad de México", en *Estructuras en contexto. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México, pp. 13-43.
- LASTRA, YOLANDA, y PEDRO MARTÍN BUTRAGUEÑO en prensa. "Un posible cambio en curso: el caso de las vibrantes en la ciudad de México", en *Jornadas de sociolingüística*. Ed. F. Moreno *et al.* Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- LEZAMA, JOSÉ LUIS 1993. *Teoría social, espacio y ciudad*. México: El Colegio de México.
- LEWIS, OSCAR 1961. *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. Trad. E. Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica. [Original de 1959].
- LOPE BLANCH, JUAN M. 1979. *Léxico indígena en el español de México*. 2ª. ed. aumentada. México: El Colegio de México.
- LOPE BLANCH, JUAN M. 1983 (1967). "La -r final del español mexicano y el sustrato nahua", en *Estudios sobre el español de México*. 2ª. ed. México: UNAM, pp. 75-92. [Original en *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, 12, pp. 1-20].
- LOPE BLANCH, JUAN M. 1986. *El estudio del español hablado culto. Historia de un proyecto*. México: UNAM.

- LOPE BLANCH, JUAN M. (dir.) 1990-2000. *Atlas Lingüístico de México*. México: El Colegio de México – UNAM – FCE, 6 vols.
- LÓPEZ CHÁVEZ, JUAN 2003. *¿Qué te viene a la memoria? La disponibilidad léxica: teoría, métodos y aplicaciones*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas.
- LÓPEZ MORALES, HUMBERTO 2004. *Sociolingüística*. Madrid: Gredos.
- LOZANOVA, ELENA. 2000. “Notas sobre la vitalidad del léxico indígena en el español contemporáneo de la ciudad de México”, en *Estructuras en contexto. Estudios de variación lingüística*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México, pp. 61-79.
- MARDEN, CHARLES C. 1896. *The Phonology of the Spanish Dialect of Mexico City*. Tesis doctoral. Baltimore: Universidad de John Hopkins. [Hay traducción: “La fonología del español en la ciudad de Méjico”, en *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central*. Ed. P. Henríquez Ureña. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras – Instituto de Filología, 1938, pp. 87-187].
- MARTÍN BUTRAGUEÑO, PEDRO en prensa. “Líderes lingüísticos en la ciudad de México”, en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México.
- MARTÍNEZ CASAS, MARÍA REGINA, y VÍCTOR MANUEL ALCARAZ ROMERO 2003. “El desarrollo del español en migrantes indígenas: la adquisición del conflicto”, en *Introducción al estudio del español desde una perspectiva multidisciplinaria*. Coord. E. Matute y F. Leal Carretero. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 571-605.
- MATLUCK, JOSEPH 1951. *La pronunciación en el español del Valle de México*. México: UNAM.
- MATLUCK, JOSEPH 2003 (1952). “La pronunciación del español en el Valle de México”, en *Antología conmemorativa. Nueva Revista de Filología Hispánica. Cincuenta tomos*. Ed. A. Rivas e Y. Rodríguez. México: El Colegio de México, pp. 385-397. [Original en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 6, 109-120].

- MATUS-MENDOZA, MARÍADELALUZ 2004. "Assibilation of /-r/ and migration among Mexicans", *Language Variation and Change*, 16, 2004, 17-30.
- MATUS-MENDOZA, MARÍADELALUZ 2005. "Gender roles and the variants of /r/", en *Selected Proceedings of the Second Workshop on Spanish Sociolinguistics*. Ed. L. Sayahi y M. Westmoreland. Somerville: Cascadilla Proceedings Project, pp. 120-126.
- MENDOZA, EVERARDO 2003. *El habla de Culiacán. Fonética, morfosintaxis y léxico*. Tesis doctoral. México: UNAM.
- MILLON, RENÉ 1974. "The study of urbanism in Teotihuacan", en *Mesoamerican Archaeology. New Approaches*. Ed. N. Hammond. Austin: University of Texas Press, pp. 335-362.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 1972. "Frecuencias de la asibilación de /r/ y /rr/ en México", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21, 363-370.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 1994. *La pronunciación del español en México*. México: El Colegio de México.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 1999. *El lenguaje en México*. México: Siglo XXI.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 2003a. *La lengua española en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MORENO DE ALBA, JOSÉ G. 2003b. "Corrección y conciencia lingüística", en *Cambio lingüístico y normatividad*. México: UNAM, pp. 63-77.
- MORENO FERNÁNDEZ, FRANCISCO 2005. *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*. 2ª. ed. Barcelona: Ariel.
- MORÚA, CARMEN, y JULIO SERRANO 2004. "Dos mil kilómetros de por medio: dialectología perceptual contrastiva del español mexicano", en *Memorias del VII Encuentro Internacional de Lingüística en el Noroeste*. Ed. C. Morúa y R. M. Ortiz Ciscomani. Hermosillo: Universidad de Sonora, t. 2, pp. 253-276.
- REGINA MUSSELMAN SHANK 2002. *Las estrategias para la construcción del turno en la conversación. Datos del español de México*. Tesis doctoral. México: El Colegio de México.

- NEGRETE, MARÍA EUGENIA, BORIS GRAIZBORD, y CRESCENCIO RUIZ 1993. *Población, espacio y medio ambiente en la Zona Metropolitana de la ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- OROZCO, LEONOR en prensa. "No me hable de *tú* despectivo, hábleme de *tú* correcto", en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México.
- PARODI, CLAUDIA, y OTTO SANTA ANA 1997. "Tipología de comunidades de habla: del español rural al estándar", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 45, 305-320.
- PELLICER, DORA 1992. "Storytelling in mazahua Spanish", *International Journal of the Sociology of Language*, 96, 71-88.
- PELLICER, DORA 1994. "La narración conversacional en español-mazahua", en *II Encuentro de lingüistas y filólogos de España y México*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 293-307.
- PELLICER, DORA 2001. "Narraciones mazahuas en español: composición y actuación", *Antropológicas*, 20, 45-57.
- PELLICER, DORA en prensa. "Stages of bilingualism. Local conversational practices among Mazahuas", en *Mexican Indigenous Languages at the Dawn of the The Twenty-First Century*. Ed. M. Hidalgo. Berlin: Mouton de Gruyter.
- PENNY, RALPH 2000. *Variation and Change in Spanish*. Cambridge: Cambridge University Press.
- PÉREZ AGUILAR, RAÚL ARÍSTIDES 2000. "Vitalidad y significación sociolingüística de los mayismos en el español de Chetumal", *Lingüística Mexicana*, 1, 181-195.
- PERISSINOTTO, GIORGIO S. A. 1971. *The Phonology of the Spanish Spoken in Mexico City*. Tesis doctoral. Nueva York: Universidad de Columbia.
- PERISSINOTTO, GIORGIO S. A. 1972. "Distribución demográfica de la asibilación de vibrantes en el habla de la ciudad de México", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 21, 71-79.

- PERISSINOTTO, GIORGIO S. A. 1975. *Fonología del español hablado en la ciudad de México. Ensayo de un método sociolingüístico*. Trad. R. Ávila. México: El Colegio de México.
- PESQUEIRA, DINORAH 2005. "Sound change in a dialect contact situation: Argentinean immigrants in Mexico City", manuscrito.
- QUILIS, ANTONIO 1993. *Tratado de fonología y fonética españolas*. Madrid: Gredos.
- QUIROZ, ENRIQUETA 2005. "Del mercado a la cocina. La alimentación en la ciudad de México", en *Historia de la vida cotidiana en México*. Dir. P. Gonzalbo Aizpuru. Vol. II: *El siglo XVIII: entre tradición y cambio*. México: El Colegio de México - Fondo de Cultura Económica, pp. 17-43.
- REVAH DONATH, RENÉE KARINA, y HÉCTOR MANUEL ENRÍQUEZ ANDRADE 1998. *Estudios sobre el judeo-español en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- RISSEL, DOROTHY A. 1986. "La dinámica social de la asibilación de vibrantes en San Luis Potosí, México", en *Actas del II Congreso Internacional sobre el español de América*. Ed. José G. Moreno de Alba. México: UNAM, pp. 357-361.
- RISSEL, DOROTHY A. 1989. "Sex, attitudes, and the assibilation of /r/ among young people in San Luis Potosí, Mexico", *Language Variation and Change*, 1, 269-283.
- RODRÍGUEZ ALFANO, LIDIA (coord.) 2005. *Investigación sociolingüística. El habla de Monterrey*. México: Trillas.
- RODRÍGUEZ CADENA, YOLANDA en prensa. "Variación y cambio en la comunidad de inmigrantes cubanos en la ciudad de México: las líquidas en coda silábica", en *Líderes lingüísticos. Estudios de variación y cambio*. Ed. P. Martín. México: El Colegio de México.
- ROSADO, LEONOR 2003. *Dialectos en contacto. El caso de los inmigrantes yucatecos en la ciudad de México*. Tesis de licenciatura. México: UNAM.
- ROSADO, LEONOR en preparación. *Estudio sociolingüístico de la ciudad de Mérida*. Tesis de maestría. México: UNAM.

- SCHÁVELZON, DANIEL 1983. *La pirámide de Cuicuilco*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SERRANO, JULIO 2002. *Dialectos en contacto. Variación y cambio lingüístico en migrantes sonorenses*. Tesis de licenciatura. México: ENAH.
- SIGAL, SILVIA 1981. "Marginalidad espacial, estado y ciudadanía", *Revista Mexicana de Sociología*, 43, 1547-1577.
- STERN, CLAUDIO 1983. "Redistribución de la población y principales corrientes migratorias en México", *Estudios Sociológicos*, 1, 121-149.
- TOURAINÉ, ALAIN 1983. "La marginalidad urbana", *Revista Mexicana de Sociología*, 39, 1105-1142.
- TOURAINÉ, ALAIN 1989. "Los problemas de una sociología propia, en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, 51, 3-22.
- UNIKEL, LUIS, CRESCENCIO RUIZ, y GUSTAVO GARZA 1976. *El desarrollo urbano de México*. México: El Colegio de México.
- VAQUERO DE RAMÍREZ, MARÍA 1998. *El español de América. I: Pronunciación*. Madrid: Arco/Libros.
- YOFFE, HUGO, y ENRIQUE MOVSOVICH 1992. "The languages spoken by Jews in Mexico", *International Journal of the Sociology of Language*, 96, 115-122.
- KLAUS ZIMMERMANN 1995. "Aspectos teóricos y metodológicos de la investigación sobre el contacto de lenguas en Hispanoamérica", en *Lenguas en contacto en Hispanoamérica. Nuevos enfoques*. Ed. K. ZIMMERMANN, Frankfurt – Madrid: Vervuert – Iberoamericana, pp. 9-34.